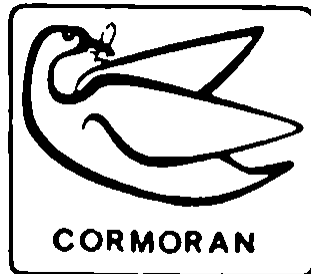


1970.
LA PUGNA
POLITICA POR
LA PRESIDENCIA
EN CHILE



COLECCION
IMAGEN DE CHILE

© Editorial Universitaria, S. A., 1971

Inscripción N° 39.361

Derechos exclusivos reservados para todos
los países de lengua española

Texto compuesto con fotomatrices
Photon Baskerville

Se terminó de imprimir esta 1ª edición en los talleres de

EDITORIAL UNIVERSITARIA,


San Francisco 454, Santiago de Chile,

en el mes de septiembre de 1971

4.000 ejemplares

Proyectó la edición *Mauricio Amster*

Cubierta de *Carlos Muñoz*


IMPRESO EN CHILE
PRINTED IN CHILE

1970
La pugna
política por
la Presidencia
en Chile

por

JOAN E. GARCES



EDITORIAL UNIVERSITARIA

Colección

IMAGEN DE CHILE

Volúmenes publicados:

1. Jaime Eyzaguirre, *Breve historia de las fronteras de Chile*
2. Luis Oyarzún, *Temas de la cultura chilena*
3. José Cademártori, *La economía chilena*
4. Joaquín Edwards Bello, *La Quintrala, Portales y algo más*
5. Hernán Ramírez Necochea, *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891*
6. Jaime Eyzaguirre, *Ideario y ruta de la emancipación chilena*
7. Enrique Sierra, *Tres ensayos de estabilización en Chile*
8. Alain Joxe, *Las fuerzas armadas en el sistema político chileno*
9. Ariel Peralta, *El mito de Chile*
10. Jorge Dowling, *Religión, chamanismo y mitología mapuches*
11. Tomás Lago, *Arte popular chileno*
12. Grete Motsny, *Prehistoria de Chile*
13. Joan E. Garcés, *1970. La pugna política por la Presidencia en Chile*

S U M A R I O

Introducción	11
--------------	----

I. SALVADOR ALLENDE, PRESIDENTE DE CHILE

1. Algunas implicaciones teóricas del cambio político en Chile	21
2. Participación política y radicalización	25
3. Desarrollo socioeconómico capitalista y estabilidad política	26
4. Institucionalización y capacidad de absorción del cambio	28
5. Características de la participación electoral durante la década de los años 60	34
6. Radicalización general del sistema político	36
7. Racionalidad del comportamiento electoral	38
8. La campaña electoral de 1970	42
9. Tomic, candidato de la Democracia Cristiana	42
10. Las contradicciones entre sectores sociales y la candidatura Alessandri	46
11. Significado de la victoria de Allende	49

II. EL EQUILIBRIO DE FUERZAS SOCIALES Y LOS PARTIDOS POLÍTICOS DE 1963 A 1971

1. Un Presidente marxista elegido por sufragio universal y por un Congreso donde su coalición es minoritaria	52
2. De 1963 a 1971. Del pluripartidismo multipolar al polarizado	55
3. La administración democratacristiana y el aislamiento de la Derecha	59
4. El papel del Partido Socialista y su coalición con el Partido Comunista	63
5. La importancia del esquema tripolar de fuerzas políticas	67

III. LA OPCION DE 1970 Y LA IDEOLOGÍA. ANÁLISIS DE LOS TRES PROGRAMAS PRESIDENCIALES

1. Presentación: categorías semánticas e ideología	73
--	----

2. Análisis de los programas electorales	79
A. Idea de la crisis	80
B. Relaciones de clase y cambio	85
C. Concepción del Estado y la organización política	91
D. Las Fuerzas Armadas y Carabineros	98
E. Política económica	101
F. Política social	107
G. Cultura y educación	112
H. Relaciones internacionales	117

GRAFICOS

GRÁFICO NÚM. 1

Evolución del electorado de Derecha, Democristiana y Marxista, 1961-1969. En los ocho departamentos más importantes 35

GRÁFICO NÚM. 2

Comportamiento electoral retrospectivo de las tres fuerzas políticas enfrentadas en 1970 en los ocho departamentos más importantes. 1961-1969 40

GRÁFICO NÚM. 3

Comportamiento electoral retrospectivo de las tres corrientes políticas de 1970. 1961-1970. En los ocho departamentos más importantes 45

GRÁFICO NÚM. 4

Distribución de las fuerzas políticas en las elecciones parlamentarias de 1945, 1953 y 1957 56

GRÁFICO NÚM. 5

Elecciones municipales de 1963. Distribución de las fuerzas 57

GRÁFICO NÚM. 6

Polarización en las elecciones presidenciales de 1964 58

GRÁFICO NÚM. 7

Distribución de las fuerzas políticas entre 1965 y 1969 62

C U A D R O S

CUADRO NÚM. 1	
Crecimiento global de la economía	13
CUADRO NÚM. 2	
Variaciones del Índice de Precios al Consumidor	13
CUADRO NÚM. 3	
Ocupación y desocupación en Chile (miles de personas)	14
CUADRO NÚM. 4	
Balanza comercial entre 1965 y 1970 (en millones de dólares)	15
CUADRO NÚM. 5	
Votantes inscritos entre 1952 y 1970	25
CUADRO NÚM. 6	
Fluctuación de la notación en los ocho departamentos más importantes. 1965-1969. %	38
CUADRO NÚM. 7	
Acción de colonización y reforma agraria (desde 1929 al 31 diciembre 1969)	47
CUADRO NÚM. 8	
Impuesto al patrimonio. 1964-1970	48

INTRODUCCION

Consideran el estado de cosas como la última forma de existencia ontológica, cuando la verdadera forma de existencia ontológica es el proceso.

LUKACS

Sostener que ningún resultado de la acción humana se debe al azar puede parecer perfectamente ocioso para cualquiera que crea en la capacidad de la inteligencia, de la razón y la ciencia para entender una realidad social. Para un analista político que esté ligeramente familiarizado con la evolución de la interpretación política desde Aristóteles, resultará obvio; para un observador de la vida política que aplique categorías metodológicas materialistas, será una tautología.

Sin embargo, cuando Max Weber atribuía a la sociología como ciencia la misión de *comprender* (verstehen) un proceso o una acción social, presuponía en esta comprensión una meta y de ningún modo un fácil punto de partida.

Lo que para el analista político es un objetivo, comprender e interpretar una realidad social, para la actividad política en su dimensión práctica es un elemento integrante del proceso de acción teleológicamente orientada. De ahí la importancia determinante de la comprensión correcta de una realidad social, en sus componentes esenciales, para la elaboración y aplicación de las tácticas políticas.

En este terreno, la evidencia y necesidad de la interpretación racional de un proceso social desaparecen para convertirse en algo mucho más difícil y complejo que depende, en su factibilidad, de una pluralidad de factores, como la experiencia práctico-teórica interiorizada, el aparato metodológico aplicado en el enfoque reflexivo-interpretativo y la información disponible.

En Chile, en 1970, la llegada al poder de una coalición de movimientos comprometidos a avanzar por el camino del socialismo, encabezada por un líder marxista, sorprendió a la gran mayoría de aquellos que dentro o fuera de Chile seguían

con interés sus vicisitudes políticas. Lo inesperado del acontecimiento favoreció a la candidatura del Dr. Allende en la medida que las fuerzas conservadoras consideraban poco probable su triunfo; pero también lo perjudicó, pues muchos y destacados dirigentes de la izquierda comprometida en la campaña electoral se resistían a creer, hasta el término mismo del escrutinio, que la vía electoral pudiera llevarles a otro resultado que a una nueva frustración.

La comprensión insuficiente de su propia realidad nacional y la utilización abstracta de esquemas teóricos, son las razones principales de la dura resistencia que sectores influyentes de la izquierda chilena opusieron a una candidatura marxista para dirigir la Unidad Popular y que, una vez acordada, les mantuvieron en una actitud de expectante pasividad cuando no de escepticismo desmoralizador.

Limitaciones metodológicas, igualmente, o fijación esquemática, condujeron a numerosos análisis teóricos de la realidad chilena a demostrar con anticipación cómo la candidatura de la coalición de izquierda en 1970 estaba necesariamente condenada al fracaso, o a la inviabilidad. Incluso, *ex post facto*, la carencia del más rudimentario aparato metodológico para hacer análisis político, ha arrinconado al brillante autor de panfletos que es Régis Debray a no encontrar otra explicación de lo acaecido en Chile que *quizás habría que inventar una nueva ley de la historia —o una antiley— que sería la ley de las sorpresas: cuando sucede algo importante en la historia es siempre por sorpresa*¹. Esto no hace sino explicitar la realidad subyacente en los esquemas descriptivos de América Latina hechos por Debray y tantos otros: una concepción idealista de la dialéctica.

A nadie, sin embargo, deberá resultarle difícil aceptar —dentro de Chile— que en este proceso político, como en cualquiera otro, la relación de causa y efecto no ha experimentado ninguna *excepción*. Lo que se requiere, eso sí, es voluntad de aproximarse a conocer esta realidad política y, además, capacidad para comprenderla en un nivel superior al de los simples hechos brutos, lo que no se conseguirá forzando los hechos para que se ajusten al *esquema* preelaborado.

¹ »Allende habla con Debray«, Santiago, *Punto Final*, v - 126, pp. 59-60.

Una explicación que pretendiera analizar en forma integrada las razones del éxito electoral de las fuerzas anticapitalistas tendría que empezar por algunos indicadores económicos, que mostraran el estancamiento de las actividades productivas en la década de los años sesenta, particularmente después de 1967, la incapacidad, tanto del Gobierno democristiano como de los anteriores, para controlar la inflación, el aumento ininterrumpido de la desocupación, o el déficit crónico de la balanza comercial.

CUADRO NUM. 1
Crecimiento global de la economía^a

1961	1962	1963	1964	1965	1966	1967	1968	1969	1970 ^b
6.2	5.0	4.7	4.2	5.0	7.0	2.3	2.9	3.1	2.5

^aTasas anuales de crecimiento del Gasto del Producto Geográfico Bruto.

^bCifra provisional.

Fuente: ODEPLAN, Plan anual 1971, 1, p. 2, policopiado.

CUADRO NUM. 2
Variaciones del índice de precios al consumidor

1965	1966	1967	1968	1969	1970
25.9	17.0	21.9	27.9	29.3	34.9

Fuente: *Ibid*, p. 7.

Dicha explicación debiera contemplar, igualmente, el alto grado de concentración de la propiedad, las profundas desigualdades de recursos económicos y participación en el bienestar social existente entre las clases y sectores sociales, así como su contrapunto, la insuficiente utilización de la capacidad instalada en la industria y la baja productividad agraria, que ha hecho pasar las importaciones agropecuarias de 104 millones de dólares en 1966 a 143 millones en 1970. Además el constante drenaje de excedentes por las empresas extranjeras que, junto a otros indicadores, reflejarían algo perfectamente conocido de todos: una estructura económica capitalista, con profundas desigualdades sectoriales, absoluta-

mente integrada al sistema capitalista occidental, particularmente norteamericano.

A esta realidad económica básica hay que incorporarle su dimensión social y política para comprender el dinamismo del sistema social. Haciendo un esfuerzo de síntesis, podríamos destacar tres características, cuya incidencia podemos contemplar prospectivamente, para mejor ponderar su influencia en el pasado inmediato. La vía chilena hacia el socialismo encuentra en ellas el principal componente político de su razón de ser:

CUADRO NUM. 3
Ocupación y desocupación en Chile (miles de personas)

	1960	1961	1962	1963	1964	1965
Ocupados	2.317	2.349	2.406	2.474	2.546	2.623
Desocupados	177	204	208	201	193	181
Trabajo	2.494	2.553	2.614	2.675	2.739	2.804

	1966	1967	1968	1969	1970
Ocupados	2.703	2.812	2.880	2.926	2.998
Desocupados	174	140	149	182	191
Fuerza de Trabajo	2.877	2.952	3.029	3.108	3.189

Fuente: *Ibid.*, p. 10.

En primer lugar, el movimiento obrero organizado y políticamente más beligerante, está agrupado tras los partidos marxistas, Socialista y Comunista —orientadores, a su vez, de la Central Unica de Trabajadores—, en un porcentaje tan mayoritario que hace por el momento imposible la repetición en Chile de un fenómeno de la mayor trascendencia en otros procesos revolucionarios: el desbordamiento —o desconocimiento— de la acción del Gobierno Popular por un sector significativo de los trabajadores. Baste recordar lo que para el Gobierno Republicano español supuso no lograr incorporar

a su política a la poderosa Central Nacional de Trabajadores, anarcosindicalista, con más de dos millones de afiliados en 1936. De los dos movimientos políticos izquierdistas no integrantes de la Unidad Popular, uno, el P. Socialista Popular (1.04% en las elecciones de abril de 1971), es el resultado de una escisión personalista del Partido Socialista, en 1967, pero sus obreros militantes forman parte de la CUT; el otro, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, no ha participado nunca en elecciones, salvo en los claustros universitarios, no siendo posible, por consiguiente, considerar su influencia sobre los trabajadores en términos comparativos. Distinto es el caso de los sindicatos campesinos, que se constituyeron en forma masiva durante y con el patrocinio de la administración democristiana. Sus valores políticos son más tradicionales que entre los trabajadores del sector secundario y minero y su encuadramiento tras los partidos proletarios, proporcionalmente menor. De ahí algunos de los problemas planteados al Gobierno de la U. P. en sus primeros meses. Sin embargo, la aceleración de la reforma agraria, en términos drásticos, tras la llegada al poder de Allende, debería permitirle incorporar, o al menos neutralizar, la acción de los sindicatos campesinos de origen D. C.

CUADRO NUM. 4
Balanza comercial entre 1965 y 1970 (en millones de dólares)

1965	1966	1967	1968	1969*	1970*
-66.4	-95.4	-136.0	-142.2	-55.8	-81.4

*Estimación.

Fuente: Banco Central de Chile, *Boletín mensual*, marzo 1971, p. 349.

En segundo lugar, la línea de escisión entre clases sociales no enfrenta, actualmente, en términos excluyentes a la gran masa de trabajadores y sectores populares, por un lado, con un frente único pequeña - mediana - gran burguesía, por el otro. La situación es bastante distinta. En términos generales, la estructura social chilena, y sus manifestaciones en la escena política, muestran claramente que junto al proletariado organizado se alinean —hasta el momento— amplios sec-

tores de la pequeña burguesía, particularmente de empleados del sector terciario y una fracción de la clase media. En cambio, los grandes propietarios de tierras, industriales y bancos, se encuentran social y políticamente diferenciados —hasta cierto punto distanciados— de los sectores medios. Ello contribuye a explicar por qué la opción fascista, ante los progresos del proletariado, no encuentra una base social en Chile en el actual proceso, y ha reducido a la condición de grupúsculo estridente, pero impotente, a movimientos como *Patria y Libertad*, que se declaran partidarios de una concepción *totalitaria e integradora del Estado*, citando textualmente planteamientos de José Antonio Primo de Rivera para la España de los años 30.

De la mayor trascendencia es, igualmente, la inexistencia de una línea de escisión en torno de las creencias y valores religiosos. La izquierda chilena respeta a las iglesias —particularmente a la Católica—, y éstas respetan a la izquierda. Entre los católicos, las directrices emanadas del Concilio Vaticano II han originado, en un medio social tan politizado como el chileno, movimientos cristianos de metas económico-sociales revolucionarias con la participación abierta de ministros de la Iglesia Católica. Nadie se asombró en Chile de que el ateo y masón Salvador Allende, tras la ceremonia de transmisión del mando el 3 de noviembre de 1970, asistiera a un Te-Deum en la Catedral. Lo único que solicitó Allende del Cardenal de Santiago fue que a ese acto se invitara a todas las comunidades religiosas existentes en Chile, lo que significó que, por primera vez en la historia chilena, se celebrara un acto religioso ecuménico gracias a la iniciativa del primer Presidente de la República marxista, ateo y masón.

De no menos importancia, por supuesto, es que, tras la sinuosa línea de escisión socioeconómica entre clases y sectores sociales, las Fuerzas Armadas, desde hace cuarenta años, no han sido un factor de poder. El respeto a la institucionalidad civil y legal ha definido su evolución. Con todas las limitaciones que le son inherentes, el sistema sociopolítico chileno ha sido lo suficientemente robusto y flexible para no propiciar la intervención de las Fuerzas Armadas en materias civiles, ni siquiera su arbitraje.

En tercer lugar, las dos características anteriores no hubieran podido manifestarse en toda su potencialidad si, durante los últimos años, las libertades políticas más amplias —en un contexto institucional liberal y pluralista— no hubieran sido una realidad.

De hecho, los tres factores están siempre en una relación de interdependencia e interacción. Y en el caso chileno, permitieron que las fuerzas populares legitimaran su lucha política y sus aspiraciones de superación del sistema capitalista de producción.

De este modo, la relación de fuerzas a fines de la década de los años sesenta ha permitido que la coalición de la Unidad Popular gane el control del Ejecutivo por la vía electoral y que pueda iniciar, esperanzadamente, su acción de Gobierno. La política de Allende en sus tres primeros meses se ha esforzado en desarrollar cada uno de los tres factores mencionados. Por un lado, reforzar y ampliar la base popular de la Unidad Popular, lo que se ha traducido, por ejemplo, en aumentar la votación de 36.2% en 1970 a 50.8% en 1971; en incrementar el número de afiliados a la CUT de menos de 900.000, en 1969, a más de un millón en el primer trimestre de 1971; en la organización de los sindicatos campesinos y la atribución de amplios poderes de decisión a sus órganos, los Consejos Campesinos; en el entendimiento en la acción concreta con el MIR* y el P. S. P.

Por otro lado, la Unidad Popular se ha esforzado en delimitar muy claramente su política de nacionalización de los medios de producción, asegurando a los medianos y pequeños propietarios no sólo el respeto de sus bienes sino, incluso, una ayuda y colaboración económica amplia y sincera. Con lo que se ha propiciado el aislamiento de la alta burguesía y evitado que ésta lograra el respaldo de la media y pequeña.

Tanto la Iglesia Católica como el Gobierno Popular se han esforzado en muestras recíprocas de comprensión y no interferencia. La asistencia del Cardenal de Santiago a la concentración de la CUT el 1° de mayo, junto al Presidente Allende, es el símbolo del entendimiento buscado por ambos poderes.

*Movimiento de Izquierda Revolucionaria, partidario de la lucha armada como única vía para llegar al socialismo.

Asimismo, el Presidente Allende ha tomado múltiples iniciativas para explicar a las FF. AA. el sentido de la política económica y social de su Gobierno, propiciando su participación en actividades económicas de interés nacional, como por ejemplo, en las empresas estratégicas de la economía chilena, muchas de las cuales, no por coincidencia, son aquellas que están siendo expropiadas al capital extranjero. En las alocuciones públicas, resalta la voluntad de extender la misión tradicional de defensa de las fronteras geográficas a las *fronteras económicas*. Para el Gobierno Popular, las FF. AA. no pueden continuar al margen del esfuerzo nacional por salir del subdesarrollo. Esta es la razón de ser de su integración a la política económica del Gobierno. Pero el propio Presidente ha establecido muy claramente su voluntad de no »politizarlas en un sentido partidista«. Unica fórmula para obtener la colaboración de las FF. AA. y no quebrar la continuidad institucional en un punto tan neurálgico y difícil para las fuerzas revolucionarias.

Hay que tener presente todos estos factores para empezar a explicar por qué el Gobierno Popular chileno está intentando alterar los fundamentos del régimen capitalista sin que esto provoque, simultáneamente, el caos económico, que han venido buscando los grandes propietarios, la inestabilidad política y, en forma derivada, la limitación de las libertades políticas y la interrupción de la plena vigencia del régimen legal e institucional preexistente. En otros términos, el Gobierno de Allende afirma con conocimiento de causa por qué se propone hacer »la revolución hacia el socialismo en pluralismo, democracia y libertad«. Por qué está consagrando toda su capacidad a la nacionalización acelerada de los medios estratégicos de producción y financiamiento, y a invertir la estructura del poder político-económico, traspasando el poder de decisión a los trabajadores organizados, sin provocar fracturas económicas, sociales y políticas, que desemboken de inmediato en enfrentamientos violentos y sangrientos.

Y a la inversa. El conocimiento del peso e interdependencia de todos los factores presentados establece, en términos concretos y objetivos, lo que de específico hay en la configuración estructural chilena. Cualquier reflexión teórica

comparativa, cualquier intento de transponer a otro país las enseñanzas de la experiencia chilena, tendrá que tener muy presente lo que de peculiar hay en estos elementos socioeconómicos y políticos, si quiere evitar la fácil tentación por la que tantas veces se ha resbalado: la aproximación abstracta de estructuras sociales distintas, con el consiguiente peligro del mimetismo táctico. Casi me parece innecesario anticipar que en el período de irradiación del ejemplo chileno, como en otros anteriores, vamos a presenciar esfuerzos de aplicación del *resultado* de una larga y profunda evolución interna chilena sobre realidades bastantes distintas. Más grande será el desajuste, más probable será el fracaso o la frustración.

La estructura social y política de Chile, al término de la década de los años sesenta, presentaba una configuración que permitía pensar en la posibilidad de la llegada a la Presidencia de un marxista por la vía electoral. Esa misma configuración estructural encierra una potencialidad extraordinaria para permitir que la ejecución del Programa de Gobierno de la Unidad Popular sea, en principio, factible. En la adaptación del contenido de este Programa a la realidad chilena estriban las razones de sus posibilidades de realización. A decir verdad, hoy está en las manos de los dirigentes del proceso revolucionario chileno la responsabilidad de aprovechar hasta sus últimas consecuencias esta rica potencialidad, descubriendo y creando una modalidad de superación del régimen capitalista desconocida en la práctica, o de malograrla penosamente para tragedia del pueblo chileno y decepción de muchos otros.

Una vez más, como para el autor de estas líneas nada se explica por el azar, la realidad constitutiva de los dirigentes políticos chilenos se corresponde en modo considerable con lo que es el proceso político chileno global. De ahí su esperanza en que el camino que Chile ha emprendido tenga plenamente abierta sus posibilidades de futuro.

Para terminar, más de un lector se dirá que el intento de explicación objeto de este libro queda, en gran parte, restringido a la génesis del Gobierno de Allende. Esta, y no otra, es la intención de los tres estudios aquí reunidos. Expresamente está omitido un análisis en prospectiva de las modalidades

alternativas que la ejecución del Programa de Gobierno puede ofrecer, y de los elementos que pueden alterarlas significativamente. Sin embargo, nadie ignora que en cada período histórico están simultáneamente presentes los factores funcionales o disfuncionales al proyecto que se pretende hacer realidad. De ahí que el estudio de la llegada a la Presidencia de Salvador Allende constituya una primera respuesta al interrogante que ella abrió.

Los tres capítulos que integran este estudio responden a la misma motivación: explicar algunas de las razones fundamentales que han posibilitado que Chile tenga hoy un Presidente marxista y que su acción de Gobierno anticapitalista pueda avanzar por la vía política que se ha trazado. Haciendo abstracción de las dimensiones personales y anecdóticas, se ha buscado encontrar aquellas variables estructurales que, en el nivel del proceso *político* interno —considerado en sí mismo en términos relativos, como campo de análisis particular—, puede estimarse que tienen mayor relevancia. Los tres capítulos conforman un todo, ya que el mismo esquema interpretativo ha sido contemplado desde el punto de vista del proceso electoral, de los partidos políticos y, finalmente, ideológico-programático, con los resultados coincidentes y complementarios que una misma realidad debe presentar cuando es enfocada desde distintos ángulos.

El capítulo primero es una versión modificada del epílogo de un trabajo de mayor envergadura: *Desarrollo político y estructura económica. Los casos de Colombia y Chile*, en vías de publicación. El segundo es inédito y el tercero es un resumen del artículo que, en colaboración con el profesor Frédéric Debuyst, fue escrito para la Revista Latinoamericana de Ciencia Política.

Santiago, 21 de mayo de 1971

I

Salvador Allende, Presidente de Chile

1.

ALGUNAS IMPLICACIONES TEÓRICAS DEL CAMBIO POLÍTICO EN CHILE

La singular evolución política de Chile, le sitúa en un lugar privilegiado entre el reducido número de sistemas políticos, de fundamentación liberal, que han conservado una institucionalidad poco menos que ininterrumpida desde principios del siglo XIX. La última elección presidencial, sin embargo, ha colocado al sistema político chileno en una insólita posición, desconocida hasta el momento en la historia del cambio político.

No es la primera vez que unas instituciones políticas democrático-liberales están siendo sometidas a la crucial prueba de verificar su capacidad para ser cauce de superación de un sistema social capitalista, permitiendo la reorientación de la acción política colectiva hacia una meta intencionalmente socialista revolucionaria, de reorganización de las estructuras sociales según criterios de inspiración marxista. En cierto modo, fue el caso de Finlandia entre 1905 y 1918. Pero nunca, hasta la fecha, un proceso político ha permitido ensayar las posibilidades de poner en práctica, en forma explícita, una hipótesis mantenida por Marx alrededor de 1870 en relación a Inglaterra y por Engels más tarde, y que Lenin consideró en un momento bastante improbable, la evolución pacífica hacia el socialismo².

²»Se puede concebir que la antigua sociedad pueda evolucionar pacíficamente hacia la nueva sociedad en los países donde la representación popular concentra en ella todo el poder, donde según la constitución se puede hacer lo que se quiera desde el momento en que se tiene tras de sí a la mayoría de la nación«, F. Engels, *Critique du Programme d' Erfurt* (1891), París, Eds. Sociales, 1966, p. 101. Y Lenin hace el siguiente comentario: »(Engels) reconoce que en países con república o con una libertad muy gran-

El 4 de septiembre de 1970 el sistema político chileno ha dado prueba de una elasticidad y tolerancia sin precedente: ha permitido que un candidato marxista, con un Programa de Gobierno que persigue la construcción del socialismo, sea elegido Presidente de la República, en libre concurrencia con el candidato centrista del partido gubernamental y con el candidato derechista, portavoz del sector social que domina la economía del país.

Al margen de la evolución futura que la experiencia chilena puede experimentar, la elección del Dr. Salvador Allende ha supuesto un duro golpe para esquemas teóricos ampliamente divulgados y compartidos en los últimos años, abarcando un amplio espectro político que va desde los grupúsculos mecanicistas de la extrema izquierda hasta algunas de las generalizaciones más divulgadas de la ciencia política occidental. Los primeros, en su adaptación chilena, tuvieron una actividad pasiva u hostil a la candidatura de la izquierda, *sabiendo* de antemano que Allende estaba condenado a la derrota. Convencidos de la ineluctabilidad de la lucha armada, denunciaban la política de los dos partidos obreros como reformista, oportunista y totalmente errada. Interpretaban en forma absoluta y abstracta las consideraciones de los teóricos marxistas contra la lucha electoral, desligada de la lucha armada. Y cuando afirmaban que Engels, por ejemplo, sostenía que el sufragio universal no era sino »el índice que permite medir el grado de madurez de la clase obrera, no puede ser nada más, no será jamás nada más en el *Estado actual*«, no se detenían a pensar cuáles eran los fundamentos sobre los que reposaba el Estado bismarkiano y a compararlos con los del chileno de hoy día³.

de 'cabe imaginarse' (¡solamente 'imaginarse'!) un desarrollo pacífico hacia el socialismo...«, *El Estado y la Revolución*, Moscú, Eds. en Lenguas Extranjeras, s. d., Vol. II, p. 358.

³Un testimonio escrito del profundo escepticismo existente en ciertos medios de izquierda ante la razón de ser de la campaña de Allende, es el reportaje de Carlos Núñez: *Chile, ¿la última opción electoral?* Santiago, Prensa Latinoamericana, 1970, en la que, como en tantas otras publicaciones literarias de la izquierda, no se distingue entre las tácticas para llegar al poder y la estrategia revolucionaria. Y en este mismo sentido, es aún de mayor significación el artículo de Raúl Ampuero, antiguo Secretario General del P. Socialis-

Reconfortados por una justificación teórica de esta naturaleza, un amplio sector de la *intelligentsia* revolucionaria chilena se refugió en una confortable pasividad ante la campaña electoral. A partir de clisés teóricos, preestablecidos, más bien que contribuir con su acción a transformar la realidad política chilena en la lucha esencial que los partidos de masas tenían entablada, más bien que aportar iniciativas constructivas, preferían abstenerse.

En el terreno literario, esta posición queda muy bien reflejada en el trabajo de Miles Wolpin, un análisis pormenorizado y documentado de las manifestaciones institucionales que dificultaban la victoria de la izquierda chilena⁴. La alienación de los medios de comunicación, el papel anticomunista de la Iglesia Católica, la disparidad de los recursos para financiar campañas, la autoridad del Congreso para elegir al Presidente entre las dos primeras mayorías relativas, los usos de prerrogativas gubernamentales y las facilidades para los propósitos electorales, la probabilidad de intervención militar, la extensión y variedad de la inversión probable de EE. UU. dentro del *abierto* sistema sociopolítico chileno y los esquemas culturales de la opinión pública, eran los factores que determinarían la cuarta frustración de la candidatura Allende. Estudios como éste, valiosos en sí mismo, sufren de una limitación de partida: el deseo de demostrar que las elecciones no permiten en ningún país latinoamericano, ni siquiera el chileno —el más desarrollado políticamente—, abrir paso a los movimientos revolucionarios. Por esta razón no se molestan en conducir la investigación en el sentido opuesto, en la búsqueda de los factores sociales y políticos que *podían* favorecer la victoria de la izquierda en 1970.

Del mismo modo, la concepción poco concreta que Régis Debray se hacía, en 1965, de la realidad social y política de

ta durante 11 años, quien pocas semanas antes de la elección se esforzaba en demostrar la inutilidad de los esfuerzos de la izquierda chilena: R. Ampuero, »Il Cile a una svolta«, *Problemi del Socialismo*, x, 46-47, mayo-agosto 1970, pp. 547-561.

⁴WOLPIN (Miles): »Izquierda Chilena: factores estructurales que impiden una victoria en 1970«, *Pensamiento Crítico*, 20, mayo, 1969, pp. 25-57.

Chile, le llevó a juzgar la acción de los partidos obreros de este país de un modo irreal, deformado por un prisma simplificador en que ocupaba un lugar secundario algo tan esencial para la teoría marxista como es el análisis de la compleja estructura social interna, y de lo que Lenin denominaba las »condiciones subjetivas« del proceso revolucionario. De ahí la insuficiencia de su comprensión del proceso político chileno:

«... le mouvement ouvrier du Chile, mû par un véritable complexe de supériorité tendant à surestimer ses caractères spécifiques de démocratie »evolúée«, a voulu faire abstraction des mouvements de Libération Nationale latinoaméricains et de la conjoncture (...) crée par la Révolutions cubaine dans tout le Continent»⁵.

Debray no se salva del error que él mismo reprocha a otros múltiples veces: la tentación de extrapolar experiencias prácticas y teóricas sobre realidades sociales insuficientemente estudiadas, llegando a soluciones precipitadas y que, puestas en práctica, son susceptibles de conducir al más estu-pendo fracaso.

Así como procederá a una generalización ligera quien sostenga que el fenómeno político que acaba de vivir Chile puede reproducirse a corto o medio plazo en *cualquier* otro país latinoamericano, también era irreal y fruto de un análisis más romántico que científico, la conclusión de Debray según la cual los países de la vanguardia revolucionaria serían los más hospitalarios a la acción guerrillera.

Con todo, la libre elección, en un sistema capitalista y en un régimen político de hegemonía presidencial, de un candidato marxista que exponía abiertamente en su Programa Básico de Gobierno la voluntad de »transformar radicalmente las estructuras sociales, económicas y políticas a fin de iniciar la construcción del socialismo y sentar las bases de una *Nueva Sociedad*«, afecta principalmente a algunas de las formulaciones teóricas más generalmente aceptadas entre

⁵ DEBRAY (Régis): »Amérique Latine: quelques problèmes de stratégie révolutionnaire«, *Revolution dans la revolution?*, et autres essais, París, Maspero, 1969, p. 98.

los especialistas, de inspiración norteamericana, del cambio político. Vale la pena que nos detengamos un momento en este punto.

2.

PARTICIPACIÓN POLÍTICA Y RADICALIZACIÓN

El análisis comparado del comportamiento político en los sistemas políticos europeos de los siglos XIX y XX, condujo a S.M. Lipset y S. Rokkan a la conclusión de que la irrupción acelerada y masiva de votantes en la política activa, la incorporación de sectores sociales con características culturales de orden tradicional, particularmente del sector rural, marginados del proceso político, ha significado el fortalecimiento de los movimientos políticos agrarios, conservadores o al menos favorables al mantenimiento del equilibrio social sobre el que reposa el sistema⁶.

CUADRO NUM. 5
Votantes inscritos entre 1952 y 1970

<i>Año</i>	<i>Total inscritos</i>	<i>Indice. 1952-1970</i>
1952	1.105.029	100
1958	1.497.902	135.6
1961	1.858.980	168.2
1963	2.570.409	232.6
1964	2.915.121	263.8
1970	3.539.747	320.3

Fuente: Dirección del Registro Electoral. Santiago.

Sin embargo, una vez más, no es el fenómeno político en sí mismo considerado el que nos puede permitir inferencias generalizadoras. Sólo situándolo dentro del contexto estructural en que está operando se puede comprender su sentido. Chile ha experimentado en la década de los años 60 un incre-

⁶LIPSET (S.M.) - KOKKAN (S.), eds., *Party Systems and Voter Alignments. Cross-National Perspectives*. New York, The Free Press, 1967, esp., pp. 44, 45 y 49.

mento súbito de la participación política que ha afectado especialmente a los sectores rurales, principal campo de acción política y sindical de la D. Cristiana (junto con los pobladores de las zonas suburbanas).

Pero esta entrada en masa de nuevos votantes ha tenido lugar en un contexto institucional caracterizado por una radicalización y movilización generalizadas, de libertades públicas totales y de implantación profunda y consolidada de partidos políticos ideológicamente transformadores, con arraigo en todo el país, que durante más de cuarenta años han venido organizando a los sectores sociales populares. Ello les ha permitido, en primer lugar, impulsar la incorporación a la vida pública de las grandes masas y, en segundo lugar, absorber y canalizar su comportamiento político hacia el régimen reformista democristiano de 1964 y el de orientación socialista de 1970.

3.

DESARROLLO SOCIOECONÓMICO CAPITALISTA Y ESTABILIDAD POLÍTICA

En 1959, en un trabajo considerado hoy de referencia necesaria en las discusiones académicas sobre la materia, S. M. Lipset mostraba la alta correlación existente entre los indicadores de desarrollo socioeconómico y la estabilidad en los sistemas políticos de Europa occidental, países de lengua inglesa y América Latina⁷. La tesis pionera de Lipset hizo escuela y hoy es muy larga la lista de investigaciones que se han acumulado tras la misma perspectiva, irradiando su influencia a todos los campos de la ciencia política en general. -

Esta observación teórica, sin embargo, no sólo se divulgó en los recintos universitarios sino que la encontramos detrás de muchos programas de la política exterior de Estados Unidos hacia los países dependientes, durante las dos últi-

⁷S. M. LIPSET: "Some Social Requisites of Democracy; Economic Development and Political Legitimacy", *Amer. Pol. Sc. Rev.*, 53, 1959, pp. 69-105, después incorporado a *Political Man*, del que utilizamos la versión publicada en Nueva York por Anchor Books, 1963.

mas décadas. Parecía evidente que para evitar que estos países se vieran tentados por la vía socialista de desarrollo, se debía impulsar al máximo un crecimiento económico que, dentro de los parámetros capitalistas, limitara situaciones económicas y sociales aberrantes que escindían la sociedad según líneas de fractura social e imposibilitaban la instauración, o el mantenimiento, de regímenes políticos democrático-liberales. Desarrollo económico y legitimidad de los regímenes políticos. La Alianza para el Progreso, cuando fue lanzada por J. F. Kennedy en Punta del Este el año 1961, estaba inspirada en este mismo postulado teórico y coyunturalmente motivada por la llegada de Castro al poder en Cuba.

Y aunque apenas diez años después, el 31 de octubre de 1969, el Presidente Nixon reconocía en su discurso ante la Asociación Interamericana de Prensa el fracaso de la Alianza para el Progreso, las características del sistema político chileno continuaban siendo las más idóneas para confirmar las inferencias de Lipset y su escuela. Chile muestra, en efecto, en los indicadores socioeconómicos y políticos retenidos por Lipset, uno de los niveles más altos de América Latina.

Sin embargo, un sistema social entre los más desarrollados de América Latina, con un régimen político muy estable, institucionalizado y legitimado, acaba de contradecir la principal conclusión de Lipset, que el nivel medio de riqueza, de industrialización, urbanización y educación y la continuidad de la democracia *largely determines the form of the «class struggle» by permitting those in the lower strata to develop longer time perspectives and more complex and gradualist views of politics*⁸. En otros términos, erradicar o reducir las posibilidades reales de la izquierda revolucionaria.

El estable sistema político chileno democrático-liberal, ha permitido la llegada al control del Gobierno de una coalición que denuncia en su Programa Básico de Gobierno que:

⁸S. M. LIPSET, *Political Man*, op. cit., p. 45.

»... determina en gran parte la forma de la *lucha de clases*, permitiendo a aquellos de los estratos inferiores desarrollar perspectivas a más largo plazo y visiones más complejas y graduales de la política».

»Chile es un país capitalista, dependiente del imperialismo, dominado por sectores de la burguesía estructuralmente ligados al capital extranjero, que no pueden resolver los problemas fundamentales del país, los que se derivan precisamente de sus privilegios de clase a los que jamás renuncian voluntariamente (...). En Chile se gobierna y se legisla a favor de unos pocos, de los grandes capitalistas y sus secuaces, de las compañías que dominan nuestra economía, de los latifundistas cuyo poder permanece intacto (...). La única alternativa verdaderamente popular y, por lo tanto, la tarea fundamental que el Gobierno del pueblo tiene ante sí, es terminar con el dominio de los imperialistas, de los monopolios, de la oligarquía terrateniente e iniciar la construcción del socialismo en Chile⁹.

La causa principal del comportamiento del sistema político chileno no se puede encontrar sólo en los coeficientes de desarrollo social y económico. Hay que dirigir la observación hacia otras categorías analíticas contempladas en términos de movilización, ideología y organización de los sectores y clases sociales con intereses contrapuestos.

4.

INSTITUCIONALIZACIÓN Y CAPACIDAD DE ABSORCIÓN DEL CAMBIO

En 1965, Samuel Huntington, profesor de la Universidad de Harvard, en su trabajo *Political Development and Political Decay*, uno de los más divulgados en esta especialidad de la ciencia política, argumentaba en favor de considerar la institucionalización del sistema político como la variable principal en el proceso de desarrollo político. En otros trabajos me he ocupado de discutir más ampliamente las limitaciones

⁹ *Programa Básico del Gobierno de la Unidad Popular*, Santiago, Candidatura Presidencial de Salvador Allende, 1970, pp. 4, 6 y 10

metodológicas o teóricas de esta perspectiva. Aquí sólo observaré que la institucionalización es contrapuesta por Huntington a lo que él considera las dos grandes variables de la modernización social: la movilización y participación. Las alteraciones profundas que estas últimas experimentan como consecuencia de las tensiones sociales por las que hoy atraviesan los países dependientes, conducen a los desajustes políticos y a la inestabilidad en la que Huntington encuentra los síntomas patológicos del subdesarrollo político.

En la coyuntura internacional actual, S. Huntington, que ha trabajado en varias ocasiones para organizaciones gubernamentales americanas, está profundamente preocupado por la necesidad de encontrar los medios técnicos que permitan, a la política exterior norteamericana, contribuir a salvar situaciones políticas susceptibles de conducir a los países dependientes hacia una vía socialista de desarrollo. El mismo lo dice explícitamente:

»Instead of relying on the military, American Policy should be directed to the creation within modernizing countries of at least one strong non-Communist political party. If such a party already exists and is in a dominant position, support of that party should be the keystone of policy. Where no parties exist and the government (whether traditional, military, or charismatic) is reasonable cooperative with the United States, American military, economic, and technical assistance should be conditioned upon the government's making efforts to develop a strong supporting party organization«¹⁰.

¹⁰HUNTINGTON (S.P.), »Political Development and Political Decay«, *World Politics*. xvii, núm. 3, abril, 1965, p. 429.

»En vez de basarse en lo militar, la política norteamericana debiera dirigirse a la creación en los países en vías de desarrollo de, por lo menos, un fuerte partido político no-comunista. Si existe ya tal partido y se encuentra en una posición dominante, la clave de nuestra política debiera ser el apoyo a tal partido. Donde no exista y el gobierno (sea tradicional, militar o carismático) coopere razonablemente con Estados Unidos, la ayuda militar, económica y técnica americanas debiera condicionarse a los esfuerzos que haga dicho gobierno por desarrollar un partido organizado que contribuya a apoyarlo«.

Es por ello que se juzga positivo en la práctica orientar la acción política de los sistemas políticos pro occidentales hacia el fortalecimiento de su institucionalización. En los supuestos de Huntington, institucionalización significa, en otros términos, capacidad de control del cambio por las fuerzas políticas partidarias de mantener el equilibrio dinámico de las variables esenciales del sistema social, y, por supuesto, de evitar situaciones que desemboquen en el control del sistema político por las fuerzas revolucionarias.

La experiencia chilena última entra en contradicción con estos presupuestos teóricos conservadores. En el sistema político más institucionalizado de América Latina, las fuerzas políticas revolucionarias han conseguido alcanzar el control gubernamental siguiendo los canales y las vías institucionales previstas.

En la misma línea de razonamiento se sitúan las reflexiones académicas contemplando en la capacidad de absorción del cambio la mejor prueba de desarrollo de un sistema político. Sólo que esta teoría reposa sobre el postulado de la búsqueda del consensus y la eliminación de las escisiones sociales, dentro de la tradición dominante de la ciencia política norteamericana.

El sistema político chileno, por el contrario, ha hecho gala de una capacidad envidiable de absorción del cambio. No sólo viene tolerando desde 1952 la candidatura presidencial del líder marxista Salvador Allende, sino que, cuando éste obtiene el 4 de septiembre de 1970 el 36.3% de los sufragios con una ventaja del 1.5% sobre su inmediato sucesor, ofrece el espectáculo sorprendente de mes y medio de deliberación, reflexión —y conspiración—, antes de elegirlo Presidente de la República, en la reunión del Congreso Pleno del 24 de octubre siguiente. Conviene recordar que, según el artículo 64 de la Constitución chilena, cuando ninguno de los candidatos ha obtenido la mayoría absoluta, el Congreso tiene libertad para elegir a cualquiera de los dos que haya obtenido las más altas votaciones.

Aun en este segundo trámite constitucional para elegir al Presidente de la República, el sistema político chileno ha respetado una tradición ininterrumpida desde 1829: la elec-

ción del candidato que ha alcanzado la primera mayoría relativa. Hasta ese punto llega la institucionalización.

Pero, contrariamente a las tesis de la inmensa mayoría de los especialistas en desarrollo político, la capacidad de absorción del cambio del sistema político chileno no reposa sobre el consensus mayoritario. El proceso político ha tenido, a lo largo del siglo xx, en la búsqueda deliberada del enfrentamiento social, del acrecentamiento de las divergencias políticas y contradicciones sociales entre los distintos sectores y clases, su más genuina manifestación. Los movimientos políticos coaligados en el seno de la Unidad Popular, antes de designar a Salvador Allende como su candidato, acordaron que »la lucha de clases, en cuanto corresponde a la realidad chilena, debe jugar un papel principal en la campaña... No patrocinamos una confrontación artificial, sino que la agudización de las contradicciones del sistema provocará un enfrentamiento cada vez mayor, que elevará las luchas de las masas a superiores niveles, planteándose fiel y necesariamente el programa definitivo de la conquista del poder«¹¹.

Contemplado en su conjunto el proceso chileno demuestra, hasta el momento, un alto grado de desarrollo político. Pero no sólo por las características consideradas en las páginas anteriores, sino por otras no retenidas por los académicos occidentales y que son, en mi opinión, más decisivas para la comprensión del cambio político en los países dependientes. Variables de naturaleza diferente y que resultan indispensables para entender que la institucionalidad y la elasticidad del sistema político chileno hayan desembocado en la búsqueda del camino más concretamente chileno hacia el socialismo.

La interpretación de la evolución política chilena de los últimos años, podría enfocarse a partir de distintos ángulos. Uno interesante sería, sin duda, el de los partidos. El multipartidismo moderado, pero centrífugo, en los últimos quince años, debería ser objeto de un análisis en profundidad que no sólo sería estimulante para la satisfacción intelectual del

¹¹ »Acuerdo sobre conducción y estilo de la Campaña«, *Programa básico de Gobierno de la Unidad Popular*, ya citado, pp. 44 y 45.

científico político sino también del mayor interés para los estudios comparados.

Así, por ejemplo, es interesante comprobar la aplicabilidad al caso chileno del conjunto de hipótesis a las que Giovanni Sartori llega tras su estudio del multipartidismo europeo¹². Se puede verificar fácilmente que casi todas ellas son válidas en el supuesto chileno. Tan sólo dos no se cumplen:

1. »Whenever legal prohibition of the antisystem parties has become impossible because the parties in question have acquired legitimacy, and/or because of their large support, the paralysis of the political system can be remedied at the parliamentary and governmental level by having recourse to a second ballot runoff«*.

Esta hipótesis se ha verificado parcialmente en Chile, mas sólo desde el punto de vista institucional. Cuando cinco días después de la elección, el candidato conservador Jorge Alessandri propone un fraude a la Constitución, prometiendo renunciar a la Presidencia en el caso de que el Congreso Pleno le eligiera a él, para que hubiera nuevas elecciones en las que no sería candidato¹³, accedió a la presión de aquellos que querían forzar una nueva elección en la que la Derecha apoyaría, incondicionalmente, al candidato de la D. C. Un frente común contra la izquierda permitía pensar que la candidatura marxista sería derrotada. Es lo que hubiera tenido más posibilidades de ocurrir si a la elección del 4 de sep-

¹²G. SARTORI, »European Political Parties: The Case of Polarized Pluralism«, I. La Palombara y M. Weiner: *Political parties and political development*, Princeton, Princeton Univ. Press, 1966, pp. 167-179.

*1. »Siempre que la prohibición legal de los partidos opuestos al régimen se haya hecho imposible porque dichos partidos han adquirido legitimidad y/o a causa del gran respaldo con que cuentan, se puede remediar la parálisis del sistema político a nivel parlamentario o gubernamental, recurriendo a una segunda votación«.

¹³*El Mercurio* (Santiago), 10-IX-70, p. 1.

tiembre hubiera seguido una segunda vuelta con votación directa y sufragio universal.

La Constitución chilena de 1925 establece, como se ha dicho antes, la segunda vuelta. Pero en el Parlamento, constitucionalmente, éste hubiera podido elegir el 24 de octubre a Alessandri y rechazar a Allende. No lo hizo. ¿Por qué? Por las mismas causas que no confirman otra hipótesis de Sartori:

2. »Whenever a party system has bypassed the stage of atomization, the maintenance of a majority system is likely: a) to impede extreme pluralism; b) to make the prohibition of antisystem parties superfluous; c) to discourage both a class or denominational party orientation; and therefore; d) to encourage and interclass and interconfessional integrative approach to politics«*.

El sistema chileno de partidos llegaba, en 1970, a un pluralismo moderado, en una línea de concentración creciente ininterrumpida desde mediados de los años cincuenta. Y, sin embargo, ni la izquierda revolucionaria se ha visto reducida en importancia, ni la orientación clasista de la lucha política ha disminuido, ni la interpenetración entre los partidos de clases antagónicas se ha visto estimulada.

Para explicar estos fenómenos hay que recurrir a factores de explicación que desbordan el análisis concebido en los solos términos de equilibrio y organización de los partidos. Por esta razón nuestra reflexión está orientada en otro sentido: insertar la elección presidencial de 1970 dentro del proceso sociopolítico general.

*2. »Siempre que un régimen de partidos ha evitado el estado de atomización, la mantención de un sistema de sufragio mayoritario puede, probablemente:

a) impedir el pluralismo extremo; b) hacer superflua la prohibición de los partidos contrarios al régimen; c) ~~desalentar~~ ~~la~~ ~~orientación~~ ~~de~~ ~~clase~~ ~~o~~ ~~confesional~~ ~~de~~ ~~los~~ ~~partidos~~; y, por lo tanto, d) ~~alentar~~ ~~una~~ ~~aproximación~~ ~~integradora~~ ~~a~~ ~~la~~ ~~política~~ ~~de~~ ~~colaboración~~ ~~entre~~ ~~clases~~ ~~y~~ ~~de~~ ~~confesiones~~«

CARACTERÍSTICAS DE LA PARTICIPACIÓN ELECTORAL
DURANTE LA DÉCADA DE LOS AÑOS 60

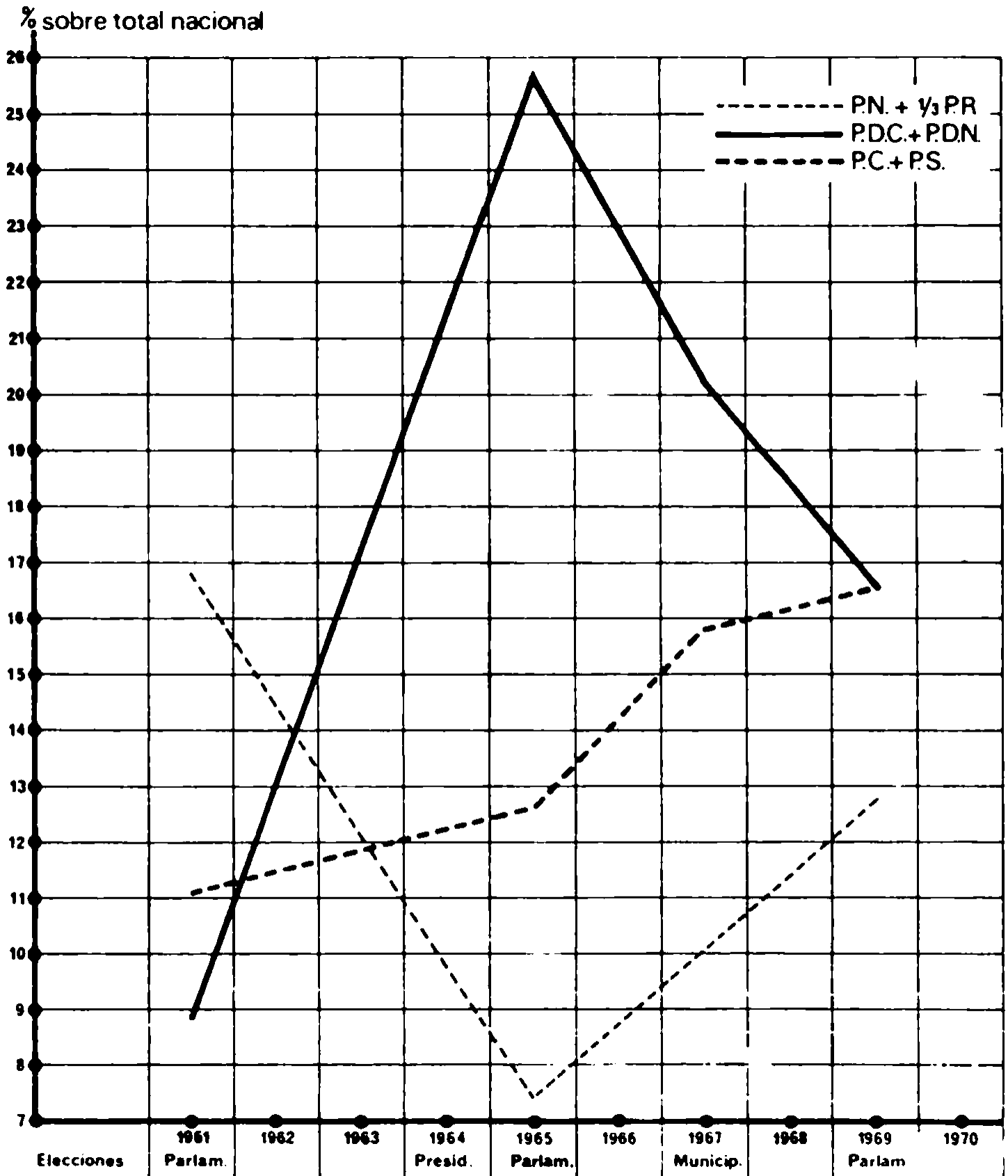
En medio de la euforia democratacristiana que despertó la elección de Eduardo Frei como Presidente de la República, el 4 de septiembre de 1964, con el 56.1% de los sufragios, el segundo líder del Partido triunfante, Radomiro Tomic, exclamó: »La Democracia Cristiana estará en el Gobierno por lo menos treinta años«. Seis años después, él mismo midió personalmente el alcance de su error de perspectiva, al ser derrotada su candidatura que no reunió sino 27.8% de los votos emitidos, contra 34.8% de la del derechista Jorge Alessandri y 36.3% de la del candidato de la Unidad Popular, Salvador Allende.

En la reunión que sostuvo Salvador Allende con el Presidente Frei, tres días después de los comicios, este último dijo: »Tu victoria, Salvador, representa para mí un gran fracaso«. Y esta afirmación sí es plenamente correcta. El verdadero derrotado la noche del 4 de septiembre no fue tanto el antiguo Presidente Jorge Alessandri ni tampoco el líder de la D. C., Tomic. Fue Eduardo Frei y lo que él representaba para sí mismo y ante los ojos del resto del Continente: la alternativa no socialista para lograr una Revolución considerada inevitable, a plazo más o menos largo, en los países latinoamericanos. Su conocido slogan *Revolución en libertad*, fue acogido en todo el mundo capitalista como la mejor réplica al impacto de la revolución cubana. Con esta intención presentó Frei su programa al pueblo de Chile y así fue interpretado en todos los otros países de América y Europa¹⁴.

¹⁴Cf. entre una bibliografía extensísima: COPE (O.G.): »The 1964 Presidential Election in Chile: The Politics of Change and Access«, *Inter-American Economic Affairs*, 19-4, 1966, pp. 3-30; WOLPIN (M.D.): *The Influence of the Cuban Revolution upon Chilean Politics and Foreign Policy, 1959-1965*, New York, Colombia Univ., 1967 (Tesis); MAGNET (A.): »Le Chili a l'heure de la révolution«, *Etudes* (Paris), sept., 1964, pp. 220-231; GRAYSON (G. W. Jr.): »Significance of the Frei Administration for Latin America«, *Orbis*, 9-3, 1965, pp. 760-79; HALPERIN (E.): »Los Caminos Sino-cubano y chileno hacia el poder«, *Panoramas*, 6, nov.-dic., 1963, pp. 67-103, y el propio

GRAFICO NUM. 1

Evolución del electorado de Derecha, Demócrata y Marxista, 1961-1969.
 En los ocho Departamentos más importantes



El error de Tomic consistía en una equivocada comprensión del resultado de la elección de 1964. No era la D. C. la que había ganado sino la coalición de fuerzas políticas contra la candidatura marxista de Salvador Allende.

El fracaso del programa de Frei, por su parte, se debe a su conocimiento deficiente e inexacto de lo que implicaba el proceso de cambios sociales, económicos y políticos en una configuración estructural como la chilena de la década pasada. Los errores en la comprensión de esta realidad, que para mayor brevedad puede personalizarse en los dos máximos líderes de la D. Cristiana, se complementan perfectamente, en una relación de interdependencia. Y conducen a la victoria de Salvador Allende en 1970. Contemplémoslos por separado.

6.

RADICALIZACIÓN GENERAL DEL SISTEMA POLÍTICO

En 1958 la candidatura presidencial de Salvador Allende, candidato único de los partidos Socialista y Comunista, estuvo a punto de ganar la elección. 33.000 votos le separaron del ganador Jorge Alessandri. 28.9% contra 31.6% respectivamente. Mientras que Eduardo Frei, en tercera posición, alcanzaba el 20.7%.

¿Por qué, pues, gana Frei la elección de 1964? No es este el lugar para descender a la descripción pormenorizada del proceso electoral de 1964¹⁵. Basta decir, sin embargo, que fue la elección parcial de un diputado en Curicó, pocos meses antes de las Presidenciales, la que volteó la campaña electoral. La victoria del candidato del FRAP en aquella elección provincial, frente a los candidatos de la D. C. y del Frente Nacional, demostró las altas posibilidades de un triunfo de Salvador Allende en septiembre siguiente. La Derecha optó por el mal menor, el candidato de la D. C., Eduardo Frei. Y

pensamiento de Eduardo Frei en su artículo »Paternalismo, pluralismo e Democracia Cristiana nella America Latina«, *Civitas*, 16, 8-9, sept. 1965, pp. 3-16.

¹⁵Vid., por ejemplo GIL (Federico)-PARRISH (Ch.): *The Chilean Presidential Election of September, 4, 1964*. Washington, D.C., Institute for the Comparative Study of Political Systems, 1965.

fue gracias a los votos de la Derecha que Frei derrotó a Allende (55.7% contra 38.6%, respectivamente).

El estudio detallado del comportamiento electoral a partir de 1964 demuestra fehacientemente tres hechos:

a) el incremento de votos de la D. C. equivale a la pérdida de votos de la Derecha;

b) el electorado de los partidos marxistas, Socialista y Comunista, es constante, con tendencia ascendente ininterrumpida;

c) el incremento en el cuerpo electoral se distribuye entre los diversos movimientos políticos, no alterando lo señalado en a) y b).

Esta actitud racional del electorado chileno permitía simular anticipadamente el resultado de 1970 con bastantes probabilidades de éxito. A continuación reproducimos una adaptación del cálculo que a fines de julio de 1970 hicimos en Santiago, en plena campaña electoral.

Si procedemos a agrupar retrospectivamente el electorado según las líneas de las candidaturas de 1970, tendremos:

i. Radomiro Tomic, respaldado por el P. D. Cristiano y el pequeño Partido Demócrata Nacional (1.9% del electorado en las parlamentarias de 1969).

ii. Jorge Alessandri, apoyado por el P. Nacional y el P. Radical Democrático, este último escindido a mediados de 1969 del P. Radical, después de la incorporación de éste a la Unidad Popular. Podía racionalmente esperarse que al menos 1/3 del voto Radical se incorporaría a Alessandri.

iii. Salvador Allende reunía el electorado marxista (Socialista y Comunista), junto con las aportaciones —difíciles de evaluar de antemano— de los movimientos MAPU (democristianos escindidos del P. D. C. en mayo de 1969), Socialdemócrata, Independiente y del P. Radical. A efectos de permitir las estimaciones, se calculó que la suma de toda la votación no marxista incorporada a Allende podía equivaler, en su punto óptimo, a los 2/3 de la votación del P. Radical en las elecciones parlamentarias de 1969.

Agrupado de este modo el electorado chileno, podemos servirnos de su concentración geográfica para mejor observar las principales características del comportamiento electo-

ral, que se verifican igualmente en el conjunto del electorado nacional. El 60% de la votación Socialista-Comunista se encuentra en nueve Departamentos, la democristiana en once, la base electoral equivalente de Alessandri en trece. Los ocho Departamentos más importantes son comunes a las tres tendencias: Santiago (3), Valparaíso, Concepción, Rancagua, Valdivia y Quillota. Veamos cómo han evolucionado durante los años 60.

Se puede observar cómo, en contraste con el lento pero ininterrumpido ascenso de la votación marxista, el electorado democristiano muestra una tendencia simétrica con el de la derecha. El cálculo de los alessandristas consistía en suponer que la línea descendente de la D. C. experimentaría, entre marzo de 1969 y septiembre de 1970, una nueva baja, esta vez del orden del 25 o 30%, que incorporados al voto alessandrista, les permitiría sobrepasar holgadamente la votación marxista.

Sin embargo, un análisis cuidadoso de la fluctuación del voto entre 1965 y 1969 muestra que el ritmo descendente de la D. C. había disminuido:

CUADRO NUM. 6

*Fluctuación de la Votación en los ocho Departamentos más importantes.
1965-1969. %*

Departamento	I. PDC + PDN		II. PN + 1/3 PR		III. Soc. + Comunista	
	1967	1969	1967	1969	1967	1969
Santiago (3)	-84.85	-66.08	+75.81	+100.20	+19.61	+54.65
Valparaíso	-90.25	-80.03	+44.46	+ 57.29	+48.36	+58.77
Concepción	-54.16	-15.58	+15.04	+ 42.44	- 1.79	- 1.64
Rancagua	+ 5.79	- 8.66	+14.33	+ 25.25	- 4.70	+17.22
Valdivia	- 7.61	- 7.00	+25.33	+ 44.16	+ 0.76	+ 0.77
Quillota	-19.07	-10.51	+55.56	+ 6.40	+ 6.68	+ 5.10
Media	-31.04	-23.22	+22.56	+ 29.46	+ 8.11	+17.06

7.

RACIONALIDAD DEL COMPORTAMIENTO ELECTORAL

Esperar que en el espacio de dieciocho meses que separa las elecciones Parlamentarias del 69 de las Presidenciales del

70 se volviera a producir un descenso del 25% de la votación D. C., significaba no apreciar debidamente tres fenómenos de importancia:

a) que el alejamiento y la ruptura de la Derecha con el Gobierno Frei se había consumado en 1965-66. En las elecciones de 1967 y 1969 podía considerarse que la D. C. había perdido ya prácticamente toda la fuerza electoral que no le era propia;

b) que el Gobierno de Frei había supuesto una consolidación indudable de la D. C. en ciertos sectores sociales: los pobladores de los barrios urbanos marginales, los campesinos con expectativas de ser beneficiados por la Reforma Agraria y el sector de la clase media conocido en Chile como *progresista*;

c) que la campaña electoral del 69 había sido llevada por el P. Nacional en nombre de Alessandri. «Vote hoy por X para diputado y el 70 por Alessandri Presidente», era su slogan.

Considerados objetivamente los factores mencionados, parecía lógico desprender como consecuencia:

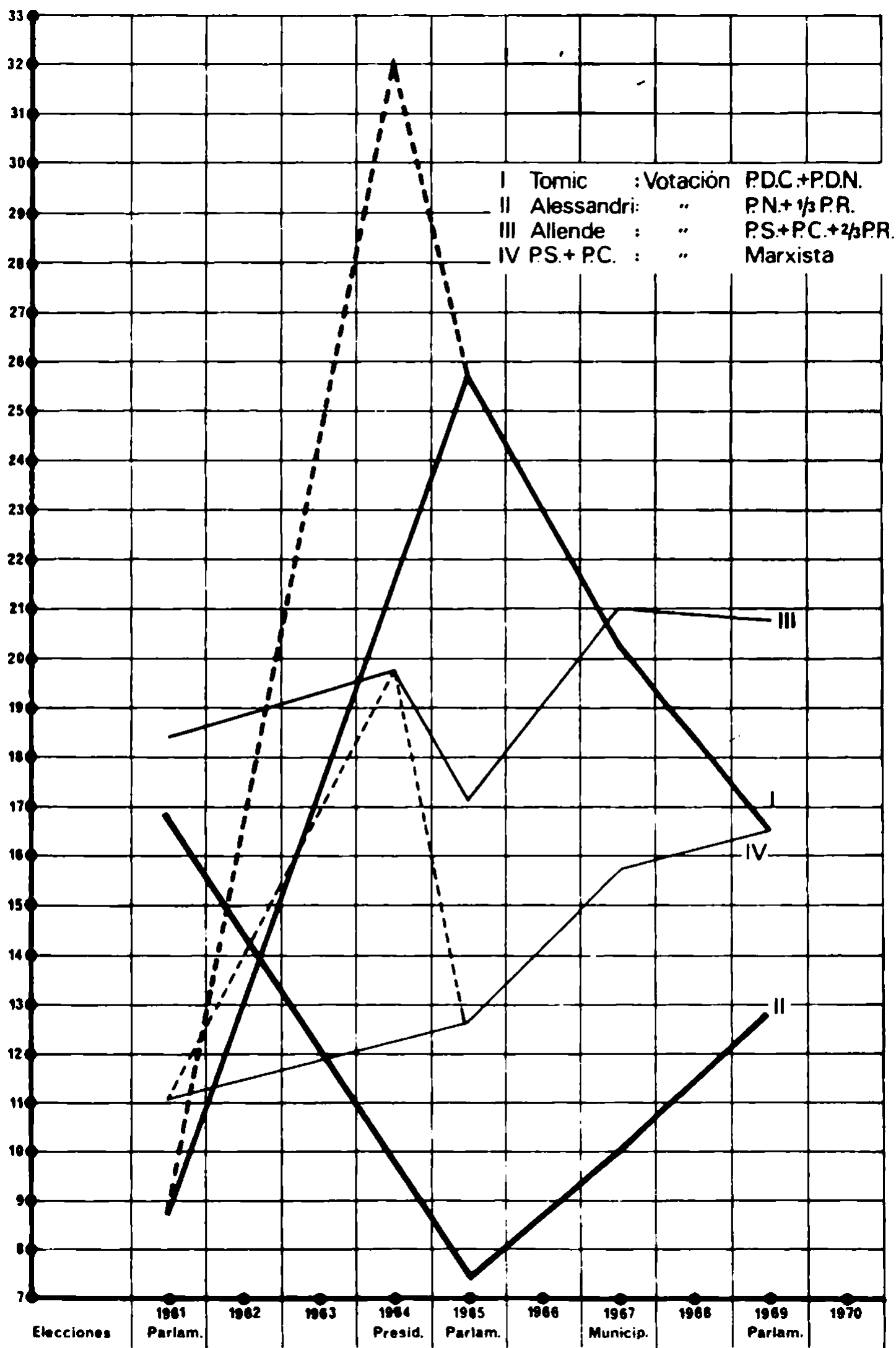
1) la candidatura Tomic, con el sólo respaldo del P. D. C. y el minúsculo P. D. N., no podía esperar remontar una tendencia descendente que le había situado en 31.1% del voto nacional en marzo de 1969. Dos meses después, en mayo, tuvo que sufrir la escisión de su ala izquierda que, con la creación del MAPU, buscaba la coalición con los partidos marxistas;

2) la candidatura Alessandri encontraba su terreno de expansión entre el electorado Radical, temeroso de la alianza con los Partidos revolucionarios, pero apenas en el electorado D. C. La suma de votos del P. Nacional y de 1/3 del Partido Radical le suponía 24% del total nacional. Quedaba a bastante distancia del porcentaje marxista, base electoral absolutamente segura de Salvador Allende, y a la que había que añadir la aportación procedente de los otros movimientos integrados en la coalición de la Unidad Popular.

Si al gráfico núm. 1 añadimos la curva de la votación marxista más 2/3 del voto Radical, encontramos una casi total coincidencia con la votación de Allende en 1964 y, en cualquier caso, una clara ventaja de la Unidad Popular sobre la base electoral *normal* de las otras dos candidaturas.

GRAFICO NUM. 2

Comportamiento electoral retrospectivo de las tres fuerzas políticas enfrentadas en 1970 en los ocho Departamentos más importantes. 1961-1969



La fluctuación de la combinación de la Unidad Popular mostraba una considerable estabilidad. En 1967 fue del orden del + 2.38% y en 1969 del - 1.87%.

Es con este *background* electoral que se llegaba a la campaña Presidencial de 1970. Los raros sondeos de opinión técnicamente confiables mostraban, a fines de julio, que en la provincia de Santiago, Tomic apenas alcanzaba el nivel de 1969 y que la Unidad Popular no descendía en más de un 10%. Presuponiendo como hipótesis la racionalidad del comportamiento electoral chileno en relación al alineamiento político de 1969, si se proyectaba a nivel nacional el estado de la opinión pública en Santiago (1/3 del total de votos del país), se encontraba que Tomic no reunía más del 29% del electorado, Allende entre el 36 y 37% y Alessandri la diferencia, es decir, entre el 34 y el 35%.

Hasta qué punto la Derecha estaba siendo víctima de un espejismo, lo puede evidenciar lo acontecido en la Embajada de EE.UU. en Santiago el 30 de agosto. El embajador Korry invitó a un grupo de politistas norteamericanos que se encontraban en Chile para estudiar las elecciones, con el objeto de cambiar impresiones. Según testimonio de un colega amigo, puso todo su interés en convencer a los científicos políticos de que Alessandri no podía reunir menos del 40% de los votos. Sus propios servicios de información y de investigaciones eran categóricos al respecto. Y, para mayor confianza, añadía que en 1964 acertaron con un error de 0.5%.

No obstante, no todos los responsables de las campañas de Tomic y Alessandri estaban tan seguros de derrotar a Salvador Allende. En varias oportunidades, trascendieron noticias de reuniones y negociaciones para encontrar un candidato único ante Allende, intentando de nuevo la polarización de 1964. Esta vez, no fue posible. Conviene, sin embargo, estudiar con mayor profundidad las causas que impidieron evitar un resultado electoral que podía significar para la alta burguesía chilena el fin, a muy corto plazo, de su control económico del país. Y, para la D. C., el ser desplazados del Gobierno por un movimiento que pretendía llevar a cabo la Revolución, prometida pero no buscada por Frei.

LA CAMPAÑA ELECTORAL DE 1970

Tras describir las principales manifestaciones externas del proceso político chileno de los últimos años, sin detenernos en sus causas —mucho más complejo y distinto— es posible comprender mejor el sentido de la campaña electoral de 1970.

Tampoco es este el lugar para analizar con atención el significado de cada una de las candidaturas y sus Programas. Nos limitaremos a señalar, como simple ilustración, que Rado-miro Tomic representaba la continuación y profundización de la gestión democristiana del Presidente Frei, proponiendo medidas ambiciosas de modernización del sistema socio-económico en la vía del más ortodoxo neocapitalismo. Jorge Alessandri, respaldado por el P. Nacional y el P. Radical Democrático, por el contrario, significaba la respuesta de los sectores tradicionales afectados por las reformas de la D. C. Para evitar proseguir por la misma vía, las clases alta y media-alta, rural y urbana, organizaron la candidatura del Presidente del período anterior a Frei, el mismo que resultó elegido en 1958, teniendo como contrincantes a Salvador Allende y Eduardo Frei.

La candidatura de Salvador Allende, sin solución de continuidad con sus postulaciones anteriores, representaba la voluntad de la izquierda chilena de llegar a controlar el Gobierno para, desde él, »conquistar el Poder, que está en el control de los medios de producción, y proceder a los cambios estructurales que permitan, en forma progresiva, la construcción de una sociedad socialista«, como gustaba repetir el propio Allende en sus discursos.

9.

TOMIC, CANDIDATO DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA

¿Por qué razón la D. C. mantuvo un candidato único, sin coaligarse con otros partidos? No dejó de medir el peligro que suponía la disminución ininterrumpida de sus votantes desde 1965. En un discurso ante la Junta Nacional de su Partido en

mayo de 1969, Radomiro Tomic se negó a aceptar una candidatura Presidencial que no contara con el apoyo de las otras »fuerzas populares«. Pero veía el peligro en Alessandri.

Hay que reconocer el significado sociopolítico de la D. C. chilena para comprender este temor real al retorno de Alessandri al poder. Partido de la clase media ilustrada, con sincera voluntad de cambios sociales, había surgido y crecido como movimiento político anticonservador, con características populistas. Logró su núcleo electoral mayoritario entre los campesinos desheredados y los pobladores de los barrios suburbanos. Y el acento principal de su acción iba dirigido a mostrar que ellos aseguraban al país los *cambios profundos* que necesitaba, frente a los intereses privilegiados defendidos por la Derecha y el *sacrificio de la libertad* que supondría la alternativa socialista.

Por esta razón, la mayoría de la D. C. no aceptó la coalición con los partidos que respaldaban a Alessandri. Y, con mucho mayor motivo, se negó rotundamente a cualquier eventual entendimiento en favor de la candidatura Alessandri. La propia desintegración del Partido, con la pérdida de gran parte de sus masas populares —ellas mismas sometidas al proceso general de radicalización del sistema—, eran un espectro con fundamento real, además de la renuncia histórica que significaría, para la D. C., dejar vencer a su adversario tradicional de la Derecha.

Su interés radicaba en ampliar sus fuerzas mediante la alianza con los partidos de izquierda. Pero consciente de su especificidad doctrinal y programática, de su voluntad de control del Gobierno (el de Frei ha sido el único Gobierno monopartidista desde el último tercio del siglo XIX), pretendía ser eje de la coalición y que se aceptara la candidatura de uno de sus miembros.

La izquierda marxista chilena es demasiado consciente del grado de desarrollo político del país, de la radicalización y movilización generalizada del sistema, de sus propias fuerzas, de su propia meta revolucionaria, para aceptar esta proposición, que hubiera estado en contradicción con su comportamiento durante el período de Frei, de oposición absoluta —particularmente del P. Socialista.

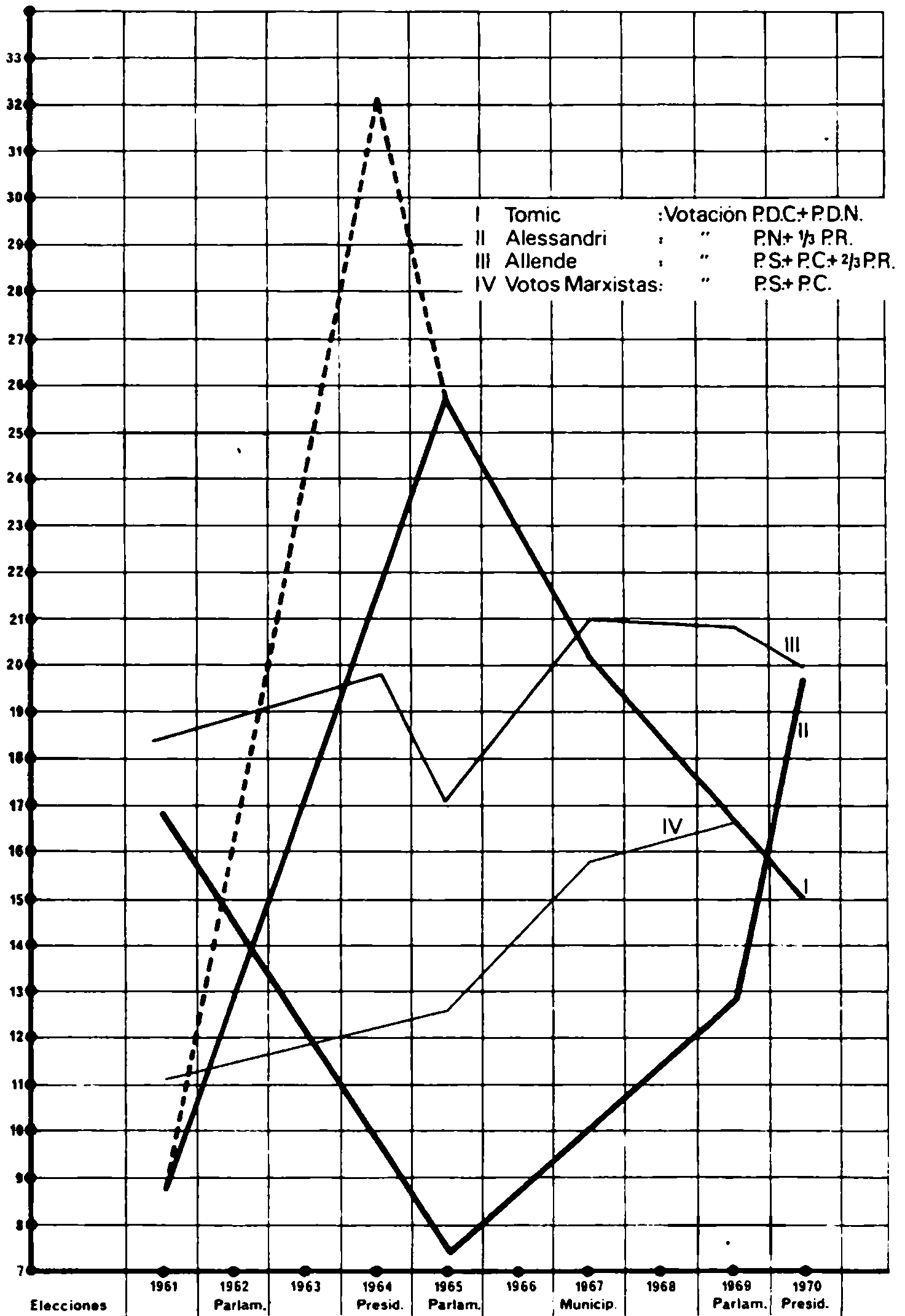
Por ello, el 15 de agosto de 1969, el P. D. C. anunció finalmente la postulación de R. Tomic. Pero durante toda la campaña, los democristianos estuvieron dirigiéndose al electorado Radical —el más inestable de la Unidad Popular—, con promesas de colaboración en el período siguiente. Era un error de apreciación, olvidando que la propia característica y la tradición laica del P. Radical se escindió en favor de los polos conservador de Alessandri o revolucionario de Allende, más por el segundo que por el primero. Pero no votó en favor de la Democracia Cristiana.

Estos hechos contribuyen a explicar otra de las particularidades de la campaña de R. Tomic, de consecuencias probablemente más costosas para ella. La presencia de un candidato situado a su derecha, le llevó a extremar su lenguaje, orientándolo hacia sectores populares casi exclusivamente. La imagen que R. Tomic creó ante el electorado de derecha era la de un revolucionario, tan *revolucionario* o más que Allende. Pero con la garantía de *tranquilidad* para el día siguiente de la elección. Y aquí estriba, en mi opinión, uno de los excluyentes dilemas tácticos de la D. C. Se alienó definitivamente el voto de la derecha, que veía en él un ideólogo de límites indefinidos. Siendo así que su campo de ampliación electoral se hallaba a su derecha, entre aquellos que votaron por Frei en 1964. Hubiera sido mucho más positivo para la D. C. dar una imagen de Tomic lo más fiel posible a la de Frei. Pero la radicalización social y los procesos de diferenciación entre sectores sociales, agudizados entre 1964 y 1969, lo dificultaron. Del mismo modo que estos últimos provocaron, primero, y mantuvieron, después, la candidatura de J. Alessandri, también impulsaron al P. D. C. a subrayar sus diferencias con la derecha, a presentarse como la *izquierda cristiana*.

¿Pero qué encontraba la D. C. a su izquierda? Todo el ardor oratorio, incluso la demagogia, que Tomic se esforzó en mostrar ante las masas populares, chocó con el muro refractario que levantaba la izquierda revolucionaria. El electorado marxista, núcleo de Salvador Allende, era totalmente indiferente a los mensajes democristianos, como lo era también el electorado no marxista, pero que respaldaba a Allende. En los gráficos núm. 1 y 2 está representada la explicación. En el núm. 3 la comprobación.

GRAFICO NUM. 3

Comportamiento electoral retrospectivo de las tres corrientes políticas de 1970. 1961-1970. En los ocho Departamentos más importantes



LAS CONTRADICCIONES ENTRE SECTORES SOCIALES Y LA
CANDIDATURA ALESSANDRI

Tomic se encontraba, pues, con un electorado de izquierda refractario a su candidatura. Los enormes medios publicitarios que utilizó la derecha para dar la impresión de un Jorge Alessandri al borde de obtener la mayoría absoluta, limitaron extraordinariamente las posibilidades de Tomic por su flanco derecho, al tiempo que lo obligaron a radicalizar su propia posición. ¿Por qué la derecha se echó tierra a los ojos, dividiendo las fuerzas políticas no allendistas y permitiendo el triunfo de la Unidad Popular?

Es cierto que hubo mucho espejismo entre los dirigentes de la D. C. y de la campaña de Alessandri. Pero no hasta el extremo de no dejar vislumbrar la posibilidad del triunfo de Allende. Y, sin embargo, fue imposible a quienes razonaban en torno de esta última posibilidad convencer al equipo alessandrista y al propio Jorge Alessandri que debía aproximarse a la D. C., *mal menor* de nuevo, si no querían ver a Salvador Allende en la Presidencia de la República.

Durante el desarrollo de la campaña, conociendo estas negociaciones, siempre llevadas con discreción, nosotros teníamos la impresión de asistir al desarrollo de un fenómeno que se mostraba con claridad diáfana, de una nitidez pocas veces observada en un proceso de cambio social. Las contradicciones agudizadas durante el Gobierno Frei entre los sectores sociales populares y medio de la D. C., por un lado, y los que constituían la fuerza política de la derecha, por otro, impidieron que las palancas de reorientación política respondieran a las órdenes de personalidades clarividentes de la derecha, que las accionaron en varias oportunidades.

Cuando se estudie en detalle la política económica de la Administración Frei, se observará que, a pesar de la timidez y vacilaciones que mostró, dejando incumplidas muchas de las promesas que formuló en su campaña del 64 contra Salvador Allende, su gestión en favor de medidas necesarias para consolidar en Chile un sistema capitalista de tipo *moder-*

no, sus reformas, provocaron fuerte reacción en los sectores sociales tradicionales¹⁶. Así entre las más importantes:

a) La Reforma Agraria, aplicada sobre los latifundios de un modo más parsimonioso que el que se había prometido durante la campaña electoral de 1964, pero no por ello menos sentida y resistida por los grandes propietarios¹⁷, a quienes, en el espacio de cinco años, se les sustrajo varias veces el número de hectáreas que en los treinta y cinco años anteriores por uno u otro tipo de programas colonizadores:

CUADRO NUM. 7
Acción de colonización y reforma agraria (desde 1929 al 31-xii-69)

Período	Superficie por hectáreas		Total	Nº de familias beneficiarias
	Riego	Secano		
1929-1964	61.587,17	1.203.575,31	1.265.162,48	4.801
1965-1969	248.882,3	2.622.617,9	2.871.500,2	

Fuente: *Mensaje del Presidente de la República al Congreso Nacional*, 1970, II, 261.

La elaboración de la Ley de Reforma Agraria fue obstruida por el P. Nacional durante su discusión en el Congreso en 1965. Su aplicación fue, naturalmente, combatida por los latifundistas, quienes llegaron a asesinar a un ingeniero democristiano de la Corporación de la Reforma Agraria en plena campaña electoral, a comienzos de mayo de 1970. La ambición declarada de Tomic de expropiar *hasta el último fundo*, les permitía continuar viendo en la D. C. un enemigo aparentemente tan antagónico como el de los partidos revolucionarios.

b) Los cambios operados en la política tributaria, aumentando los gravámenes de las grandes propiedades urba-

¹⁶Una encuesta de opinión hecha en Santiago a comienzos de julio de 1970, mostraba que el sector social donde menos apoyo encontraba el Presidente Frei era el alto (38%), y el que más, el medio (50%), *Ercilla*, 1830, julio, 1970, p. 9.

¹⁷Para los primeros pasos de la Reforma Agraria, vid. KAUPMAN (R.R.): *The Chilean Political Right and Agrarian Reform: Resistance and Moderation*, Washington, Inst. for the Comp. Study of Pol. Sc., 1967.

nas y rústicas de la clase alta que, hasta entonces, se beneficiaban de una situación impositiva excepcionalmente favorable, no fueron aceptados por los afectados como una concesión a la modernización capitalista del país. Se despertó la más violenta animosidad contra los democristianos, acusándoles de criptocomunistas. Así ocurrió, por ejemplo, con motivo de la discusión en el Parlamento del impuesto sobre el patrimonio. Aprobado en 1965, marcó una de las etapas del deslindamiento de la derecha política de la D. C., a pesar de que estaba previsto que este impuesto sería temporal y decreciente.

CUADRO NUM. 8
Impuesto al patrimonio. 1964-1970

<i>Año</i>	<i>Millones de E° de 1964</i>	<i>Indice de crecimiento real</i>
1964		
1965	76.7	100.0
1966	74.7	97.4
1967	68.1	88.8
1968	55.9	72.9
1969	18.2	23.7
1970	20.5	26.7

Fuente: Cálculo de entradas correspondientes al año 1970. Dirección de Presupuesto, Folleto núm. 115 de agosto 1969.

c) Los controles estatales impuestos a la política bancaria de créditos, modificando situaciones que se acomodaban bien a una concepción tradicional de la empresa privada, pero no a las necesidades de la dinámica capitalista, despertaron la animosidad del sector económico que trabaja en forma íntimamente vinculada al crédito.

d) Los controles estatales ejercidos sobre el precio de venta al público de las mercancías, impidiendo que los pequeños y medianos comerciantes desplazaran sobre el comprador los efectos de la inflación, como venían haciéndolo con anterioridad. Entre estos pequeños y medianos comerciantes encontró Alessandri un apoyo entusiasta.

La reacción de estos sectores sociales conservadores contra la política de la D. C. motivó y sostuvo hasta el fin la voluntad de encontrar en Jorge Alessandri la persona que de-

tuviera un proceso social que, con Tomic tanto como con Allende, parecía desbordarles. De esta forma, la Derecha contribuyó en forma sustancial a que la coalición de la Unidad Popular ganara la Presidencia de la República.

11.

SIGNIFICADO DE LA VICTORIA DE ALLENDE

Considerando el proceso de cambio social chileno en los últimos seis años desde una perspectiva global y sintetizadora, lo más esencial reside en el aislamiento político de los sectores sociales que constituyen la base electoral de la derecha. La personalidad y la autonomía política que la clase media chilena ha desarrollado desde principios de siglo, en un proceso social de diferenciación ininterrumpida de la clase alta, en un contorno de radicalización y movilización popular creciente, y de estancamiento económico crónico, ha conducido a la situación presente: los dos Partidos más representativos de la clase media, se han incorporado a una coalición política orientada por los partidos proletarios —caso del P. Radical—, o colaboraron a que esta coalición asumiera el control político del país —caso de la D.C.—. La colaboración democristiana, que podía parecer involuntaria antes del 4 de septiembre, adoptó una manifestación explícita y consciente después de la elección Presidencial, al aprobar la elección de Salvador Allende en la reunión del Congreso Pleno del 24 de octubre.

Estas características nos dan los elementos sociales y políticos que nos permiten diferenciar la actual coalición de Unidad Popular del Frente Popular de los años treinta. Los Frentes Populares, en Francia y España en 1936 y en Chile en 1938, llegaban al poder con los partidos Radical y Socialdemócrata como eje de la coalición. Partidos de centro y centroizquierda que, en un régimen parlamentario, constituían el centro de gravedad y condicionaban el real alcance de sus programas reformistas.

La Unidad Popular en Chile tiene a dos partidos marxistas como eje y base de la coalición, actuando en un régimen político presidencialista que atribuye al Ejecutivo las más

amplias facultades de acción¹⁸ y a una coalición comprometida en torno a un Programa Básico de Gobierno con un candidato único elegido después de aprobado el Programa de Gobierno.

Durante la campaña electoral, la propaganda de la izquierda ha insistido repetidamente en las diferencias de la actual coalición con el Frente Popular de 1938 y Allende gustaba afirmar: »Nosotros no queremos una repetición del Frente Popular. Este buscó mejorar el régimen y mantener el sistema. Nosotros queremos cambiar el régimen y el sistema, para poder constituir una nueva sociedad sobre bases sociales y económicas totalmente distintas«.

El Programa de Gobierno que los partidos de la coalición y Salvador Allende se han comprometido a realizar, sin concesiones, contempla una serie de medidas que parecen responder a dos principios fundamentales:

a) En lo económico: socializar la base económica de la clase alta. Esta medida, juzgada indispensable para poder controlar la economía del país y, de esta manera, llevar a cabo las otras reformas, debería permitir la eliminación del poder económico de la clase alta, de la gran burguesía, ya debilitada en lo político. Las nacionalizaciones pueden significar su fin como fuerza social predominante. Según el Programa de Gobierno:

»quedarán integrando este sector de actividades nacionalizadas las siguientes:

- 1) La gran minería del cobre, salitre, yodo, hierro y carbón mineral;
- 2) El sistema financiero del país, en especial la banca privada y seguros;
- 3) El comercio exterior;
- 4) Las grandes empresas y monopolios de distribución,
- 5) Los monopolios industriales estratégicos;
- 6) En general, aquellas actividades que condicionan al desarrollo económico y social del país, tales como la producción y distribución de energía eléctrica; el

¹⁸ Reforzadas tras la aprobación de las reformas constitucionales impulsadas por Frei, y que entraron en vigor a partir del 4 de nov. de 1970.

transporte ferroviario, aéreo y marítimo; las comunicaciones; la producción, refinación y distribución del petróleo y sus derivados, incluido el gas licuado; la siderurgia, el cemento, la petroquímica y química pesada, la celulosa, el papel“.

Se reconoce la propiedad privada, en cambio, de las empresas medias y pequeñas, incorporándolas a la planificación económica general mediante la política crediticia y reguladora del Estado. La Unidad Popular no busca el enfrentamiento con la clase media.

b) En lo político, aumentar la democratización de la vida política y movilizar en forma organizada a las masas para construir, *desde la base*, una nueva estructura del poder. La participación generalizada de las organizaciones sociales de los trabajadores, en todos los niveles del sistema político, se considera el presupuesto que condicionará la creación de las nuevas estructuras políticas.

El Gobierno del Presidente Allende propone, pues, proceder a las transformaciones estructurales que actualmente constituyen los mayores obstáculos a la organización de una sociedad socialista. Esta la contemplan como un punto de llegada, al que intentan dirigirse en un régimen de Derecho, de multipartidismo, de pluralismo y de respeto de las libertades públicas, individuales y sociales. Chile cuenta con una infraestructura política que permite, teóricamente, considerar como viable este proyecto. Existen, con todo, variables internas y extranjeras, no controlables por el Gobierno de la Unidad Popular, para las que la marcha de Chile hacia el socialismo constituye un desafío temible. La experiencia que comienza en Chile, en su singularidad y originalidad, merece toda atención. Sin precedente histórico, su éxito o fracaso, parcial o total, significarán una lección para todos aquellos a quienes preocupa el cambio político-social y su incidencia en la transformación de un sistema económico, dentro de una configuración estructural peculiar.

Santiago, 24 de octubre de 1970

II

El equilibrio de fuerzas sociales y los partidos políticos. De 1963 a 1971

1.

UN PRESIDENTE MARXISTA ELEGIDO POR SUFRAGIO UNIVERSAL Y POR UN CONGRESO DONDE SU COALICIÓN ES MINORITARIA

El sistema político chileno ha evolucionado a lo largo del siglo xx de acuerdo con el modelo de las democracias representativas multipartidistas. Su régimen de partidos reúne las mismas características formales que el de los sistemas pluralistas de Europa occidental. Sus notas distintivas, desde el ángulo institucional, pueden resumirse en tres: presidencialismo, tras el abandono del parlamentarismo en 1925, pluripartidismo y representación proporcional. Las tres características se encuentran actualmente combinadas con el bipartidismo y la representación mayoritaria en todos los países de Europa occidental, excepción hecha de Portugal desde el golpe militar de 1926 y de España desde la guerra civil de 1936. Sólo Finlandia, sin embargo, reúne hoy las tres características de presidencialismo, pluripartidismo y representación proporcional.

Los hechos más significativos de la historia política chilena en los últimos cuarenta años no dejan de tener sus manifestaciones paralelas en Europa capitalista, desde el golpe militar de 1932, que instauró la efímera República Socialista de Chile, hasta la prohibición legal del P. Comunista en 1948, incluyendo el Frente Popular que ganó la Presidencia en 1938. Que los partidos obreros de definición marxista lleguen a juntar un tercio del electorado, es semejante a la situación de Italia y Francia después de la 2ª Guerra Mundial. Hasta aquí, el comportamiento político de Chile no presenta ninguna particularidad que lo diferencie sustancial-

mente del conjunto de los sistemas políticos con los que se encuentra emparentado.

Lo original y singular se manifiesta entre el 4 de septiembre y el 24 de noviembre de 1970. En septiembre, el sufragio universal otorga la primera mayoría relativa —36.2%— al candidato de la Unidad Popular, coalición con predominio de los partidos obreros. Es a un candidato, Salvador Allende, que milita en un partido marxista-leninista desde su fundación, en 1933 —el Partido Socialista—, a quien la coalición le ha encomendado la realización de un Programa de Gobierno que persigue »terminar con el dominio de los imperialistas, de los monopolios, de la oligarquía terrateniente e iniciar la construcción del socialismo en Chile«. La Constitución chilena confía al Parlamento, cuando ninguno de los candidatos ha alcanzado la mayoría absoluta, la responsabilidad de elegir al Presidente entre las dos primeras mayorías relativas. El 24 de octubre, el Parlamento, donde los partidos de la Unidad Popular son minoría —80 representantes sobre 200—, elige Presidente al Dr. Allende por 153 votos contra 35 y 7 en blanco.

La oposición electoral y la resolución parlamentaria de 1970 sitúan al sistema representativo chileno en una etapa hasta el momento desconocida por los sistemas políticos de caracteres semejantes. Cuando en Francia los partidos de izquierda no han podido coaligarse en las Presidenciales de 1969 detrás de un candidato único, y han sido siempre incapaces de establecer un Programa de Gobierno, aun en 1965 cuando apoyaron a François Mitterrand frente a De Gaulle, en Chile, la Unidad Popular empieza por discutir y aprobar un Programa de Gobierno —diciembre de 1969— y, después, discute y elige al candidato único —enero de 1970—. Cuando en la Italia de nuestros días el hecho político fundamental para la izquierda lo constituyen los esfuerzos del Partido Comunista para salir de su aislamiento, la búsqueda de un entendimiento con los partidos socialistas que reemplace a la actual mayoría parlamentaria de centroizquierda, en Chile, los partidos Comunista y Socialista vienen presentando un candidato único en las Presidenciales de 1952, 1958, y 1964. Cuando en los dos países de la Europa capitalista que

cuentan con los partidos comunistas más poderosos del mundo occidental se discute interminablemente sobre el significado de la llegada al poder de una coalición Comunista-Socialista, sobre el sentido de la *democracia avanzada* y la construcción del socialismo de acuerdo con las tradiciones democráticas y pluralistas de Francia e Italia, en la república de Chile el Programa de Gobierno de la Unidad Popular entiende »abrir el paso al régimen político más democrático de la historia del país«, y el voto popular y el parlamentario confían a un Presidente Socialista-marxista la responsabilidad de orientar en ese sentido la acción de un Gobierno con participación de comunistas, socialistas y socialdemócratas¹⁹, cristianos algunos, laicos los otros y marxistas los más.

En este sentido, el régimen político que preside el Dr. Allende ha superado un límite que no ha sido aún alcanzado por ningún otro sistema del mundo capitalista occidental. Y aunque Chile se encuentra económicamente formando parte del bloque de países *dependientes*, junto a los demás de Asia, Africa y América Latina que se debaten por salir del relegamiento o de la explotación a que han sido históricamente sometidos, sería un error no tener muy presente que la estructura política de Chile no tiene nada de común con la de ningún país de Africa o Asia, y relativamente poco —en lo fundamental—, con el comportamiento político de los otros países latinoamericanos. Si se quiere aproximar comparativamente el funcionamiento del sistema político chileno al de otros países, hay que dirigir la mirada a las democracias representativas de Europa occidental. Actualmente, la configuración política interna de Francia y, sobre todo, de Italia, son las que más se prestan al análisis comparativo.

Preguntarse por qué el sistema chileno ha conducido a la Presidencia a Salvador Allende y el de Brasil a la dictadura militar, el de México al régimen de partido dominante del PRI o el de Cuba al de Fidel Castro, es contrastar realidades políticas tan dispares que en este punto la comparación se

¹⁹ Los partidos chilenos Radical, Socialdemócrata, API y MAPU, en el momento de coaligarse en la Unidad Popular se situarían, de acuerdo con las coordenadas más familiares en Europa, entre los movimientos socialdemócratas. El P. Radical es incluso integrante de la II Internacional.

convierte en la aproximación de elementos estructuralmente divergentes. Hasta tal punto las instituciones políticas y la acción social que las anima han sido de naturaleza diferente. Un análisis que se sirva del enfoque comparativo para mejor aprehender la realidad singular de una situación política tiene que superar las aproximaciones generalizadoras, y detenerse en la complejidad que conforma la rica trama que da vida a un sistema político.

Mi propósito, en las reflexiones que siguen, es intentar responder a la siguiente pregunta: qué elementos y factores políticos han hecho posible que un Gobierno de las características del de Salvador Allende se instaure en Chile. La cuestión la planteo a nivel político. Me fijaré, por consiguiente, en la estructura política. No es de ningún modo el propósito del presente texto enfocar el proceso genético que ha configurado la actual estructura política chilena. Y en ella, voy a concentrar la atención sobre el sistema de partidos y su influencia sobre el proceso político en general. Para mejor ilustrar los supuestos chilenos específicos, será de utilidad recurrir a algunas comparaciones con el esquema político italiano. Salvadas todas las distancias, es probablemente el más próximo en términos objetivos al chileno.

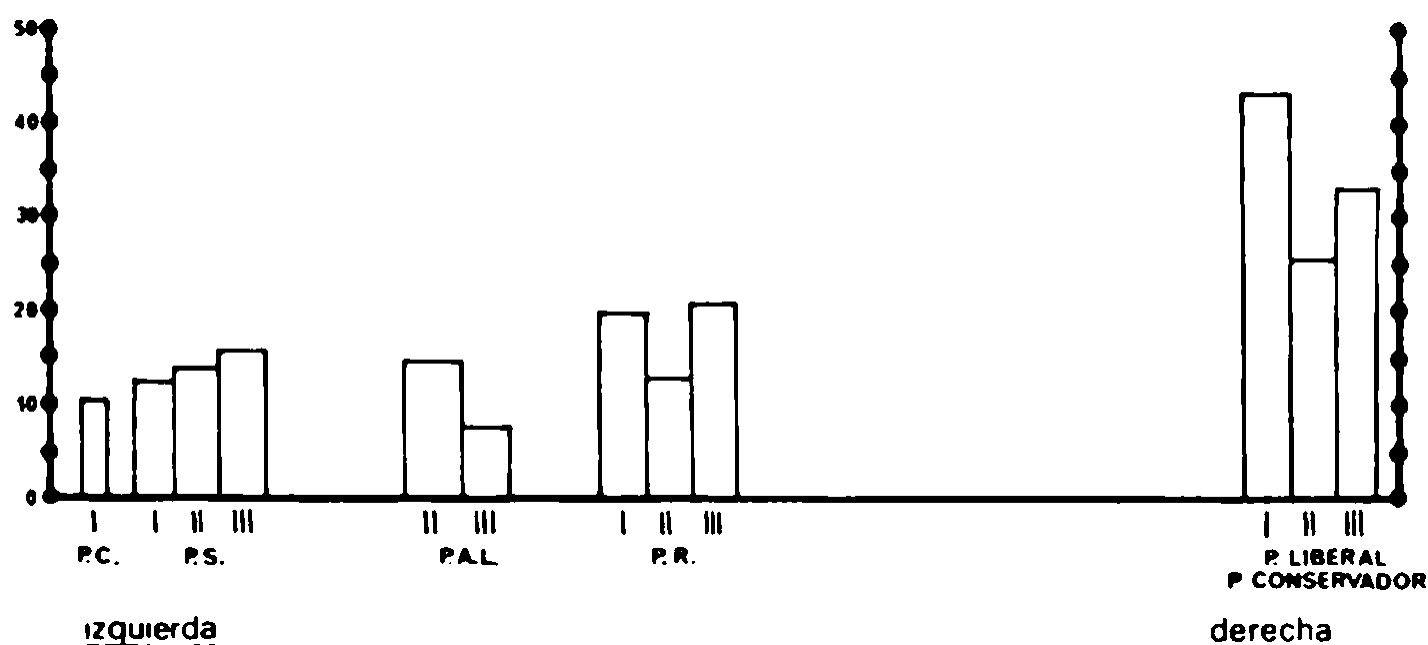
2.

DE 1963 A 1971. DEL PLURIPARTIDISMO MULTIPOLAR AL POLARIZADO

Varios estudios académicos sobre los partidos políticos vienen insistiendo, desde hace unos cuatro años, en la necesidad de superar la dicotomía bipartidismo-multipartidismo. Es preciso distinguir en este último la naturaleza centrífuga o no del sistema de partidos, lo que depende del grado de polarización en torno de alternativas antagónicas. Esta diferenciación nos ayuda considerablemente a comprender las posibilidades y el sentido del cambio en un sistema multipartidista. Es perfectamente lógico suponer que si los partidos se agrupan en los extremos Derecha-Izquierda el inmovilismo y la inercia se dificultan en mayor grado que en una situación de multiplicidad de polos cuyo punto de gravedad

se sitúe en el Centro. Del mismo modo, si la polarización gira alrededor de opciones antagónicas —de naturaleza económica, cultural o política— nos es posible precisar mejor por qué el bipartidismo anglosajón está más integrado al sistema socioeconómico en que opera y menos polarizado que el multipartidismo francés o italiano, en donde coexisten tendencias capitalistas pro fascistas y socialistas marxistas que suponen profundas líneas de escisión en el respectivo sistema político.

GRAFICO NUM. 4
Distribución de las fuerzas políticas en las elecciones Parlamentarias de 1945, 1953 y 1957



Las cifras romanas corresponden a las elecciones de 1945, 1953 y 1957, correlativamente. A fin de simplificar la agrupación por tendencias políticas, en P. Socialista se reúnen los porcentajes obtenidos en 1945 por el P. Socialista Auténtico (5.57%) y el Socialista de Chile (7.18%); en 1953 por el P. Socialista Popular (8.8%) y el Socialista de Chile (5.4%), al igual que en 1957, P. Socialista Popular (6.3%) y Socialista de Chile (9.7%). El P. Agrario Laborista reunió en 1953 el 15.2% y en 1957 el 7.8%. El P. Radical 19.98%, 13.3% y 21.5%, respectivamente. En Derecha hemos agrupado a los Partidos Conservador (23.61%, 4.3% y 17.6%), Liberal (17.91%, 10.9% y 15.4%), Liberal Progresista (2.18% en 1945) y Conservador Tradicionalista (10.1% en 1953).

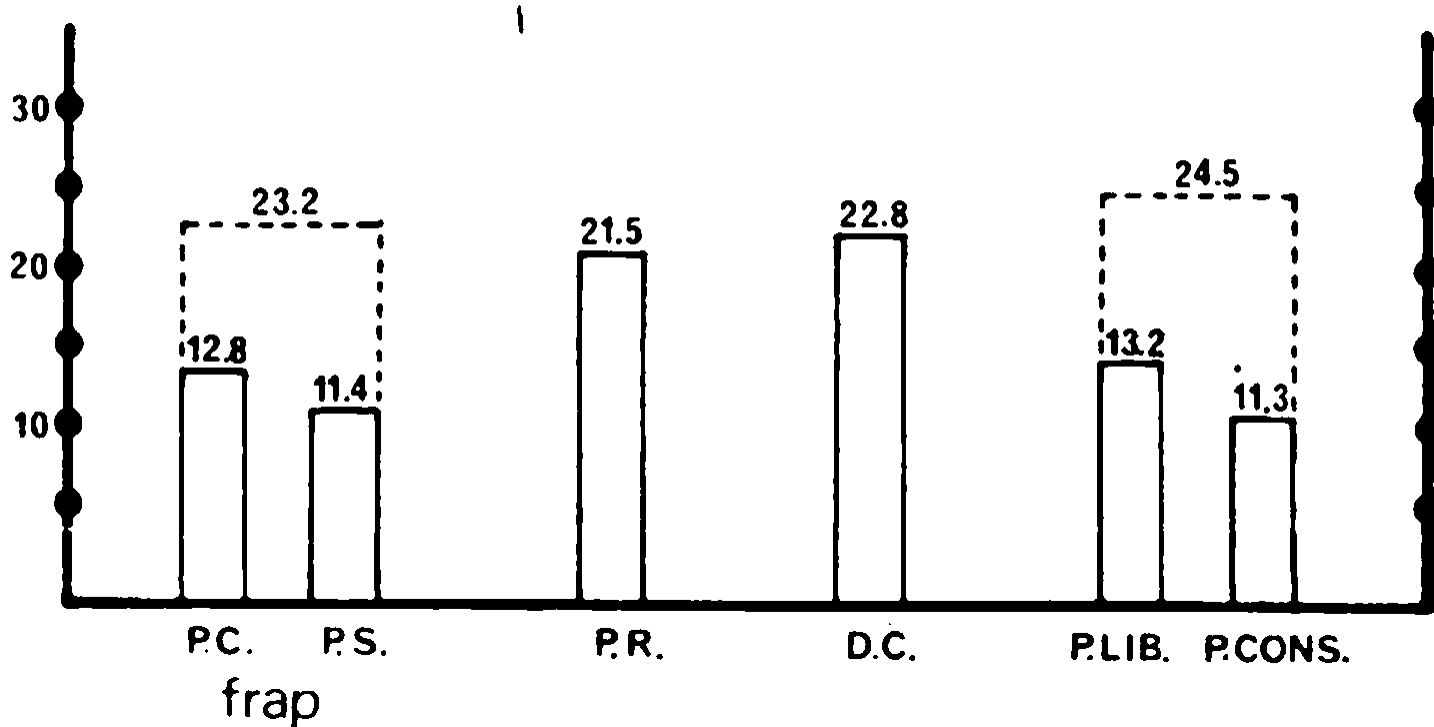
La característica dominante del pluripartidismo chileno desde los años treinta ha sido la de la multipolarización. Un sistema multipolar con sensibles tendencias centrífugas pero concentrado, sin embargo, sobre el Centro. En éste se ha venido encontrando el eje de gravedad del sistema de parti-

dos chilenos en los últimos decenios. Los partidos ubicados entre el centro-izquierda y el centro-derecha han sido, sucesivamente, las fuerzas centrípetas que han protagonizado el proceso político partidario: Partido Democrático, Radical-socialista, Demócrata de Chile, Radical, Agrario-Laborista, Demócrata Cristiano, etc.

Para los últimos veinticinco años, puede verse la distribución de fuerzas en las elecciones parlamentarias de 1945, 1953 y 1957.

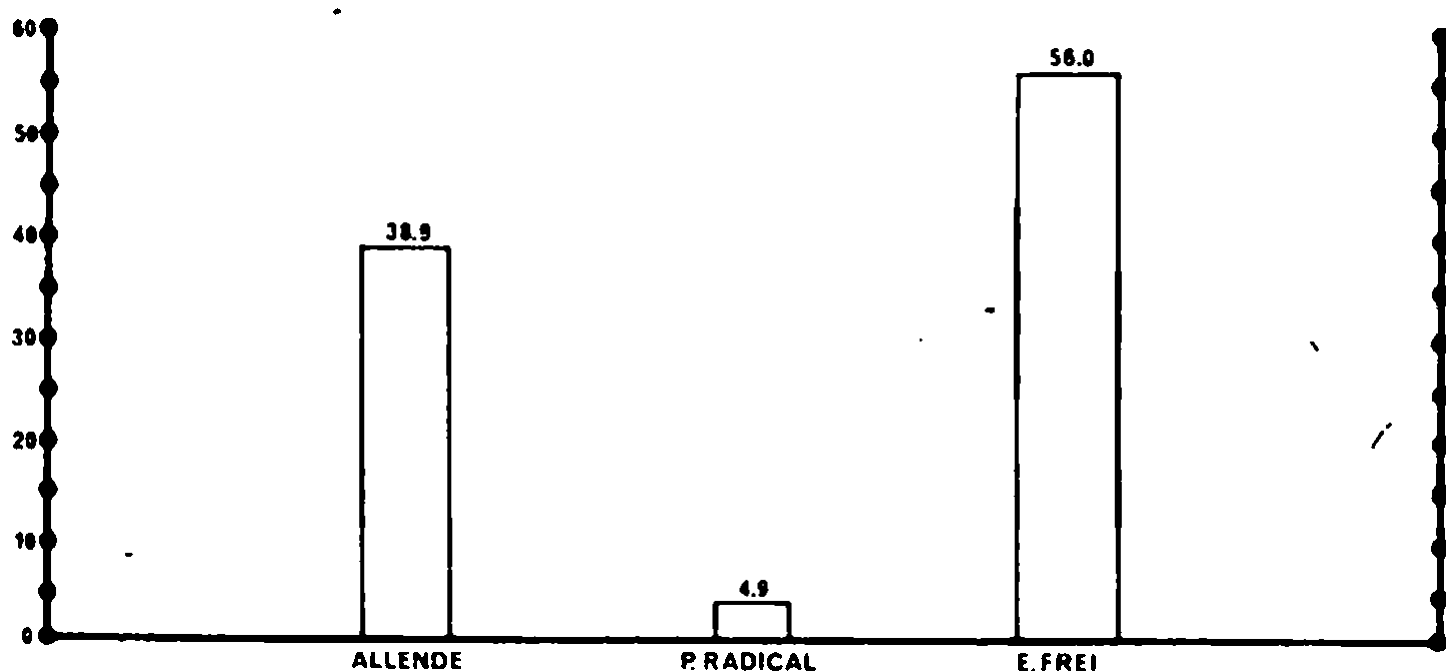
La década de los años sesenta comienza en Chile sin contemplar alteraciones en la característica dominante de hegemonía del Centro. Las elecciones presidenciales de 1958 depararon la sorpresa de que el candidato único de la izquierda, Salvador Allende, con el 28.5%, estuvo a 30.000 votos de obtener la primera mayoría relativa. Pero ello se debió tan sólo a que cada uno de los polos se agrupó en torno de su propio candidato, la Derecha tras Jorge Alessandri, la Izquierda tras Salvador Allende y el Centro dividido en dos —L. Bossay (P. Radical) y E. Frei (Falange Nacional)—. Cuando el 24 de octubre de 1958 el Congreso designó Presidente a Jorge Alessandri, se atenia no sólo a una tradición bien probada de ratificar a la primera mayoría relativa sino que, sobre todo, reflejaba la realidad del equilibrio de fuerzas políticas en aquella coyuntura.

GRAFICO NUM. 5
Elecciones municipales de 1963. Distribución de las fuerzas



Las elecciones Municipales de 1963, en vísperas de las Presidenciales del año siguiente, mostraban claramente que el espectro político del país estaba escindido en cuatro polos. El de la Izquierda aliaba a Comunistas y Socialistas en el FRAP, el de la Derecha unía en la acción a Liberales y Conservadores. El Centro, por su parte, se encontraba de nuevo dividido en torno de dos polos, ya que los laicos del P. Radical, con una larga trayectoria anticlerical, nunca mostraron afinidad con los democristianos.

GRAFICO NUM. 6
Polarización en las elecciones Presidenciales de 1964



Ninguno de los bloques superaba, sin embargo, por sí solo, el tercio del electorado. Resultaba evidente que, si en las elecciones Presidenciales de 1964 se repetía la situación de 1958, presentando cada bloque su propio candidato, no se podía destacar la posibilidad de una primera mayoría relativa para el candidato del FRAP socialista-comunista. Las elecciones complementarias de un diputado en Curicó, pocos meses antes de los comicios Presidenciales de septiembre del 64, mostraron con el triunfo del candidato de la izquierda hasta qué punto la multipolarización favorecía a la coalición comunista-socialista cuando operaba el régimen electoral proporcional.

El resultado del 4 de septiembre de 1964 fue la consecuencia lógica de la reacción del polo derechista ante semejante

probabilidad. Su respaldo al candidato del Centro democristiano posibilitó la polarización que llevó a la Presidencia a Eduardo Frei.

3

LA ADMINISTRACIÓN DEMOCRATACRISTIANA Y EL AISLAMIENTO DE LA DERECHA

Con la llegada al poder del Presidente Eduardo Frei comienza en Chile una de las experiencias de gobierno más interesantes para cualquier observador preocupado por el proceso de cambio político. El período democristiano ha constituido para la evolución política de nuestro país una etapa cargada de la más alta significación. Sin ella, la década de los setenta hubiera empezado en Chile bajo augurios muy distintos. Los seis años de *revolución en libertad* no hicieron la revolución, es cierto, pero introdujeron en la estructura política interna una serie de alteraciones e innovaciones que posibilitaron, seis años después, no sólo que Salvador Allende consiguiera la Presidencia sino algo más difícil: que su Gobierno resultara viable.

Ya en otro capítulo hemos aludido a algunas de las actuaciones de la administración democristiana y su incidencia sobre la coyuntura política. Ahora sólo quiero referirme a lo que, desde el punto de vista de los partidos políticos, resulta más trascendente: Eduardo Frei ganó la Presidencia gracias al apoyo de la Derecha; al término de su mandato, la coalición Centro-Derecha resultó imposible. En esto puede sintetizarse el sentido del período D.C.

La Democracia Cristiana, partido de concentración e integración de sectores sociales contradictorios, desde la mediana burguesía a los campesinos sin tierra y los pobladores marginales, reunía en su seno los requisitos fundamentales para que su acción gubernamental no pudiera ser ni revolucionaria ni reaccionaria. A la D. C. chilena podría aplicársele lo que a la italiana: »The center is more a negative convergence, a sum of exclusions, than a positive agency of instigation. And this is likely to be a passive, rather inert,

and —all in all— immobile kind of aggregation. Of course the center will move if the balance between its left and its right should shift. Nevertheless it will not be the real change agent within the system, for it is not a center of instigation"²⁰.

La diferencia estriba en que la D.C. chilena seis años después de ejercer el poder se encontró aislada, juzgada como *reformista* a su izquierda y como *criptocomunista* a su derecha. Mientras que la italiana, tras su período de dominio casi absoluto después de la II Guerra Mundial, mantuvo su predominio mediante su *apertura a siniestra* de 1964.

La D.C. chilena logró crear alrededor de su programa de modernización neocapitalista una base popular suficientemente amplia para erigirse durante la década de los sesenta en la primera fuerza política del país. Su heterogeneidad hubiera podido orientarla a Chile en una línea *populista*, como tantas veces se ha dado en América Latina. No fue posible por dos razones: 1°. La presencia a su izquierda de dos partidos de masas —Comunista y Socialista—, que agrupaban la mayoría absoluta del proletariado y dirigían políticamente la Central Única de Trabajadores, 2°. La necesidad de diferenciar su acción gubernamental de la derecha tradicional, que gobernó con Alessandri desde 1958 a 1964. Sin atentar en lo más mínimo contra los fundamentos estructurales del sistema capitalista, la política económica de Frei se impuso algunas metas redistributivas y el comienzo de una reforma agraria de objetivos ambiciosos. Las limitaciones que experimentó fueron las propias de un partido de su naturaleza constitutiva. Su política económica resultó suficientemente tímida para no atraer en absoluto a los sectores sociales agrupados tras la izquierda marxista. Pero fue lo suficientemente innovadora, dentro de los moldes del capitalismo, para alienarse a los grandes propietarios agrícolas e industriales.

²⁰Giovanni SARTORI: »European Political Parties: The Case of Polarized Pluralism«, *op. cit.*, pp. 164-165.

»El centro es más una convergencia negativa, una suma de exclusiones, que una fuente positiva de iniciativas. Y tiende a ser una especie de amalgama pasiva, más bien inerte y —por último— inmóvil. Por supuesto que el centro se moverá si se altera el equilibrio entre su izquierda y su derecha. Sin embargo, no será el verdadero agente de cambios dentro del sistema, pues no es un foco de estímulos«.

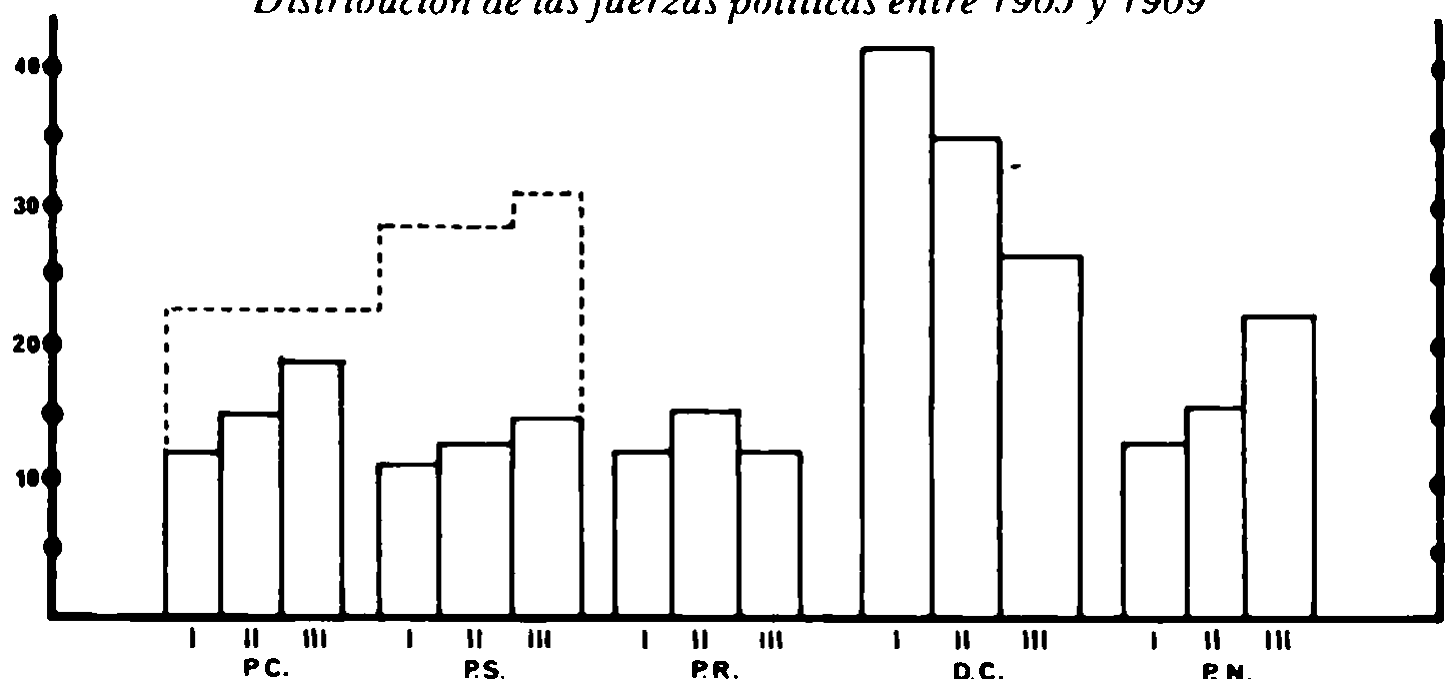
Y lo bastante ambigua para hacer posible que los sectores populares con educación política más convencional continuaran siendo atraídos por los símbolos de orden, eficacia y austeridad de la derecha tradicional, particularmente entre los urbanos marginados y los asalariados agrícolas.

Sin embargo, ninguna de estas limitaciones tiene por qué extrañarnos. No hubieran supuesto para la D.C. chilena una catástrofe irremediable de no mediar el factor políticamente más trascendente en mi opinión, y que de nuevo reitero: la disociación entre la D.C. y la derecha tradicional. En el capítulo anterior hemos visto que este distanciamiento no puede entenderse si no es considerando que se imponía *tanto* desde la estructura social de la D.C. como desde el seno de la Derecha. De ahí el fracaso del sector conservador D.C. y del realista de la Derecha para restablecer la coalición, repetidamente intentado antes de la elección de Allende y después de la iniciación de su mandato.

De este modo, en los seis años del Gobierno Frei se da la siguiente evolución: la concentración sobre el Centro que hizo de la D.C. el partido dominante se ve progresivamente reducida en favor de la reconstitución de la Derecha como núcleo con vocación de alternativa²¹, y, en segundo lugar, de un lento pero ininterrumpido crecimiento del polo marxista. El segundo polo centrista, el Radical, experimenta un proceso de estancamiento que, dada su incompatibilidad con la D.C., le reduce al aislamiento y prefigura la escisión del P. Radical, a mediados de 1969, para incorporarse al bloque de la Izquierda o, su ala conservadora, al de la Derecha. Mientras la Socialdemocracia italiana ha estado dispuesta a ofrecer su colaboración a la D.C., su equivalente en Chile se encontraba en la situación opuesta. Así es como el esquema de cuatro polos de 1963, concentrado sobre el Centro, va configurando la tripolarización que en las Presidenciales de 1970 pondrá frente a frente la alternativa derechista (J. Alessandri) y la izquierdista (S. Allende).

²¹Tras las elecciones parlamentarias de 1965, los partidos Conservador y Liberal se funden en el Nacional.

Distribución de las fuerzas políticas entre 1965 y 1969



Los números corresponden por orden, a las elecciones de 1965, 1967 y 1969. Los porcentajes para cada Partido son los siguientes: P.C.: 12.4 (I), 14.8 (II), 15.9 (III); P.S.: 10.3 (I), 13.9 (II), 14.4 (III) junto con el P. Socialista Popular escindido del P.S.; la suma de la votación de los partidos marxistas muestra los siguientes porcentajes: 22.7 (I), 28.7 (II), 30.3 (III); P.R.: 13.3 (I), 16.1 (II), 13.0 (III); P.N.: 12.5 (I), 14.3 (II), 20.0 (III). En 1965 la votación del P.N. corresponde a la de los Partidos Conservador y Liberal, todavía no fusionados.

La hostilidad de la Derecha tradicional a la política económica reformista de la D.C. impidió que ésta mantuviera su predominio con el respaldo de aquélla. Y ésta era la única posibilidad viable para mantener el Gobierno en manos capitalistas. Ya que jamás podía esperarse que la D.C. resistiera renunciar a su propio candidato en favor del de la Derecha, como hemos dicho más arriba.

No debe extrañar que, cuando hacemos referencia a coalición entre distintos polos, la vinculemos a elecciones Presidenciales. El régimen presidencialista es el factor institucional decisivo en este caso, ya que provee al Ejecutivo de una estabilidad y autonomía relativa considerables. Mientras la D.C. italiana ha tenido que buscar el respaldo de otros partidos para contar con mayoría en las Cámaras y poder formar Gobierno, el Presidente Frei ha podido mantener sus gabinetes *monocolores*²² encontrándose siempre con una u otra Cámara del Parlamento bajo control de la oposición.

²²La atribución al P. Democrático Nacional del Ministerio de Tierras no altera en absoluto la exclusividad democristiana en el Ejecutivo.

Los acuerdos con los partidos de oposición han sido buscados en torno de medidas concretas. Así se explica que ciertas iniciativas democristianas hayan sido aprobadas con el respaldo de los partidos marxistas y contra la voluntad de la Derecha, como la Ley de Reforma Agraria, y otras gracias a los votos de la Derecha.

No cabe duda, pues, que en contraste con la situación chilena, el régimen parlamentario italiano ha obligado a la Democracia Cristiana a tener que aliarse con otros partidos para asegurar la propia sobrevivencia de los Gabinetes. Y al llegar a este punto nos encontramos con el segundo gran factor explicativo del proceso que ha desembocado en la Presidencia de Salvador Allende: el P. Socialista.

4.

EL PAPEL DEL P. SOCIALISTA Y SU COALICIÓN CON EL P. COMUNISTA

La base popular de la D. C. y los símbolos semánticos revolucionarios de que ha hecho uso hacían de su izquierda el terreno político ideal para buscar las alianzas. Y es en este momento cuando hay que ponderar debidamente el significado especial de la colaboración práctica que entre los Partidos Comunistas y Socialista se ha venido desarrollando en Chile desde 1952²³. Ello ha significado la presencia activa y beligerante de un polo revolucionario de caracteres bastante bien definidos, con la consiguiente influencia sobre los otros polos. En primer lugar, condujo al derechista a apoyar a Eduardo Frei en 1964. En segundo lugar, la disociación que siempre ha existido entre radicales y democristianos, en Chile, no es un factor tan decisivo como la fuerza de atracción del bloque Comunista-Socialista para explicar la aproximación del ala izquierdista del radicalismo hacia este último, y nunca hacia la D. C. No debe olvidarse que el P. Radical compartió el poder Ejecutivo con socialistas y comunistas hasta 1948.

Que la D. C. descartara su alianza formal con el P. Comunis-

²³El P.C. vuelve a la legalidad en 1958. Pero la candidatura de S. Allende de 1952 estuvo respaldada por los comunistas desde la clandestinidad.

ta, no tiene nada de extraño. Pero no deja de ser interesante constatar que Eduardo Frei llegó a la Presidencia de Chile el mismo año que la D. C. italiana formó su coalición centro-izquierda con amplia participación del P. Socialdemócrata y del P. Socialista. La D. C. chilena pensó, en un principio, llegar a algún tipo de acuerdo con el P. Socialista. Y ésta es una de las especificidades singulares del proceso chileno: el P. Socialista, de una composición obrera semejante a la del P. C. y con el marxismo-leninismo como doctrina oficial, adoptó desde el primer día una postura declaradamente hostil hacia la D. C., anticipando la dureza de su labor opositora a lo largo de los seis años de administración democristiana. Incluso el P. Comunista, con la flexibilidad táctica que le es característica, se mostró en términos generales más conciliador con la D. C. que el P. Socialista. Siempre a partir del supuesto del entendimiento fundamental entre ambos partidos obreros.

Es así como, a diferencia de lo ocurrido en Italia, el P. Socialista de Chile no dejó aislado al P. C. incorporándose a la política reformista de la D. C. Este es un hecho de la mayor trascendencia. El polo marxista chileno, con un comportamiento declaradamente antisistema, no está compuesto por un partido dominante, ni siquiera único, sino integrado por una dualidad de partidos de características más parejas que disímiles, a pesar de la notoria mayor consistencia organizativa del P. C. y de la total independencia del P. S. del movimiento comunista internacional vinculado a la URSS, aspecto este último que amplía el margen de autonomía política de los marxistas chilenos. Así como una candidatura marxista a la Presidencia de la República ha sido aceptada en la persona de un militante del P. Socialista, no cabe duda que una candidatura del P. Comunista hubiera despertado mucho mayor resistencia.

El año 1969 está marcado en Chile por la ofensiva de la Derecha para levantar la imagen de Jorge Alessandri como salvación para Chile. Hasta tal punto la campaña iniciada en 1968 llegó a impresionar, que el eje de preocupación más relevante en el *leadership* de la Izquierda y de la D. C. lo constituyó el espectro del retorno de la Derecha tras de Alessandri. En mayo del 69 Radomiro Tomic pronunció una célebre

oración ante la Junta Nacional de su partido negándose a ser el candidato presidencial de una D. C. aislada, pues ello equivalía, según él, a negar la razón de ser de la gestión democristiana dejando el camino libre a la *restauración* derechista. *Ni un paso atrás* fue la consigna de su campaña durante 1970. La ambición original de Tomic era reproducir para la D. C. la situación de 1964, pero esta vez respaldando su candidatura sobre el polo izquierdista.

El bloque Socialista-Comunista no aceptó apoyar a un candidato democristiano. Una de las razones utilizadas para explicar la alianza del P. S. italiano con la D. C. ha sido, precisamente, la de evitar la alternativa derechista en el supuesto de que los socialistas se negaran a negociar con la D. C. En Chile, el Partido Socialista no pensó ni un momento abandonar su alianza con el P. C. para consolidar un Gobierno centrista frente al peligro de retorno de la Derecha al poder.

El P. C., por su parte, daba la impresión de manejar supuestos interpretativos semejantes a los de Tomic, pero invirtiéndolos hacia el lado de la Unidad Popular. Apoyar la candidatura de un militante del MAPU²⁴ como candidato único de la Izquierda a la Presidencia, suponía buscar el puente entre el electorado más avanzado de la D. C. y el de la Unidad Popular, concentrándolo en torno de un representante de la Unidad Popular. Dadas las altas posibilidades que todo el mundo político chileno reconocía, a fines del 69 y comienzos del 70, a Jorge Alessandri, la clave del éxito de esta estrategia dependía del rompimiento de la D. C., debiendo sus sectores populares y progresistas preferir respaldar a un antiguo militante democristiano más bien que facilitar el éxito de la Derecha tradicional. Y digo fracción de la D. C. porque era una hipótesis irreal creer que ésta, íntegramente, pudiera renunciar a su voluntad hegemónica para ponerse detrás del candidato de la Unidad Popular.

Vale la pena, no obstante, considerar teóricamente lo que hubiera supuesto una candidatura victoriosa de la U. P. bajo las anteriores condiciones. En primer lugar, durante la cam-

²⁴ Ala más izquierda del P.D.C., que se separó de éste a fines de abril de 1969, incorporándose después a la coalición de la Unidad Popular.

paña se hubiera reproducido la bipolarización de 1964, pero esta vez no entre un marxista y un democristiano sino entre un cristiano de izquierda y la Derecha tradicional. En el supuesto de la victoria de la Unidad Popular, dado el peso institucional reconocido a la Presidencia en el sistema político chileno y la inercia de las estructuras e instituciones del *establishment*, incluidas las Fuerzas Armadas, el centro de gravedad en el seno de la Unidad Popular hubiera estado más del lado no marxista que del marxista. Aun con el mismo Programa de Gobierno, todo el mundo hubiera pensado más en una nueva versión del Frente Popular —*treinta años después*—, que no en el comienzo de un proceso resueltamente revolucionario orientado hacia la construcción del socialismo, en un régimen progresista del tipo democracia nacional más bien que revolucionario explícitamente comprometido en la vía hacia el socialismo. La diferencia entre ambos puede parecer sutil a algunos, pero en el Chile de 1970 —la reacción del resto del mundo capitalista ha sido coincidente— la Presidencia ejercida por un militante de ideología marxista tiene un significado bastante distinto a su desempeño por un izquierdista no-marxista. Por lo demás, lo decisivo es la base social en que se fundamenta el poder político. La ruptura de la Democracia Cristiana, y su absorción parcial por la Unidad Popular, hubiera probablemente reemplazado el predominio *cuantitativo* del electorado de votación marxista por un equilibrio más *popular* que proletario.

Toda acción o decisión política es el resultado de la interacción entre los factores y elementos de los que depende. La hipótesis que estamos comentando quedó, junto a muchas otras, en la historia interna de las deliberaciones de la Unidad Popular para encontrar un candidato único. Lo que aquí nos interesa resaltar es que el P. Socialista se opuso resueltamente a ella, considerando que era improbable la ruptura del P. Demócrata Cristiano y que sus bases resistirían votar por un candidato no militante de los partidos obreros. De esta forma, junto a otras consideraciones que no es del caso especificar aquí, fue posibilitada la cuarta postulación de Salvador Allende a la Presidencia. Y se mantuvo el esquema tripolar entre las fuerzas políticas. Lo que, a su vez, ha resultado

decisivo para el reconocimiento institucional de su victoria y ha hecho factibles los primeros meses de su Gobierno.

5.

LA IMPORTANCIA DEL ESQUEMA TRIPOLAR DE FUERZAS POLÍTICAS

Nuestra tesis es la siguiente: la victoria electoral, en septiembre de 1970, de un candidato de la U. P. no marxista hubiera podido no verse sustancialmente afectada por la polarización de las fuerzas políticas; por el contrario, la ya de por sí muy improbable elección de Allende dentro de un esquema de polarización, hubiera terminado en el fracaso y en la ruptura de la continuidad institucional del sistema político chileno. Salvador Allende, candidato, requería de un espectro tripolar, primero para obtener la mayoría relativa y después, para sobrevivir políticamente más allá del 4 de septiembre.

La práctica política chilena tradicional está caracterizada, entre otras, por una nota particular: la propensión hacia el compromiso. En un sistema con tantas tensiones sociales, como Chile, el compromiso entre dirigentes, en la esfera de lo político, sólo puede explicarse en función de dos factores interdependientes: la solidez y capacidad de los mecanismos institucionales esenciales de toma de decisiones y, en segundo lugar, el alto grado de integración a la práctica de este sistema político por parte de los distintos movimientos representativos. Es entre los no integrados, como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, donde se observaba la voluntad explícita de rechazar cualquier compromiso. Los portavoces chilenos de la vía armada para conquistar el poder político siempre se negaron a cualquier concesión derivada del esquema de acción propia de la vía electoral. Su enraizamiento irrelevante entre las masas trabajadoras no permitió al MIR convertirse en un polo político con capacidad de influenciar significativamente el proceso político, y menos de hacer vacilar la resolución con la que los partidos obreros participaban dentro de los cauces políticos constitucionales. Lo que no obsta para que entre el P. C. y el MIR se entablara una justa doctrinaria y un ala del P. Socialista ma-

nifestara su escepticismo abstracto ante el espejismo de la *vía electoral*.

La distribución de la votación en los años 1969 y 1970 muestra claramente cómo no contenía incertidumbre alguna el resultado de una nueva polarización entre la candidatura de Allende y la del representante del Centro y Derecha coligados. Hubo necesidad de la tripolarización para que Salvador Allende alcanzara la primera mayoría relativa. Pero de no haber tenido sólidas raíces la diferenciación coyuntural entre D. C. y Derecha, la capacidad de compromiso del sistema chileno hubiera conducido a un acuerdo entre estas últimas fuerzas para designar constitucionalmente Presidente a Jorge Alessandri. Lo que no dejó de buscarse denodadamente por la Derecha y el ala conservadora de la D. C. En una situación de polarización, no es aventurado sostener que todos los factores institucionales, culturales y sociales que han sido retenidos para explicar el porqué de la llegada al poder de Allende, y otros aquí no considerados, hubieran sido desbordados e ineficaces en un supuesto de polarización. Esta última es, cuando uno de los polos tiene una vocación revolucionaria, constitutivamente excluyente entre los términos, de disyuntiva entre unos intereses u otros, entre la hegemonía de una clase social u otra. El compromiso es posible con el Centro, no entre extremos antagónicos que ponen en juego la razón de ser de su existencia, su propia sobrevivencia a medio plazo. En lo económico y político para la burguesía; en lo político, en la libertad de organización y expresión, para los trabajadores. Y en este supuesto, el peso de las estructuras e instituciones de un sistema capitalista se hubiera dejado sentir de modo irresistible. La lógicamente imposible mayoría absoluta de Allende hubiera sido desconocida: pero no sin graves consecuencias: la continuidad institucional del sistema político chileno hubiera quedado rota definitivamente. Si la instalación de un régimen autoritario hubiera dado ocasión a una guerra civil, es cuestión que debe ser contemplada según un esquema conceptual distinto al de esta reflexión sobre los partidos. En cualquier caso, las compuertas de la violencia política quedaban abiertas de par en par.

Y si la diferenciación de las fuerzas políticas organiza-

das fue decisiva para decidir las alternativas antes del 4 de septiembre de 1970, entre el 4 de septiembre y la reunión del Congreso Pleno el 24 de octubre, no menos decisiva ha sido después de la transmisión del mando el 3 de noviembre del mismo año. Jamás el resultado de una elección política ha resuelto un programa revolucionario. A lo más, ha ofrecido la oportunidad para comenzar a aplicarlo. La historia de la experiencia de un Gobierno pro socialista, dirigido por un marxista, dentro de un sistema económico de fundamentos íntegramente capitalistas y directamente dependiente de la más grande potencia capitalista, en un contorno regional hostil o a lo sumo neutral, no hace sino comenzar el 4 de noviembre de 1970. Su debilidad es asombrosa, para cualquiera que analice con realismo el equilibrio de fuerzas —económicas, militares, sociales y también políticas— de Chile a fines de 1970. Aunque a algunos les pudiera parecer exagerado, no deja de tener explicación que los escépticos antes del 4 de septiembre, sufran después del 4 de noviembre la pesadilla de la sedición, del complot y de la subversión.

De los tres poderes del Estado, la Unidad Popular apenas controla el Ejecutivo, lastrado con el peso de una burocracia plenamente conformista y debilitado por la inexperiencia de muchos de los nuevos cuadros dirigentes a los que se ha confiado la maquinaria de la Administración. No habían transcurrido aún ocho semanas de Gobierno cuando el Tribunal Supremo mostró que entendía defender hasta sus últimas consecuencias una cierta concepción del *orden* y de la *juridicidad*. Su negativa a conceder el desafuero pedido contra el senador derechista Morales Adriasola por el fiscal militar, por existir pruebas bastantes de su implicación en tentativas contra la seguridad interior del Estado, *casó* el fallo casi unánime de la Corte de Apelaciones favorable al desafuero. Y el 2 de marzo de 1971 el Presidente del Tribunal Supremo, al inaugurar el año judicial, pronuncia un discurso abiertamente político en que declara al Poder Judicial último bastión en la defensa de las concepciones jurídicas más tradicionales en circulación entre las escuelas de derecho de principios de siglo.

Imaginemos por un momento que la mayoría de oposición

que controla el Parlamento hubiera adoptado una postura absolutamente obstruccionista a las iniciativas del Ejecutivo, como algunos parlamentarios derechistas solicitaron públicamente. El conflicto de poderes no hubiera tardado en ser insoluble. El Ejecutivo, aislado institucionalmente de ese modo, al no poder contar con el respaldo irrestricto y comprometido de las Fuerzas Armadas, se hubiera enfrentado a una situación de aislamiento y bloqueo institucional que lo hubiera asfixiado. Demasiado débil para adoptar medidas de fuerza hasta sus últimas consecuencias, el Gobierno de Salvador Allende hubiera sido reducido a la impotencia. El desenlace no es difícil intuirlo.

Si esta suposición no tuvo lugar es por las mismas razones que originaron la tripolarización anterior a las elecciones Presidenciales. El Centro democristiano no ha podido ser atraído a integrar el Frente Democrático propiciado desde noviembre de 1970 por el P. Nacional y la Democracia Radical. El resultado de las elecciones municipales de abril del 71 ha mostrado que la D. C. constituye, hoy por hoy, una realidad política con autonomía y personalidad propia. Su composición social heterogénea la emplaza en una situación difícil de mantener —sin fracturas internas— en la medida que el proceso revolucionario chileno avance en la ejecución del programa que se ha trazado. Por el momento, sin embargo, constituye una *cámara de aire* entre la Izquierda en el Gobierno y la Derecha seriamente amenazada pero aislada. La gran cuestión es saber si el Gobierno de Allende podrá consolidar el poder —en el sentido más amplio del término— de las fuerzas populares antes de que el Centro actual desaparezca o se metamorfosee en la única alternativa política potencial en defensa de la continuidad del sistema capitalista. En otros términos, antes de que los sectores sociales intermedios, hoy parcialmente incorporados a la Unidad Popular o mayoritariamente neutralizados, logren ser atraídos por el polo político al servicio del gran capital para formar un solo frente contra el proletariado y los trabajadores organizados, contrariando así uno de los objetivos del Programa de Gobierno de la U. P.: dar garantías a la clase media de que su status no será objeto de transformaciones radicales inmediatas.

La respuesta nos la darán los acontecimientos de los próximos meses. Mientras tanto, la tripolarización está demostrando ser la condición indispensable para asegurar el futuro de la *vía política* con que el Gobierno chileno ha iniciado la superación del sistema capitalista y el camino hacia el socialismo.

Santiago, 15 de abril de 1971

III

La opción de 1970 y la ideología Análisis de los tres programas presidenciales*

¿Dónde terminan los hechos concretos? ¿Cómo opera la interpretación y reflexión teórica sobre ellos? ¿Cómo incide, a su vez, esta reflexión teórica sobre los hechos concretos mismos? Tres manifestaciones fundamentales, profundamente interrelacionadas, presentes en el esquema conceptual y analítico de cualquier estudio de un proceso histórico. Son éstas tres dimensiones plurales de una misma realidad, que nunca puede comprenderse en su complejidad si se ignora deliberadamente una de ellas.

Realidad e ideología, dos conceptos cuyo antagonismo externo resalta en sus manifestaciones extremas, pero cuya zona de interacción y neutralización recíproca es inútil pretender escindir artificialmente. Es en esta zona donde se dan los acontecimientos políticos fundamentales para explicar la génesis de la acción social, individual o colectiva.

Más allá de las deformaciones ideológicas y pragmáticas en el estudio de un proceso político, y aunque parezca paradoja, es la dimensión ideológica la que plantea mayores dificultades analíticas. Causa y efecto a un mismo tiempo, el aparato conceptual y analítico del que disponemos está poco desarrollado. Pero cuando nosotros nos propusimos analizar el momento político de la elección Presidencial de 1970, no quisimos contentarnos en constatar esta limitación. Decidimos completar otros estudios sobre la evolución de las fuerzas sociales y políticas de Chile actual con un enfoque en profundidad de su traducción en el plano ideológico. Intentábamos

*De este análisis es coautor Frédéric Debuyst.

ver el modo de descubrir en él las manifestaciones particulares que adoptaba la diferenciación socioeconómica y el enfrentamiento político tal como resultaba de la configuración chilena a fines de la década de los años sesenta. Desde nuestro punto de vista, siendo estos últimos los factores históricos decisivos, despertaba nuestra curiosidad saber cómo actuaban en el plano ideológico, y avanzar en la comprensión de cómo influían sobre los factores en función de los cuales se elaboró la plataforma programático-ideológica de las opciones electorales de 1970.

Esa es la razón de ser del estudio de los programas electorales de cada una de las tres candidaturas a la Presidencia de Chile en 1970. Para internarnos por ese camino decidimos servirnos de algunas categorías analíticas e interpretativas desarrolladas por el enfoque semiológico. Pero utilizadas como instrumento de trabajo de acuerdo con unas hipótesis teóricas de partida que desbordan totalmente el marco de los estudios lingüísticos y entran de lleno en la problemática de la ciencia política.

Por eso conviene que empecemos por aclarar los elementos metodológicos que hemos retenido.

1.

PRESENTACIÓN: CATEGORÍAS SEMÁNTICAS E IDEOLOGÍA

La lectura ideológica del mensaje

Dentro de las diversas acepciones que tiene el concepto de ideología, hemos elegido una definición reuniendo los siguientes elementos: la ideología es un conjunto coherente de representaciones, valores y creencias, que reconstruye en una dimensión imaginaria las relaciones sociales reales. Estas últimas se presentan dentro del marco de una formación social cuya ideología dominante, expresión del dominio de una clase en la relación concreta de las clases en lucha, refleja la unidad. La ideología dominante intenta, mediante procedimientos diversos, ocultar las contradicciones reales de esta formación, ya que persigue insertar a los individuos en actividades prácticas que sostienen las estructuras existentes.

Del mismo modo que la unidad de una formación social es conmovida en su coherencia o puesta en peligro por el juego de las contradicciones internas, la ideología dominante no cubre la totalidad del terreno ideológico y no excluye expresiones ideológicas más adecuadas a la situación real de la clase dominada. Estas expresiones representan en el plano del discurso político, subconjuntos relativamente autónomos respecto de la ideología dominante, pero conformes con la conciencia posible (el terreno posible de las prácticas) de los representantes de esta clase.

El carácter no directamente manifiesto del contenido ideológico de un mensaje, nos impone un enfoque analítico que nos permita descubrir más allá de su contenido específico los propios principios de su organización, el sistema de reglas semánticas o la adecuación de signos (tomados en su materialidad y significados), de acuerdo con los cuales el mensaje se ordena y produce manifestaciones ideológicas.

Como lo indica E. Verón «la ideología no es un tipo particular de mensajes o una clase de discursos sociales, sino uno de los muchos niveles de organización de los mensajes, desde el punto de vista de sus propiedades semánticas»²⁵.

Para descubrir dicho nivel de significación hay que descomponer el mensaje, operación que comprende una fase de *selección de unidades* y una fase de *combinación de unidades*. En esas operaciones hay que tener presente que: «la información ideológica no se comunica sino que se *metacomunica*» es decir, que la ideología no siempre está presente de manera explícita en un mensaje, y que opera por *connotación* y no por *denotación*²⁶. O sea, la información ideológica se descubre al nivel de un lenguaje secundario, derivado de uno literal y corriente (u objetivo), que interpreta la expresión del primer lenguaje no ya según un orden de sentido inmediato y práctico, sino según un orden de sentido «mítico» (empleando la expresión de R. Barthes y A. I. Greimas).

²⁵ VERÓN E. y otros, *Lenguaje y comunicación social*. Ed. Nueva Visión, Buenos Aires 1969, Verón E. «Ideología y comunicación de masas: la semantización de la violencia política», pp. 141-142.

²⁶ VERÓN, E., *op. cit.*, p. 143.

Tomaremos, por último, el postulado de E. Verón según el cual este tipo de »análisis será ideológicamente significativo cuando las estructuras de significación descritas puedan ser vinculadas con los procesos de conflicto a nivel de la sociedad global«²⁷.

La organización del mensaje

A. Antes de referirnos a las principales articulaciones a partir de las que hemos organizado el mensaje, recordemos que según De Saussure las unidades de un discurso son signos constituidos por la unión de un *significante* y un *significado*. El significante es la expresión misma del signo, un »mediador« o el signo en su materialidad (plano de la expresión), y el significado la representación psíquica de la cosa, »aquella cosa a la que se refiere la persona que utiliza el signo« (plano del contenido)²⁸.

Estos signos (en los que no se puede separar el lado significante del significado) se articulan según un plano doble: el del *sintagma* y el del *sistema*. El plano del sintagma se refiere a la manera como se ordenan, se adecuan, se entrelazan los signos. Se trata, pues, del plano de la combinación de los signos en el campo de extensión del mensaje (el estudio del cual da lugar a la actividad de selección). El plano del sistema es el de las asociaciones. Como lo indica De Saussure »afuera del discurso (plano sintagmático), las unidades que tienen entre ellas algo de común se asocian en la memoria y forman así grupos en los que imperan relaciones diversas«. Según este autor, la relación entre los dos planos puede ilustrarse con la ayuda de la siguiente imagen: cada unidad lingüística se asemeja a la columna de un edificio antiguo: la columna se halla en relación de contigüidad con otras partes del edificio, otras columnas, el arquitrabe, etc. ... (relación sintagmática). Pero si la columna es, por ejemplo, de estilo dórico, esta característica nos lleva a la comparación con otros órdenes

²⁷ VERÓN, E., *op. cit.*, p. 143.

²⁸ En las distintas definiciones de los conceptos lingüísticos y semiológicos seguimos a Roland Barthes: »*Eléments de sémiologie*«, *Communications*, 14, 1964, pp. 91-144.

arquitectónicos, como el jónico, o el corintio; se trata, en este caso, de una relación virtualmente de sustitución (relación asociativa o sistemática). Podemos llamar también a éste el plano paradigmático.

B. En nuestro estudio nos hemos servido de varias categorías utilizadas en lingüística, pero utilizándolas en ocasiones de modo muy diferente; organizamos el mensaje sin pretender recurrir a una selección de las unidades significantes *mínimas*. Más bien buscamos *connotadores* como punto de partida, es decir, uno o varios signos (en ocasiones una palabra, en ocasiones un fragmento de discurso) perteneciendo a un lenguaje objetivo o corriente (denotado), y que constituyera simultáneamente la unidad expresiva de un sistema connotado.

A partir de un lenguaje principal (formado a nivel del significante por los connotadores), hemos elaborado el discurso sobre un encadenamiento de metalenguajes sucesivos, es decir un encadenamiento de significados de connotación, según un orden lógico que nos condujera a descubrir un significado ideológico cada vez más global y abstracto.

Con este fin, nos hemos inspirado en categorías conceptuales de Hjelmslev, relacionadas con los diversos planos de realización de la lengua y de las transposiciones que de ella hace R. Barthes a propósito del vestido.

Hemos tomado estas diversas categorías utilizándolas del modo siguiente:

1. La *palabra* es el connotador de partida (asimilable al idiolecto de un grupo partidario), y representa un significante que desencadena una sucesión de metalenguajes (como hemos dicho, puede tratarse de una palabra o de una proposición). En un mensaje programático, esta sucesión puede adoptar la forma del razonamiento más o menos explícito.

2. El *uso* es el fragmento del discurso que enuncia las realidades o manifestaciones concretas a las que se refiere la palabra. Se refiere a la descripción de los hechos concretos o costumbres sociales a los que remite la palabra.

3. En un nivel de mayor abstracción, la *norma* representa

la institución concreta, efectiva pero desprovista de los detalles concretos de realización explicitados en el uso.

4. Finalmente, el *esquema* es la forma pura que la institución concretiza. Se trata de una abstracción o de un sistema teórico. Es a partir del *esquema* que podemos deducir más fácilmente la orientación ideológica general de un mensaje.

El *uso*, por oposición a la palabra, responde a una función metalingüística: toma la *palabra* como objeto para explicarlo. Por ejemplo, cuando Tomic, candidato de la Democracia Cristiana, declara: »las minorías están en el poder« plantea implícitamente la cuestión de quiénes son estas minorías, y explicita su *palabra* enunciando diversas categorías sociales. El *uso* desempeña al mismo tiempo una función de referencia: remite a un mundo percibido o imaginario al que puede referirse tanto el emisor del mensaje como el receptor. En los mensajes estudiados la *norma* (institución concreta, cristalización de costumbres) es casi siempre explicitada por el locutor, mucho más que el *esquema* (más latente).

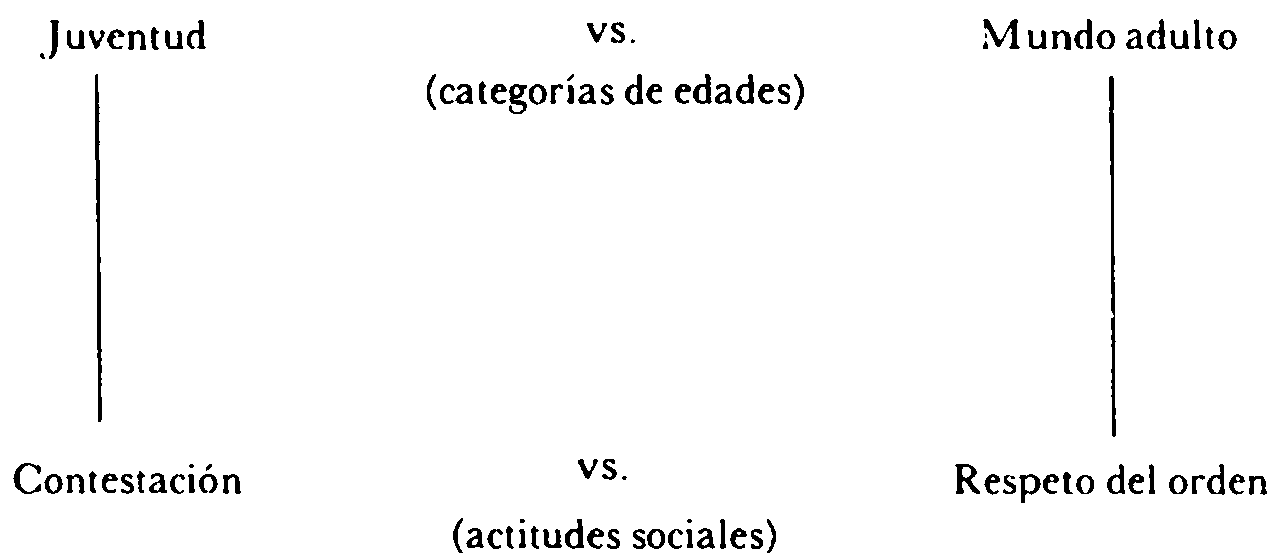
Es aquí donde el analista debe intervenir aproximando eventualmente elementos inmanentes del discurso a interpretaciones conocidas del pensamiento del grupo de decisión (que aparecen en ocasiones en otros escritos).

C. En el plano del sistema, hemos organizado el discurso tomando de la lingüística las nociones de »contraste« y de »oposición«, pero utilizándolas en sentido muy diferente.

En lingüística, los »contrastes« caracterizan relaciones de contigüidad entre las unidades sintagmáticas. En el sentido que nosotros les damos, los *contrastes* designan la continuidad a nivel del contenido. Los *contrastes* se refieren a significados que presentan entre ellos un carácter de homología.

Las »oposiciones« caracterizan en lingüística las relaciones de los términos del campo sistemático (o asociativo): estas relaciones, consideradas en el plano del contenido, presentan la imagen de una homología (es el sentido del término que damos nosotros mismos a los contrastes). Por nuestra parte, calificaremos como *oposiciones* las relaciones entre unidades cuyos *significados se excluyen*. Esta distinción en el plano de los contenidos entre *contrastes* y *oposiciones* nos permite construir en el nivel de las *palabras*, *uso*, *normas*

y *esquemas* diferentes paradigmas, es decir isotopías o »coherencia de significados« en las que las unidades se sitúan —según su carácter— a una parte y otra de un eje semántico común como en el ejemplo siguiente:



Mencionemos, para concluir, una última noción tomada de la lingüística: la de *neutralización*. En lingüística, la neutralización le asigna el »fenómeno por el cual una oposición pertinente pierde su pertinencia, es decir deja de ser significativa«. Ello se produce generalmente bajo el efecto del contexto²⁹.

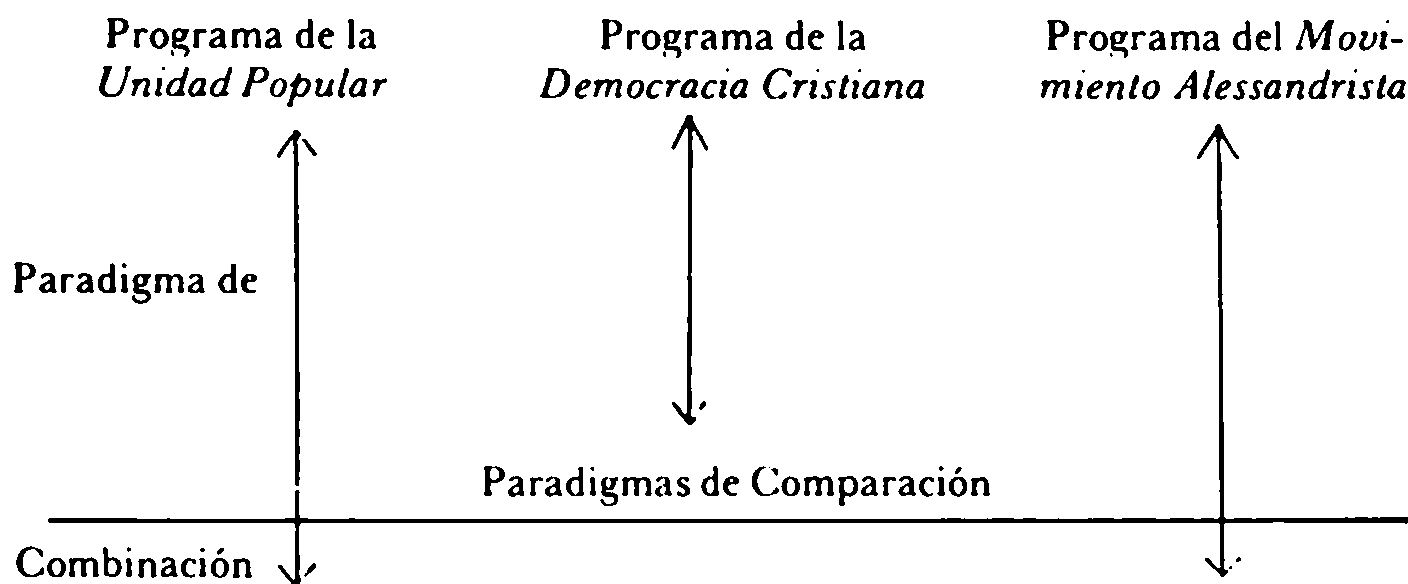
En nuestro estudio afirmamos que hay *neutralización* cuando la relación asociativa, es decir una relación considerada al nivel de los significados, debe perder su carácter pertinente, cuando en confrontación con un contexto trascendente al discurso metacomunica en la sociedad global una realidad que contradice los contenidos enunciados.

No se trata aquí sino de una construcción hipotética, puesto que resulta de la lectura de la realidad social hecha por el analista.

Veremos más adelante que nosotros utilizamos el término *neutralización* en un sentido sensiblemente más distinto: en un cierto número de casos el discurso no revela, para una u otra isotopía, ningún término de oposición. Esta ausencia no nos permite, por consiguiente, elaborar un paradigma binario y permite una gran ambigüedad que sustrae parte de su pertinencia a las expresiones de quien las manifiesta.

²⁹ BARTHES (R.), *op. cit.*, p. 127.

D. Así como construimos paradigmas en el interior de un mensaje (en este caso en el seno de un programa electoral), hemos resuelto construir paradigmas que surgen de la oposición entre unidades y combinación de unidades en varios mensajes de un mismo autor, o en mensajes de diferentes autores: estos paradigmas no siguen necesariamente un modelo antitético (o de oposición binaria), pero podrían ser igualmente paradigmas seriales. Por ejemplo, al comparar los programas de la Unidad Popular, de la Democracia Cristiana y del Movimiento Alessandrista, tendremos:



2.

ANÁLISIS DE LOS PROGRAMAS ELECTORALES

Nuestro estudio se limita exclusivamente a la comparación de los tres Programas electorales, interpretados en sí mismos, sin ponerlos en relación con el planteamiento fáctico y desarrollo de la campaña electoral que culminó el 4 de septiembre de 1970³⁰. No por ello consideramos este aná-

³⁰El Programa de la candidatura de Radomiro Tomic es el oficial del Partido Demócrata Cristiano. El Programa de la candidatura de Salvador Allende, es el Programa Básico de Gobierno de la Unidad Popular. El primero fue publicado en *Clarín* el 14 de junio de 1970. El segundo, fue aprobado el 17 de diciembre de 1969 por los partidos Comunista, Socialista, Radical y Social Demócrata, el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) y la Acción Popular Independiente (API). La candidatura de Jorge Alessandri no tuvo un Programa oficial definido. Estaba compuesto por tres tipos de documentos distintos: 1. la alocución radiofónica que pronunció el día 11 de enero de

lisis como formal o abstracto, pero sí hecho a un nivel de abstracción. Los mensajes contenidos en los Programas constituyen un lenguaje elaborado por un »grupo de decisión«. Y como todo lenguaje elaborado »por decisión«, no son enteramente libres sino que están determinados por la comunidad política, integrada, a su vez, por exigencias económicas, relaciones sociales, necesidades nuevas e ideologías. Son estos últimos elementos los que se encuentran en el origen generador del proceso político que, en una confrontación electoral, ha expresado en forma sistemática las tres opciones que se ofrecían a los ciudadanos chilenos en 1970. Nuestro propósito es, pues, proceder a la operación inversa: partir de los Programas electorales para descubrir, a través de sus significados e ideologías, los factores sociales del sistema sociopolítico chileno contemporáneo que los han hecho posible.

Hemos agrupado el contenido de los Programas en ocho temas principales: 1. La concepción de la crisis por la que atraviesa el país; 2. Las relaciones entre las clases y el cambio; 3. La concepción de la naturaleza y función del estado y de la organización política; 4. El papel de las Fuerzas Armadas y Carabineros; 5. La política económica; 6. La política social; 7. Cultura y educación, y 8. Relaciones internacionales. Son, por lo demás, los temas que constituyen la estructura misma de los tres Programas. En cada uno de ellos aplicaremos, comparativamente, las categorías analíticas que hemos retenido.

A. LA IDEA DE LA CRISIS

Cada uno de los tres programas de Gobierno presenta una visión crítica de la situación existente, antes de proponer los proyectos tendientes a poner fin a los aspectos más negativos de esta situación. El término *crisis* no es utilizado explícitamente en los tres programas, pero en los tres casos la crítica es suficientemente global para justificar su empleo.

1970, 2. el esquema de Programa publicado por el Comando Nacional de su candidatura (*El Mercurio*, 11 de julio de 1970), y 3. el esquema del discurso que Jorge Alessandri reiteró en sus concentraciones públicas a lo largo del país.

La naturaleza y las características de la crisis, el lugar que en ella ocupan los antagonismos sociales, varían considerablemente de uno a otro programa. Vamos a seleccionar de los cuadros que se refieren al tema estudiado, los elementos más significativos para cada una de las categorías: término, uso, norma, etc.

Términos. La delimitación de los propios *términos* descubre parcialmente el modo de explicación que los autores encuentran para la actual situación de la sociedad chilena:

En Alessandri, son los *malos hábitos políticos* los que se encuentran en el origen de la crisis.

En Tomic, el principio explicativo reside en la concentración de los centros de poder en las manos de *minorías*. Por lo demás, en el programa de la Democracia Cristiana la situación es explícitamente descrita en términos de *crisis institucional*. La realidad es, pues, traducida a términos abstractos, conceptuales.

Por el contrario, para la Unidad Popular, la crisis es descrita bajo la forma de realidades concretas, directamente perceptibles al nivel de la experiencia: bajas condiciones socioeconómicas de vida, distribución desigual de los bienes, limitaciones en las posibilidades económicas.

Usos. Alessandri no define lo que entiende por malos hábitos, pero sí explica el origen y la incidencia de éstos. Los vincula a los defectos del sistema institucional y los sitúa como origen de los males que sufre la sociedad: aportan beneficios a unos pocos y arrastran el resto del pueblo a la inflación, estancamiento, cesantía. La *politiquería* y *demagogia* parecen ser costumbres que no exigen ser definidas. Representan un mal evidente, obvio. Su opuesto nos aclara su naturaleza disfuncional, como lo demuestra la oposición siguiente:

Malos hábitos políticos, fuente de males sociales ← VERSUS → Gestión económico-social realista, no politizada

En los programas de Tomic encontramos mencionados los grupos que componen la minoría en el poder: los mono-

polios industriales y financieros, nacionales o extranjeros, así como los grandes propietarios agrícolas latifundistas. Por otra parte, es precisada la realidad que abarca el concepto de crisis: La crisis presenta, principalmente, un carácter social o psicosocial. Resulta del debilitamiento del sentimiento de solidaridad y unidad nacional, con el consiguiente acrecentamiento paralelo de las tensiones sociales. Se manifiesta, también, en la mala situación económica, cuyos indicadores son: débil tasa de crecimiento, inflación, distribución desigual, etc., en el contexto de una economía dependiente.

Los paradigmas siguientes nos indican cuáles pueden ser, en relación al diagnóstico de la crisis, las condiciones de su superación para la D.C.:

Minorías en centro de poder	←	VERSUS	→	Mayoría
Ausencia de solidaridad nacional, egoísmo, conflictos sociales	←	VERSUS	→	Unión interclases, mística de solidaridad nacional
Desigualdades, bajo crecimiento económico	←	VERSUS	→	Utilización y capacitación de recursos

En el programa de la Unidad Popular, las realidades concretas antes mencionadas remiten a fenómenos que representan manifestaciones fundamentales de la estructura, tales como el estancamiento económico, la distancia socioeconómica, barreras a la expansión. El paradigma que se desprende, en este nivel de análisis, presenta similitud con el anterior del programa D. C.:

Estancamiento, distancia social, barreras	VERSUS	Recursos suficientes
---	--------	----------------------

El contraste entre los recursos potenciales, suficientemente abundantes, y el bajo nivel efectivo de desarrollo, aparece en forma manifiesta.

Normas y esquemas. En el tema que nos ocupa, el nivel de las *normas* revela el juicio de los autores de los programas acerca del estado general de las estructuras existentes; el nivel de

·los *esquemas* nos proporciona, por el contrario, el principio explicativo de la situación inspirado en un modelo abstracto.

Para Alessandri, aparece un doble paradigma:

Principio explicativo:

Politización del sistema social \leftarrow vs. \rightarrow Despolitización

Situación de desintegración total \leftarrow vs. \rightarrow Valores de integración: eficiencia, realismo, tranquilidad ideológica.

En el programa de la Derecha, la crítica de la sociedad permanece situada a un nivel supraestructural, en el plano de los valores morales. Los hombres políticos (politiqueros) son responsables de esta desmoralización, son ellos quienes engendran las presiones sociales cuando actúan como intermediarios entre los sectores sociales y el Ejecutivo. Corresponde a los sectores sanos de la nación restablecer la armonía a través de la despolitización del sistema social.

Para la D. C., la crisis se debe al estado de las estructuras económico-políticas: al agotamiento del sistema neocapitalista en su capacidad de producir y al hecho de que, al apoyarse sobre minorías, sus decisiones políticas no pueden responder ya a las necesidades de las masas. La crisis no es debida sino al efecto del sistema económico neocapitalista — imperialista y a la vieja institucionalidad al servicio de unos pocos. La superación de este sistema está proporcionada por el paradigma:

Sistema económico neocapitalista, vieja institucionalidad \leftarrow vs. \rightarrow Sociedad comunitaria, Estado de convivencia, nueva institucionalidad

cuyo significado ideológico puede ser presentado así:

fracaso vía capitalista de desarrollo \leftarrow vs. \rightarrow Superación del capitalismo

Encontramos en el texto de la D. C. dos neutralizaciones, es decir, presupuestos que, confrontados con la realidad, parecen contradictorios y pueden estar desprovistos de significa-

ción. La primera guarda relación con la noción de Estado de Convivencia. El autor imagina que los diversos grupos sociales conformando la *mayoría* (pueblo, clases medias, empresas pequeñas y medianas) presentan unidad de intereses; pero nada nos permite creer que las contradicciones que existen entre la mayoría y la minoría (señaladas por el programa), no se encuentran también en el seno de esta mayoría interclasista. La otra neutralización está ligada al hecho de que el principio constitutivo de este Estado de Convivencia reposa sobre una presunta solidaridad nacional, la que se apoya a su vez sobre una mística. Nos encontramos, pues, en una óptica puramente voluntarista, desvinculada del examen de las condiciones objetivas de una eventual solidaridad nacional.

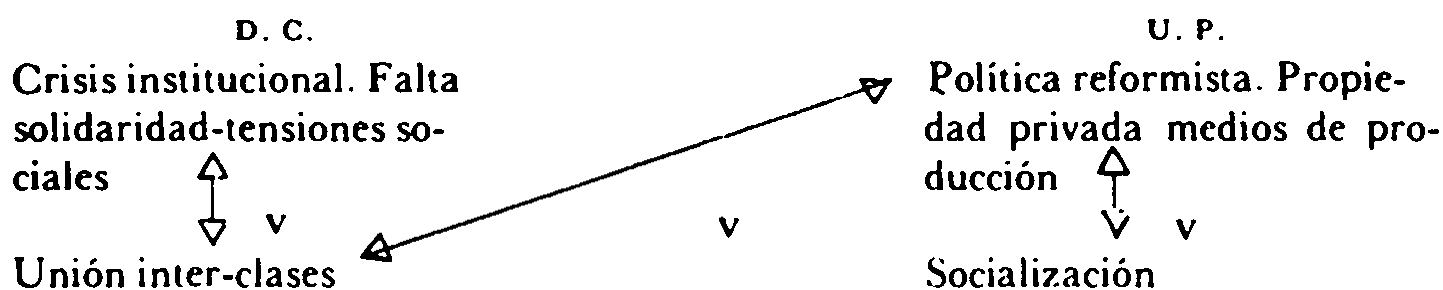
En el programa de la U. P., la explicación de la situación reposa, como en el de Tomic, en las estructuras socioeconómicas (subdesarrollo, concentración de riquezas, postergación de los sectores explotados), cuya existencia y manifestaciones concretas derivan de la economía dependiente, de la propiedad privada de los medios de producción y, en el plano político, del reformismo. La expresión ideológica de esta explicación conduce al paradigma siguiente:

Contradicciones del sistema capitalista dependiente ← vs. → Socialización y desarrollo

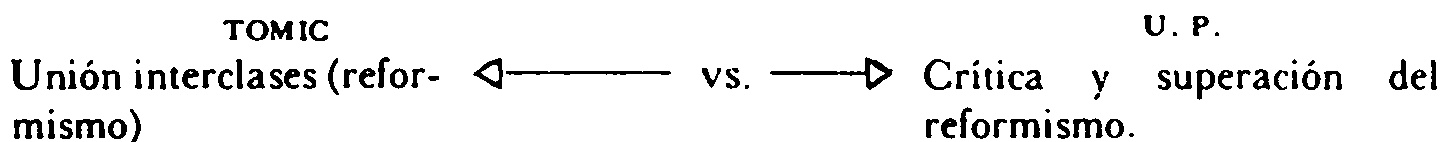
Paradigma de comparación. El o los paradigmas de comparación entre los tres programas reposan en la oposición de los significados o de los contenidos, la que aparece más claramente cuando resulta de la comparación de paradigmas internos. Una primera oposición entre programas deriva de la distinción entre los niveles explicativos de la crisis, explicación que alude a factores únicamente supraestructurales o incluye, también, factores infraestructurales:

ALESSANDRI		TOMIC - U.P.
Crítica supraestructural (Vicios sistema-politización-falta de integración)	← vs. →	Crítica sistema económico (monopolios-dependencia)

Entre Tomic y Allende existe un denominador común (monopolios-dependencias), que les opone radicalmente a Alessandri, pero también divergencias fundamentales de interpretación:



En ambos casos, la explicación de la crisis no se reduce a la denuncia de los monopolios y de la dependencia; desborda este fenómeno y es en los aspectos complementarios donde las dos fuerzas políticas divergen. En la D. C. son acentuadas la ausencia de integración y la búsqueda de un principio integrador (subjetivo) que amalgame la nueva sociedad —por esta noción de integración la D. C. se aproxima a Alessandri. Para la U. P., la superación de las contradicciones actuales reside, más allá de las políticas reformistas, en la socialización de los medios de producción. La oposición entre los dos programas puede adoptar la forma siguiente:



En efecto, promover la unión entre las clases y rechazar las tensiones sociales, en nombre de una mística de la solidaridad, significa finalmente aceptar una de las bases ideológicas del reformismo.

B. RELACIONES DE CLASE Y CAMBIO

El tema objeto de esta sección significa la continuación lógica de la precedente. En efecto, la concepción general del proceso de cambio y la configuración de las nuevas relaciones de clases aparecen ya, parcialmente o en forma latente, en los modelos *anticrisis*. Queda por ver cómo se precisan esas relaciones.

Términos y usos. Los dos términos que utiliza Alessandri se reducen a dos palabras:

Integración y participación. Estas representan las normas funcionales de la futura sociedad.

Según el programa de la Derecha, ¿cuáles son los grupos a integrar? Son grupos que representan categorías que no se sitúan en un mismo sistema de clasificación: encontramos mezcladas categorías sociales, de edad, de grupos profesionales. ¿Cuál es el denominador común de estos grupos, a los que se añade el de las Fuerzas Armadas? Son los grupos diversos que representan a los *sectores sanos y representativos* de la nación.

¿Qué hay que entender por participación? Participación consiste en un contacto directo, sin intermediarios, con los gobernantes. La integración y la participación así concebidas deben permitir el retorno a una democracia funcional, desembarazada de sus intermediarios sociales politizados; es así como Alessandri opone:

Sectores sanos y representativos, en contacto directo con gobernantes

← vs. →

Intermediarios disfuncionales (sindicatos de clase politizados, políticos, partidos políticos).

En el programa de Tomic, los términos utilizados no pertenecen a una misma categoría lógica. Tenemos: el enunciado de un principio, la presentación de dos fases de acción política y una invocación a la unidad. Estas tres dimensiones se precisan, al nivel de los "usos", del modo siguiente:

1. La nueva sociedad se inspira en *normas*: Bien común, legalismo, pluralismo. Es en nombre (y dentro de los límites) del Bien Común que los intereses privados son subordinados al Estado.
2. Las realizaciones políticas responden a las exigencias de la *coyuntura*: Durante una primera etapa, correspondiente a la Presidencia de Eduardo Frei, se ha organizado a los sectores populares; en 1970, la participación de las masas en el desarrollo y su acceso al poder deben ir unidas a la organización.

3. Los destinatarios y el contenido de la invocación de la unidad son descritos. Los destinatarios comprenden diversas categorías sociales, agrupaciones culturales, económicas, etc. Estos grupos deben dar origen a fuerzas políticas que servirán de base al nuevo gobierno y deben presentar una misma orientación ideológica: han interiorizado los valores del cambio y encarnan el espíritu nacional. Son susceptibles de responder favorablemente a las llamadas al esfuerzo nacional (trabajo, disciplina, producción).

Como en el caso de Alessandri, el contenido normativo define al grupo.

En un mismo nivel de los *usos* aparecen varias neutralizaciones que reducen la pertinencia de las afirmaciones del programa D. C.

1. Tomic intenta recuperar la experiencia Frei al considerar ésta como una primera etapa histórica hacia la sociedad comunitaria. Al mostrar que no ha habido durante la primera Presidencia D.C. simultaneidad entre las tareas de organización y participación, está negando el carácter de revolución a esta primera etapa —al menos implícitamente— y atribuye a su propio proyecto de 1970 el carácter de salto revolucionario cualitativo. En ese caso, ¿qué valor esencial puede atribuirle a la etapa precedente?
2. La concretización del proceso de cambio tiene el aspecto de un círculo vicioso: la unidad de las fuerzas populares es una condición previa a la constitución de un Estado popular, pero al mismo tiempo es este último el que da forma a la unidad a través de las medidas de distribución, organización y participación.
3. En la realidad, las fuerzas populares no están agrupadas en formaciones políticas controladas por la Democracia Cristiana. De hecho, la unidad popular concebida por la D. C. no reposa más que en valores figurados.

En los programas de la Unidad Popular, el punto de partida es más simple que en el D. C. Consiste en el enunciado de los instrumentos del cambio, de lo que podríamos denominar

los factores subjetivos del cambio: el aumento del nivel de lucha del pueblo y la movilización. Los usos definen las fuerzas de cambio: éstas mejoran cuantitativamente (aumento numérico), y cualitativamente (organización y conciencia), oponiéndose a los intereses enunciados en el paradigma siguiente:

Movilización fuerzas popula- ← vs. → Intereses monopolistas nacionales y extranjeros.

Normas y esquemas. *Integración y participación* son los dos términos claves del programa de la Derecha. Las realidades sugeridas por estos términos se entrelazan en una estructura social integrada sobre la base de una norma moral de convivencia. Esta situación de consenso encuentra su expresión en la compatibilidad entre el Estado y los intereses privados. El autor del programa no recurre a un modelo de sociedad más abstracto, pero sugiere un antimodelo de sociedad que recubre contranormas:

Rechazo antisistema ← vs. → Conflictos de clase, materialismo
 Integración-consenso moral ← vs. → Desintegración moral, política, social, económica

Este paradigma, en sus significados ideológicos se transforma en:

Orden social natural, valores tradicionales. ← vs. → Acción reformista y revolucionaria de fuerzas sociales y políticas.

Hasta el momento no hemos extraído ningún paradigma en el programa de Tomic. Vamos a hacerlo a nivel de las *normas y esquemas*. Al nivel de las *normas*, la configuración de las relaciones sociales y del proceso de cambio, dan lugar a las expresiones siguientes:

La meta: concretizada en el Estado de Bien Común.

El proceso: concebido como una sucesión de etapas hacia la participación general del desarrollo.

El mecanismo de cambio consiste en una movilización cuyo centro está constituido por la mística de la solidaridad social.

El esquema o modelo de referencia es, por una parte, la sociedad de convivencia (comunitaria), y por otra un proceso revolucionario tipo que representa el contrapunto de otros modelos de cambio:

Nueva Sociedad de convivencia.	← vs. →	Sociedad en crisis
Proceso de participaciones e incorporaciones	← vs. →	Proceso de integración incompleto
Revolución Nacional democrática popular	← vs. →	Cambio dependiente, cambio de violencia, desarrollismo sin acceso al poder

Para la Unidad Popular, las características del cambio son la radicalización de las fuerzas populares y los límites impuestos a los objetivos, en razón del estado de las fuerzas en presencia; el proceso iniciado en 1960 no permite la supresión completa de la propiedad privada de los medios de producción. El proceso responde al esquema siguiente: representa, en la fase analizada, una agudización de las contradicciones del sistema y su objetivo —terminar con los monopolios y el imperialismo—, constituye un cambio en el poder económico, en oposición al simple reformismo:

Agudización luchas, cambios de poderes económicos	← VERSUS →	Reformismo
---	------------	------------

»La lucha que abre la vía hacia el socialismo«, representa el significado ideológico de la unión de estos dos aspectos o procesos.

Paradigma de comparación. Para llegar a encontrar un paradigma de comparación entre los tres programas, partamos de la organización paradigmática interna de cada uno de los programas.

La comparación de los tres programas nos permite descubrir una oposición fundamental entre los programas de Alessandri y los otros dos: en Alessandri el proceso de cambio conduce a la reconstitución de un orden natural, mientras que en los

Términos y usos.

Términos y usos. Los diversos términos utilizados por Alessandri (Administración Pública, Poder Ejecutivo, Régimen de Partidos, Consejo Económico y Social, etc.), son casi todos instancias institucionales y connotan la idea de orden. La misión y la composición de estas instancias están explicitadas en los *usos*: la Administración Pública estimula la iniciativa privada, el Poder Ejecutivo y la Corte Suprema limitan las Prerrogativas del Parlamento, el Consejo Económico y Social asume la representación legal de los sectores sociales.

Las prácticas actuales que caracterizan los regímenes de partido constituyen la antítesis de este orden institucional:

Orden \longleftrightarrow VERSUS \longleftrightarrow Desprestigio de los partidos,
politiquería, fuero parlamen-
tario, centralización

El punto de partida del desarrollo de la concepción del Estado en la D. C. está dado por normas institucionales por principios abstractos que van a orientar las reformas políticas: el Nuevo Estado es un órgano transformador, es moderno, democrático (en el plano político, hay que entender por democracia la existencia de una mayoría organizada responsable de la dirección del Estado). Las dos últimas dimensiones normativas, modernismo y democracia, cualifican también el modelo de la Nueva Justicia.

A los términos enunciados se añaden aún otros dos: *Sistema de pluralismo de partidos* y *Democracia Cristiana*. Si el primero de estos dos términos puede ser, como los precedentes, calificado de norma institucional, el segundo no sugiere más que implícitamente, al nivel del connotado, una realidad normativa.

Las diversas normas son concretizadas en la columna de los *usos* bajo la forma de una definición o enumeración de las tareas de transformación del nuevo Estado: traspaso de las minorías por mayorías en el poder, ampliación y distribu-

ción de recursos, planificación, racionalización, conjunto de medidas tendientes a convertir en responsables a las comunidades... Señalemos, además, la larga explicitación de lo que define la vocación doctrinal de la Democracia Cristiana y de las tareas que corresponden (en tanto que partido carismático): exaltar los valores (trabajo, disciplina, sacrificio), que permiten salir del subdesarrollo y realizar la unidad popular. Estas diversas tareas se contraponen a las características de un Estado de minorías:

Definición de las tareas transformadoras del Nuevo Estado y de la vocación doctrinal de la D. C. ← vs. → Características de un Estado de unos pocos

Mientras que en Alessandri los términos utilizados evocan la idea de *orden* y en Tomic representan *normas*, en el programa de la Unidad Popular expresan *relaciones de poder* y enuncian, desde el principio, los *rasgos constitutivos del nuevo Gobierno y Estado* (las fuerzas populares revolucionarias se han unido para el traspaso del poder... La nueva estructura del poder... El Gobierno Popular garantizará el ejercicio de los derechos democráticos, será pluripartidista...).

El programa de la U. P. precisa, en el nivel de los *usos*, cuáles son las nuevas fuerzas que formarán la armazón del nuevo Estado, cómo se ejercerán los derechos democráticos, cuáles serán las nuevas instituciones: las fuerzas sociales y las estructuras están estrechamente entrelazadas.

Mientras que para la D. C. las definiciones se refieren a tareas (y responden a una voluntad de esclarecimiento parcialmente doctrinal), en el programa de la U. P. se refieren a un proceso, a una realidad orgánica y a las prácticas políticas que les están vinculadas. Podemos encontrar el paradigma siguiente:

Explicitación de las fuerzas creadoras de las estructuras constitutivas y de las prácticas del Nuevo Estado. ← vs. → Fuerzas y control político de la oligarquía

Normas y esquemas. En el programa de Alessandri el proyecto de orden obedece a un juego de normas concretas, cuya derivación en contranormas (fuente de desorden) está claramente enunciada:

Administración al servicio intereses privados	vs.	Administración pública controladora
Fortalecimiento Ejecutivo	vs.	Iniciativa e inmunidad parlamentaria
Integración económica de intereses	vs.	Organización sindical, política, anticapitalista
Reorganización aparato Estatal	vs.	Disfuncionalidades: ineficiencia política.
Elitismo en partidos	vs.	Actual régimen de partidos

Descubrimos pues el esbozo de una *configuración normativa* que inspira este proyecto de orden: está al servicio de los intereses privados y presupone una sociedad capaz de integrarlos de un modo armónico. Esta integración es jerárquica, realizada bajo la dirección de una élite —distinguida por su capacidad y cualidades morales— y emplazada bajo el patronazgo de una autoridad que es el Ejecutivo. Las Fuerzas Armadas, representadas en el seno del Consejo Económico y Social, son la garantía de este orden. Estos diversos elementos no figuran en el discurso por azar, sino que presentan entre ellos una gran coherencia y complementariedad.

Intereses privados, integración, jerarquía, autoridad, son aspectos de la realidad que concuerdan y responden a un esquema de sociedad, en que encontramos:

Primacía del sector privado	vs.	Control económico del Estado
Control Ejecutivo	vs.	Parlamentarismo
Elitismo conservador	vs.	Partidos de masas
Democracia Orgánica	vs.	Fuerzas disfuncionales

A propósito del programa de la Democracia Cristiana, conviene hacer la distinción entre normas —categoría semánti-

ca (expresión que remite a un conjunto institucional concreto)—, y la norma social modelo del comportamiento y de pensamiento. Las dos tienden, sin embargo, a confundirse en la medida que la norma social es el elemento retenido en el seno de la realidad institucional.

Ya al nivel de los *términos* el aspecto normativo está presente, pero aquí resulta mucho más explícito. Normas que inspiran la acción del Estado en el sector privado y en el sector público:

- por una parte, la *doctrina del Bien Común* inspira el pluralismo político y la defensa de la propiedad privada,
- por otra parte, las normas de *participación y de racionalidad* rigen el sector público.

Estas normas, como en el programa de Alessandri, apelan a contranormas que permiten definir las mejor:

Visión del Bien Común	vs.	Dogmatismo doctrinario
Participación	vs.	Desarrollismo
Racionalidad	vs.	Disfuncionalidades (Parlamento)

Las normas en cuestión se complementan y responden a un modelo que calificaremos de *modelo bipolar*. Este modelo comprende los siguientes elementos:

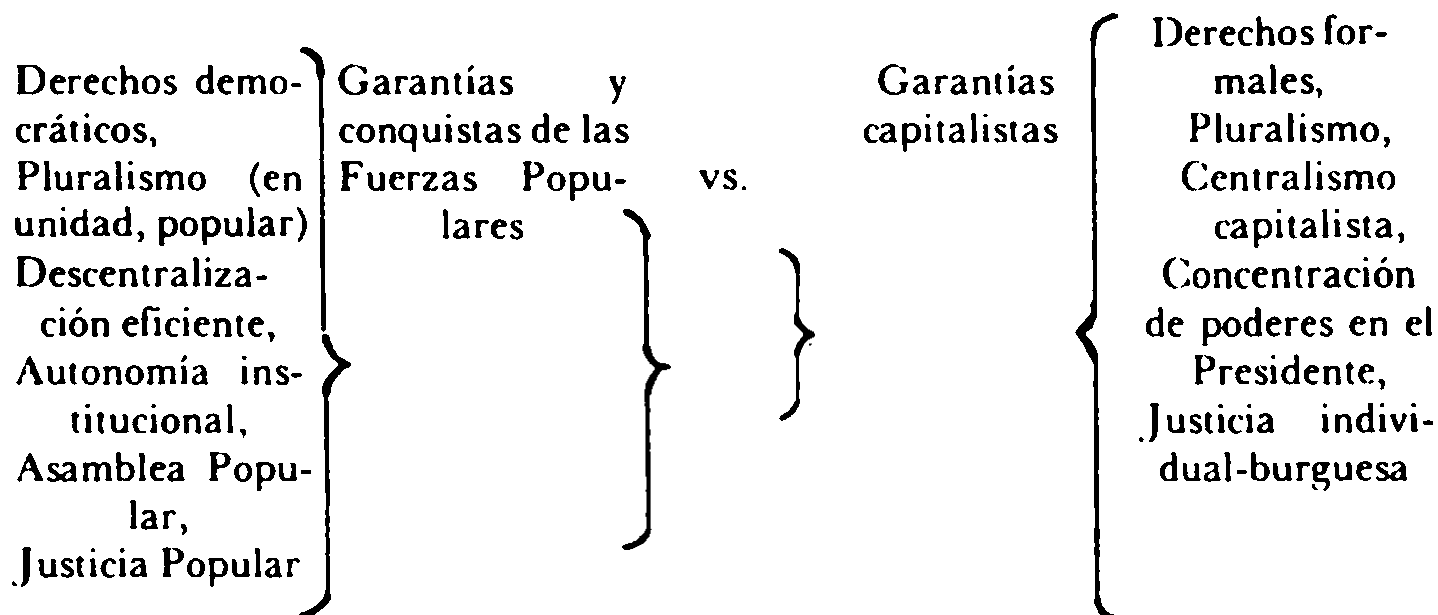
Modelo Bipolar

Neoliberalismo sectorial	+	Estado Comunidad	} vs	Estado con ruptura de la bipolaridad
Ejecutivo fuerte	+	Consulta popular		
Legalismo, independencia constitucional	+	Orientación popular, poder real		
Vocación doctrinal D. C.	+	Pluralismo		

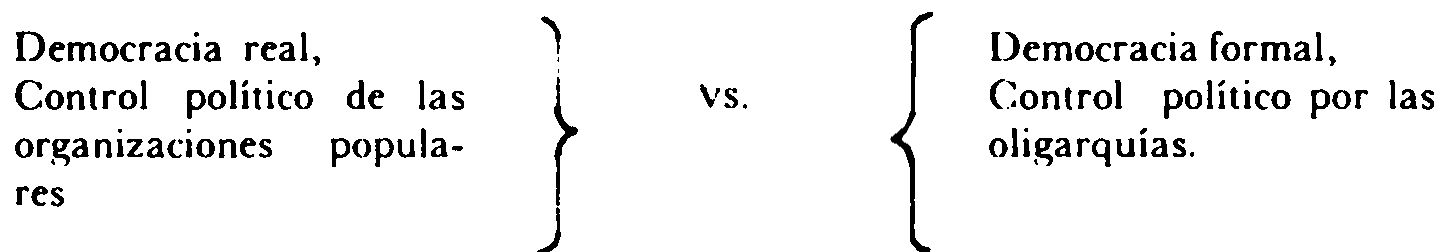
En el espíritu de los autores del programa, las asociaciones mencionadas están hechas por elementos complementarios. En la medida en que estos diversos términos se encuentren en oposición, en los hechos concretos, todo el modelo se encontraría neutralizado.

En el programa de la U. P., las reglas de organización que rigen al nuevo Estado y los derechos que conceden giran alrededor de un punto central: la presencia de mandatarios del pueblo en las empresas del sector público y organismos del

Estado. Los derechos democráticos, el pluralismo, la descentralización, la autonomía institucional, la Asamblea Popular, son considerados como garantías y conquistas de las fuerzas populares y se oponen a las garantías *capitalistas* que no responden a las exigencias de esas fuerzas:



Las *normas* concretizan un esquema que comprende, al nivel de una formalización más elevada, las oposiciones siguientes:



Los significados ideológicos. En el programa de Alessandri, los distintos rasgos que definen al Estado y la organización política connotan una concepción del Estado correspondiente a un *Estado capitalista* parafascista versus un *Estado anarco-populista*. Efectivamente, este Estado recuerda los rasgos del capitalismo tradicional (primacía del sector privado, elitismo), a los que se añaden las características de un Estado de tipo fascista (concentración y personalización del poder, paracorporatismo, despolitización y desmovilización de las masas). El liberalismo económico y el mantenimiento de una élite tradicional no permiten cualificar a este Estado como fascista, pero éste puede adoptar, ante presiones políticas populares, medidas autoritarias, eventualidad

implícitamente considerada dada la importancia concedida al Ejecutivo y los papeles asignados a las Fuerzas Armadas. Otros fragmentos del programa confirmarán esta orientación.

En el programa de Tomic, la bipolaridad del modelo en que hemos desembocado presenta una significación ideológica compleja. Ciertos aspectos del programa evocan el *Welfare State* —aspecto económico de la política estatal—; otros aspectos un cesarismo popular —por ejemplo el papel atribuido al *referendum*. A estas dos variables hay que añadir un elemento doctrinal: el *participacionismo*, que da al populismo democristiano un colorido particular. El Estado que resume estas tres variables podría ser cualificado como Estado populista comunitario.

Finalmente, en el programa de la Unidad Popular el significado ideológico no se define en términos de estructura, sino de proceso. Esta noción de proceso es conforme con el punto de partida que se refería a las relaciones de poder. Este proceso corresponde a las transformaciones hacia un Estado de trabajadores.

Las neutralizaciones. Esta vez aparecen neutralizaciones en los tres discursos. En el programa de Alessandri la idea de descentralización contraria aparentemente la voluntad de fortalecer el Poder Ejecutivo. En los de la D.C. y la U.P., observamos una neutralización a primera vista semejante y derivada del mantenimiento de las fuerzas privadas: ¿En qué medida el control y la participación de los trabajadores a nivel del Estado y de las empresas puede conciliarse con el mantenimiento de la empresa privada y puede, en este supuesto, ser efectivo? En el programa de Tomic el Estado no puede ser identificado con la comunidad de los trabajadores sino en un sentido interclasista (comunidad de convivencia). A pesar de las negaciones hechas por el autor del programa, el Estado está necesariamente proclive a jugar un papel de árbitro.

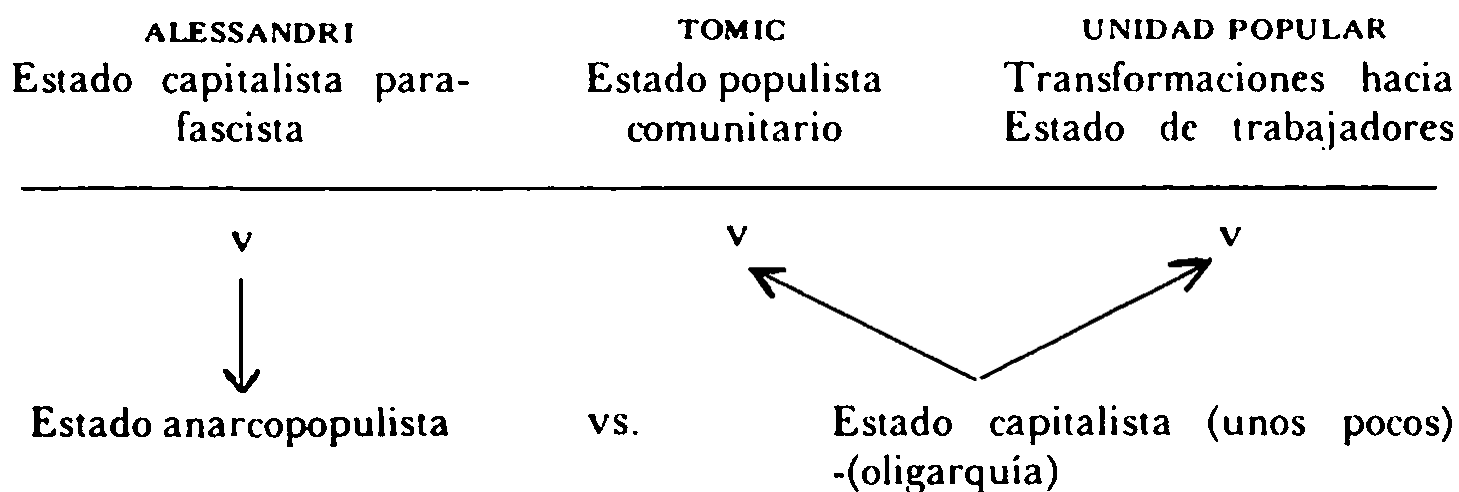
En el programa de Allende, el mantenimiento del sector privado viene a limitar el poder popular. Pero mientras que en Tomic la coexistencia de los sectores es justificada doctrinalmente, para la U.P. esta coexistencia no constituye sino una situación transitoria en la vía de acceso al socialismo.

En el programa D.C. hay otras dos neutralizaciones que señalar:

- a) El poder ejecutivo reforzado es legitimado por el pueblo, bajo la forma de plebiscito (en caso de oposición parlamentaria). Este es visto como una garantía democrática. Pero, de hecho, en la mayoría de los casos de la historia política ha sido utilizado como un instrumento de manipulación popular.
- b) La D.C. aparece como un microcosmos del pluralismo de la sociedad y está obligada a encarnar los valores que permiten la unidad nacional. Esta unidad, presentada en el nivel doctrinal, no puede con todo hacer desaparecer los factores de contradicción de clase que se expresan tanto en el pluralismo social de la D.C. como en el de la sociedad global.

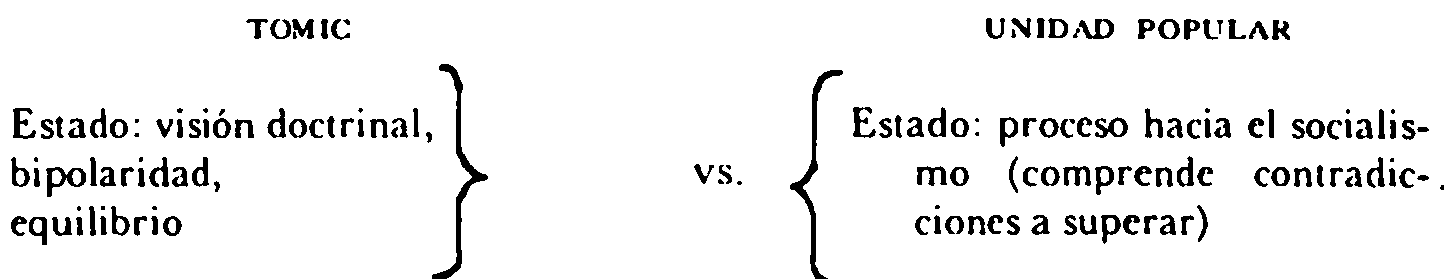
La doctrina del Bien Común puede ocultar las contradicciones, pero no suprimirlas.

Paradigma de comparación. Comparemos en primer lugar los significados ideológicos de los tres programas:



La línea de ruptura, o la oposición entre los tres programas, debe situarse entre el programa de Alessandri y los otros dos. Efectivamente, en estos últimos el Estado preconizado se opone a un Estado capitalista, contemplado como un Estado ligado a los intereses de una pequeña minoría o de la oligarquía monopolística. Sin embargo, si tomamos las expresiones que figuran en la columna de *usos y normas*, observamos una oposición entre la D.C. y la U.P.: para Tomic el Esta-

do representa una construcción doctrinal concebida y elaborada a partir de una visión normativa; para la Unidad Popular, por el contrario, la concepción del Estado debe derivarse de la lectura de un proceso (en el que intervienen las fuerzas sociales en presencia), y sus características son eminentemente transitorias. Tenemos de este modo:



D. LAS FUERZAS ARMADAS Y CARABINEROS

Términos. En el programa de Alessandri los términos de base se refieren a la doble función de las Fuerzas Armadas: una función de *Seguridad Nacional* y una función de *participación-integración* al orden social. Las funciones están precisadas en el sentido de que la seguridad presenta una cara interna y externa y que las tareas en relación con la sociedad civil son tareas de desarrollo.

La vinculación lógica entre seguridad interna y desarrollo aparece al nivel de las normas. Las Fuerzas Armadas aseguran la paz social, el mantenimiento de los valores de la sociedad y colaboran con los sectores sanos y representativos en la acción rectificadora. Esta vinculación implica que el Ejército no permanece ajeno al proceso político-social de la sociedad.

Las FF.AA. desempeñan un papel activo de rectificación para la paz social y los valores ← vs. → FF.AA. marginadas del proceso político-social

Las expresiones reveladas en la categoría esquema hacen ver al Ejército en su papel de garantía del *status quo* y de integración del sistema. Encontramos en este punto los componentes de la *doctrina de la Seguridad Nacional* —explicitada por los militares brasileños y argentinos, simple transposición de la *doctrina de Seguridad Hemisférica*. De acuerdo con esa doctrina las Fuerzas Armadas tie-

nen que oponerse —o neutralizar— a las fuerzas antisistema, estimadas subversivas. El paradigma que sigue es la ilustración de esta doctrina:

FF.AA. garantía *statu quo* e integración al sistema

vs.

FF.AA. impasibles ante las fuerzas anticapitalistas y antimperialistas

En el programa D.C., la misión atribuida al Ejército aparece en términos menos claros que en los otros programas. Como en el caso de Alessandri, se le atribuye una función de participación en el desarrollo, pero ésta se encuentra condicionada por el cumplimiento óptimo de su misión específica: el resguardo de la soberanía.

El *uso* del término participación concierne menos directamente al contenido de ésta que al cuadro internacional en el que se ejerce: paz internacional, no intervención y autodeterminación, integración latinoamericana, etc. La participación en el desarrollo está, además, ligada a las condiciones del cumplimiento de la misión de las Fuerzas Armadas, o sea: eficiencia técnico-profesional aumentada y mayor integración de la nación. Estas condiciones suponen una definición de la política de seguridad nacional, participación del Ejército en la obra de planificación y, finalmente, incorporación a la planificación nacional de todo el potencial que interesa a la seguridad.

En el nivel de la norma, la misión del Ejército se inserta en una doble estructura institucional:

-) un marco dado al nivel internacional de desarrollo;
-) una integración civil-militar en las tareas de desarrollo y seguridad.

La norma no hace sino concretizar un esquema general, en el que están vinculados Seguridad Nacional, desarrollo y orden político-jurídico-internacional.

No es fácil descubrir el significado ideológico al que refieren las ideas enunciadas en el programa de Tomic. No podemos ni siquiera presentar un paradigma. No ha sido revelada ninguna *oposición*. Esta ausencia de referencia por parte del autor a antítesis que definan sus intenciones *a contrario*, mantiene una ambigüedad que quizás no deje de ser intencionada.

El programa de la U.P. habla de las Fuerzas Armadas en términos muy sobrios. Utiliza una categoría que sobrepasa la institución y se refiere a una función global de la sociedad: la *defensa nacional*, asumida por el Estado popular, alerta ante las amenazas que el imperialismo y los sectores oligárquicos pueden hacer contra la integridad y la independencia nacionales.

Son las Fuerzas Armadas las que asumen esta defensa, en tanto que institución al servicio de la nación, gracias a su formación técnica y a la contribución que aportan al desarrollo económico y social.

La norma enunciada, responde al esquema general de la misión del Ejército centrada en la defensa de la soberanía, cuyo principio contrario aparece en el paradigma:

Defensa de la soberanía asegurada por FF.AA. al servicio de la nación bajo responsabilidad del Estado Popular

vs.

Utilización de las FF.AA. contra el pueblo

Paradigma de comparación. La comparación de los paradigmas internos de los programas de Alessandri y la Unidad Popular nos muestra la contradicción existente entre ellos; ésta, sin embargo, sólo aparece con claridad si se contraponen los términos negativos de cada uno de los dos programas:

ALESSANDRI	TOMIC	ALLENDE
FF.AA. garantizan el statu-quo y la integración del sistema	Vinculación de la seguridad con el desarrollo y orden internacional	Defensa de la soberanía
v		v
Neutralidad frente a las fuerzas anticapitalistas	Término de la oposición no definido	Amenazas externas, utilización contra el pueblo

La ausencia de neutralidad de las FF.AA. en caso de amenaza por las fuerzas anticapitalistas y antimperialistas, propiciada por Alessandri, implica que las Fuerzas Armadas puedan ser utilizadas contra el pueblo.

La no existencia de oposiciones explícitas en el programa de la D.C., no permite situar su visión de las Fuerzas Armadas en una relación paradigmática con los otros programas.

E. POLITICA ECONOMICA

En esta categoría alcanzamos el núcleo esencial que define el real alcance de cada uno de los programas, delimitándolos entre sí. La campaña electoral de 1970 planteó en forma explícita la alternativa a que hacía frente el país: continuidad o distanciamiento del modo capitalista de producción. Por supuesto, las tres candidaturas coincidían en la utilización del signifiante »desarrollo económico«, pero con significado sensiblemente distinto en cada uno de los casos.

1. *Términos.* En este nivel, el planteamiento de Alessandri es el más simple. Al dirigirse a los distintos sectores sociales, con fines electorales, utiliza términos generalmente aceptados como son los de Reforma Agraria —común a los tres programas—, e impulso económico. Pone especial énfasis, con todo, en el sector terciario, particularmente el del comercio.

El Programa de la D. C. hace un mayor despliegue. Establece los principales objetivos —industrial, minero, agrícola, bancario—, insertos dentro de uno más amplio que los engloba: la creación de la Nueva Economía, con un área social y otra privada. La acción a realizar en cada uno de estos sectores de actividad es concebida como un proceso de cambios a medio plazo, llevado a cabo por dos actores principales. El orientador, el Estado, y los trabajadores a través de los mecanismos de participación.

En el plano sintagmático, el Programa de la D.C. se corresponde en gran parte con el de la U.P. Con un elemento diferenciador, el de la nacionalización, que para la Unidad Popular alcanza a sectores no contemplados explícitamente.

te por la D.C.: hierro, salitre, yodo, carbón, sistema financiero global, comercio exterior y monopolios de producción.

Es en torno de esta aproximación sintagmática donde más ha sido subrayada la proximidad de los programas de Tomic y Allende. Durante la campaña electoral, la D. C. la explotó para difundir su imagen "revolucionaria y popular". Pero fue la Derecha quien más sensible se mostró a esta combinación de signos, sin querer comprender sus connotaciones reales. Sólo después del 4 de septiembre de 1970 reconocieron su error interpretativo.

Sin embargo, contemplados en el plano de la asociaciones, los programas D. C. y U. P. van a mostrarnos diferencias significativas.

2. *Uso.* Para Alessandri, el impulso económico significa insistir en los mecanismos capitalistas de dinamización y mejoramiento económico, conforme con la norma de integración entre los distintos sectores sociales que informa su concepción de la estructura social. De igual modo, la Reforma Agraria tiene un carácter técnico, en oposición a las características sociopolíticas que también están presentes en la Reforma Agraria tal como fue concebida y aplicada por el Gobierno D.C.

Para Alessandri, su concepción de la Reforma Agraria es una reacción a una práctica del Gobierno D.C. Y también lo es su énfasis en la defensa de los intereses del sector comercio, contra la política de controles de precios y mayor tributación que le impuso la política económica modernizadora de la D. C. Las diferentes medidas propuestas se inscriben, pues, en clara oposición y la situación y política existentes:

Integración dinámica irracional de los sectores sociales a la producción	vs.	Obstáculos políticos y burocráticos, despilfarro y privilegio
Inversiones y estabilización	vs.	Estancamiento económico, cesantía, inflación
Defensa del comercio y estímulo a la empresa privada	vs.	Política fiscal injusta
Reforma Agraria Técnica	vs.	Reforma Agraria Politizada

En la concepción D.C., los criterios de eficiencia en la producción económica sectorial y nacional están vinculados a nuevas medidas redistributivas y de organización de la participación popular. Esta última es asegurada, con modalidades diversas, por el área de la »Economía Social del Pueblo« que comprende: empresas del Estado, empresas dirigidas por el »Fondo para la Independencia y el Desarrollo« (en régimen de cogestión del Estado de los trabajadores), y las empresas de los trabajadores. No se precisa la importancia de estos dos últimos tipos de empresas en el conjunto del sector de la producción industrial.

Estos son los principales factores sobre los que se sustentarán las dos áreas de propiedad de los medios de producción. Todo lo cual es contrapuesto, en sus metas y presupuestos, al control de la actividad económica por los monopolios internos y externos, por los latifundistas en el sector primario. Estructura capitalista tradicional que ha significado una concepción de la actividad productiva orientada hacia el sector social de altos ingresos, con efectos derivados disfuncionales para el desarrollo. En lo económico, inflación, desempleo y centralización. En lo social, desigualdad y ausencia de participación. En síntesis y en forma paradigmática, lo esencial de los usos se expresa del modo siguiente:

Recuperación de las riquezas nacionales, capitalización en favor de (y por el esfuerzo de) la comunidad	vs.	Monopolios extranjeros y nacionales
Libre juego de las reglas del mercado para las empresas privadas	vs.	Proteccionismo excesivo
Producción de bienes de consumo popular	vs.	Producción de bienes de consumo para altos ingresos
Planificación, descentralización, pleno empleo	vs.	Ineficacia, subdesarrollo, cesantía
Medidas distributivas y participación en la gestión	vs.	Privilegios y poder de las minorías

El uso que hace el Programa U. P. de los cambios es, sintagmáticamente, semejante al de la D. C. Los cambios económicos son considerados como ineludiblemente complementarios de los sociales y políticos que afectan a las estructuras básicas del sistema social. Los cambios económicos son concebidos de naturaleza estructural, en contraposición a los cambios técnicos o simplemente institucionales que implican el mantenimiento del poder en los monopolios y la dependencia del capitalismo extranjero.

3. *Normas y esquemas.* Cuando Alessandri denuncia la interferencia de condicionamientos políticos en la actividad económica, está rechazando las consideraciones políticas contrarias o disfuncionales a la lógica económica capitalista. Alessandri define, por supuesto, la intervención del Estado en la actividad económica, pero considerando como necesario que esta intervención se subordine a las exigencias de la empresa privada. La política económica estatal se justifica para él en la medida que es dinamizadora de la propiedad privada como eje de la actividad económica. Está inspirada por una concepción tradicional del capitalismo que rechaza el intervencionismo creciente del Estado y la nacionalización de algunos sectores básicos de producción. Tenemos pues:

Primacía de la empresa privada, reformas técnicas ← vs. → Intervencionismo creciente del Estado, reformas estructurales

La diferencia entre los programas de Alessandri y Tomic en este punto es de intensidad y no de calidad. El primero se niega a aceptar algunas de las exigencias del capitalismo contemporáneo, el desarrollado en los países altamente industrializados después de la II Guerra Mundial. Rehúsa la política impositiva progresiva, los controles estatales efectivos y, finalmente, la expansión del sector público. Para el programa de Tomic, por el contrario, atribuir al Estado un papel primordial, central, es una exigencia de la modernización del sistema económico, si se pretende mejorar su eficiencia y agilizarlo en la persecución de los objetivos del desarrollo. De igual modo, la participación popular es considerada

necesaria desde el punto de vista doctrinal y de la eficiencia del sistema de producción.

Pero ni el aumento de atribuciones, de control y de capacidad del sector público, ni la participación popular, atentan a los mecanismos esenciales del modo de producción capitalista. Tomic contempla la «nacionalización» de la Banca extranjera. Pero nacionalización para el Programa D. C. no significa incorporación de la Banca al sector social o al Estado. Por el contrario, contribuye a reforzar a la Banca comercial privada, que continúa controlada —en sustancia— por los banqueros tradicionales.

Las proposiciones del Programa de la D. C. representan una prolongación de la administración Frei. Aunque proponen más explícitamente la ampliación de la base social del sistema capitalista y denuncian rigurosamente el neocapitalismo monopolista, las proposiciones reposan sobre la creencia en la posibilidad de una alianza entre el Estado y los diferentes sectores productivos (privados y socializados), respetando las normas del bien común, de la eficiencia, de la independencia nacional y de una participación democrática en la determinación de los objetivos y los productos del desarrollo. El hecho de que las medidas propuestas no alteren sino parcialmente las estructuras de producción, es la causa de las neutralizaciones a las que se enfrenta el propósito de la D. C. de reemplazar la «vía capitalista de desarrollo».

A nivel del significado ideológico, encontramos el paradigma:

Alianza del Estado y de los sectores productivos en un desarrollismo nacional y popular ← vs. → Poder de los monopolios y desarrollismo liberal

Para la U. P., los objetivos económicos coyunturales a corto plazo —poner término a la inflación, disminuir la dependencia económica, reducir la cesantía, aumentar la producción, etc.—, se presentan como vinculados a la sustitución de la estructura capitalista por la estructura socialista. Esta última es la meta a medio plazo, los objetivos inmediatos están limitados a la nacionalización y al control popular de las riquezas básicas y de las empresas estratégicas y los latifundios.

La Unidad Popular persigue la socialización de los fundamentos económicos del poder de la alta burguesía, no de la mediana y pequeña burguesías. De lo que se desprende que la colectivización de los medios de producción no es sino parcial, pero de acuerdo a connotaciones que responden a un paradigma explicitado... La construcción de un sistema social socialista. No hay neutralización sólo en la medida que es reconocido el carácter transitorio de las transformaciones propuestas. El principal paradigma interno del Programa de la U. P. es el siguiente:

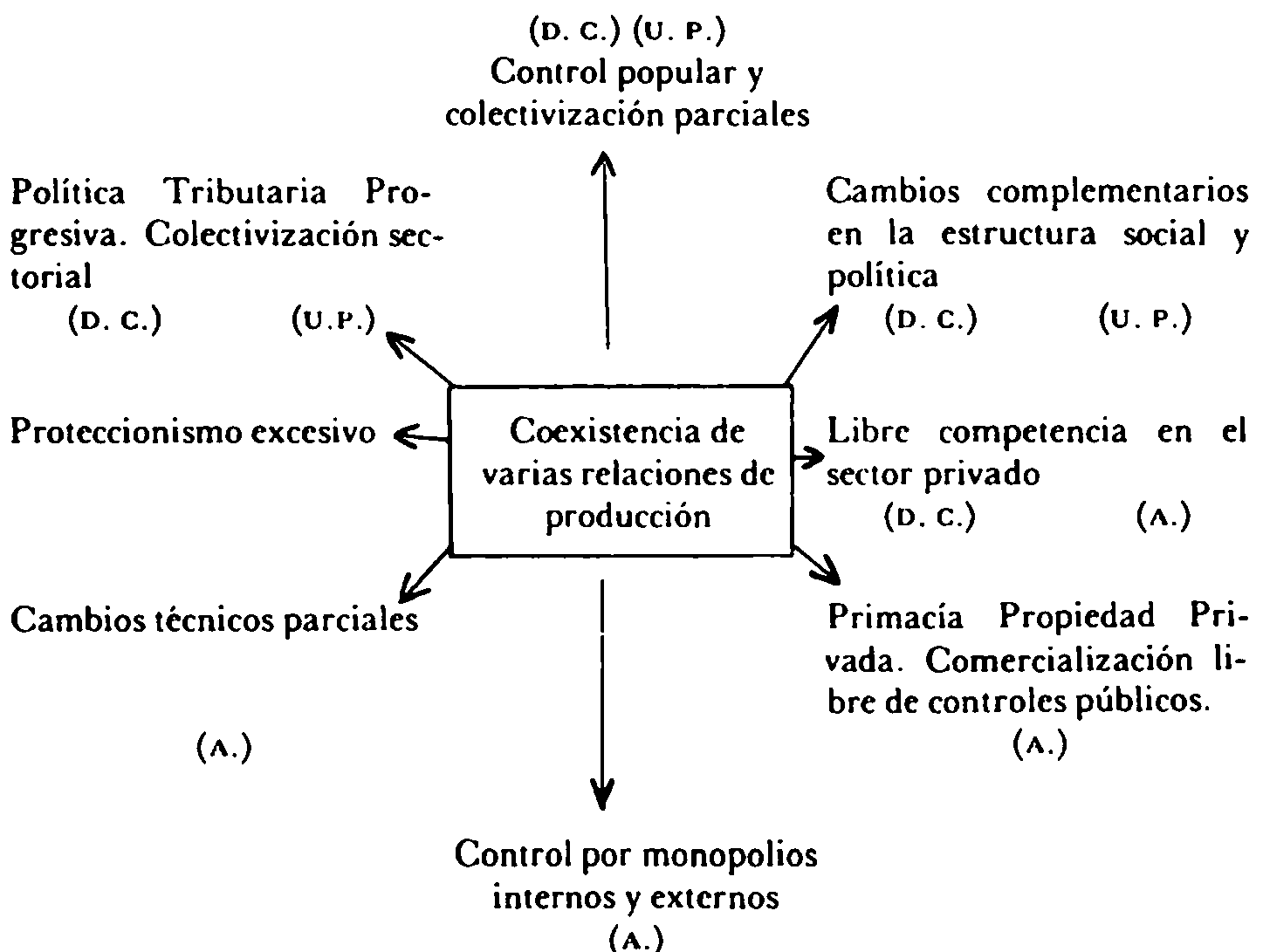
Socialización de los sectores claves para el desarrollo económico y social

vs.

Dependencia externa, monopolios, explotación de las clases populares

4. *Paradigmas de comparación.* En primer lugar podemos establecer una red de oposiciones multilaterales entre los programas de Alessandri, Tomic y Allende a partir de un eje semántico común. La coexistencia de las distintas relacio-

Oposiciones multilaterales en Alessandri (A), Tomic (T) y Unidad Popular (U. P.). Política económica



nes de producción, lo que conlleva en sí mismo significaciones contradictorias. Estas oposiciones quedan ilustradas en el anterior esquema.

Constatamos que si bien los programas se sitúan en polos opuestos respecto de puntos particulares, en otros puntos no nos ofrecen suficiente información para permitirnos oponerlos entre ellos. Por ejemplo, el Programa de Alessandri no asume en forma explícita la defensa de los monopolios; asimismo, el Programa de la U. P. no se pronuncia sobre el proteccionismo o la libre competencia en el sector privado.

Además, este esquema no expresa todas las oposiciones. Entre los programas de la D. C. y la U. P. podemos establecer, más allá de los contrastes aparentes, las siguientes oposiciones:

DEMOCRACIA CRISTIANA	vs.	UNIDAD POPULAR
Nacionalizaciones limitadas (liberación de los monopolios extranjeros)	← —→	Amplio programa de nacionalización de los sectores claves (socialización)
Coexistencia de distintas relaciones de producción: principio normativo	← —→	Coexistencia de distintas relaciones de producción: etapa de transición hacia el socialismo (estrategia)

F. POLITICA SOCIAL

En los tres programas electorales, la política social aparece explícitamente adecuada a la estrategia del cambio económico de cada uno de los conglomerados en presencia.

1. *Términos y Uso.* Alessandri se limita a hacer una breve, por obligada, referencia a dos de las carencias sociales más vivamente sentidas y sufridas en Chile: insuficiencia de viviendas y de atención médica. En el problema de la seguridad social apenas si se detiene. Dedicar, sin embargo, atención preferente a los sindicatos, realidad política cuya fortaleza y beligerancia crecientes ha sido motivo de gran preocupación para el sector empresarial. Alessandri, por supuesto, no rechaza su existencia. Pero quiere alterar la naturaleza constitutiva de la C. U. T., su vinculación mayoritaria con los dos partidos proletarios. Alessandri reconoce la función de los sindicatos,

pero al margen de conexiones con los movimientos políticos obreros.

En el Programa de Tomic los sindicatos ocupan un papel más relevante que en el de Alessandri. Son considerados como una institución indispensable para alcanzar los objetivos de organización popular perseguidos por la D. C. A estos efectos, se avanza una serie de innovaciones tendientes a incorporarlos a la planificación económica nacional y a aumentar su peso en el interior de las empresas privadas.

La D. C. propone promover la organización de los sectores populares, a través de sus organizaciones representativas, para que en forma articulada presionen por los *cambios*. Junto a esto, se proponen medidas en el campo de la familia, de la vivienda, salud y seguridad social. Como oposición, el Programa de la D. C. denuncia las deficiencias de los actuales servicios asistenciales y los privilegios injustos de los sectores minoritarios.

Para la Unidad Popular, en cambio, la política sindical no es objeto de mayor atención. Los partidos integrantes de la coalición, definidos como partidos de los trabajadores, identificados con y respaldos por la C. U. T., insertan la política laboral dentro del objetivo revolucionario más amplio de superar la estructura capitalista. No es una política sindical obrerista la que se propone, ni de reivindicación sectorial defensiva, sino de sustitución progresiva de un modo de producción. Se contemplan, no obstante, algunas medidas concretas como la de proporcionar remuneraciones mínimas y estables y un salario igual a trabajo igual.

Las restantes dimensiones de la política social de la U. P. son, en su enunciado, semejantes a las de las otras dos candidaturas.

2. *Normas y Esquemas*. La norma que inspira la política laboral de Alessandri está expuesta en forma muy transparente: integrar los sindicatos a la empresa privada, de modo que resulten funcionales a la actividad económica empresarial. Esquemáticamente, como reacción a la línea política mantenida por la C. U. T., Alessandri propicia orientar la organización sindical en un sentido no disfuncional a una vía capitalista de desarrollo. Principios fundamentales que le

conducen a subordinar la política social a las exigencias del crecimiento económico capitalista. La Derecha chilena, durante la campaña de 1970, rechazaba lo que consideraba una política social costosa, que repercutía negativamente en el crecimiento económico, y respondía a una posición sindical y política anticapitalista.

Si tomamos como eje semántico la »funcionalidad para el desarrollo de la política social«, podemos construir los paradigmas siguientes:

Subordinación a las exi- ← vs. → Política social costosa
gencias del crecimiento
económico

Integración de los sindica- ← vs. → Politización sindical
tos a la empresa

Las normas que inspiran la política social del Programa de Tomic reiteran algunas dimensiones doctrinales de la D. C. que aparecen en otras categorías: se trata de integrar los diversos sectores sociales (particularmente los sectores populares) a las estructuras institucionales de la política social, a estructuras descentralizadas y modernas que aseguren, con ayuda del Estado un poder social a la base (es decir, a las comunidades). A nivel del *esquema*, se encuentran presentes, en forma simultánea, un modelo de sociedad (sociedad de participación democrática) y un proceso (la incorporación al proceso de participación). En otros términos la integración al sistema social dominante mediante mecanismos de participación en actividades no esenciales.

Hemos visto antes que la Democracia Cristiana habla de fortalecer el movimiento sindical. Como Partido de vocación popular, es consecuente. Al nivel de la *norma* y de *esquema*, este fortalecimiento del movimiento sindical responde a una concepción de la democratización que implica la independencia sindical de interferencias políticas. Como en el Programa de Alessandri, el propósito de Tomic es la alteración de la estructura actual de la Central Unica de Trabajadores y neutralizar la orientación política en ella predominante. La organización paradigmática del texto es la siguiente:

Sociedad democrática de participación de ← vs. → (Minorías en el poder)

Integración (de las comunidades) mediante participación en las instituciones sociales ← vs. → Privilegios e interferencias políticas

Para la Unidad Popular, las manifestaciones particulares de la política social adquieren una proyección genérica y totalizadora en la medida que atienden a las aspiraciones y necesidades sociales del pueblo. En oposición a los privilegios abusivos de los sectores sociales dominantes, el burocratismo e ineficiencia del Estado capitalista, el Estado popular debe prestar atención preferente a las clases populares y adecuar su política de modo que se eliminen progresivamente estas desigualdades.

Esta política debe ser protagonizada por los propios trabajadores:

Caminos hacia una sociedad igualitaria.

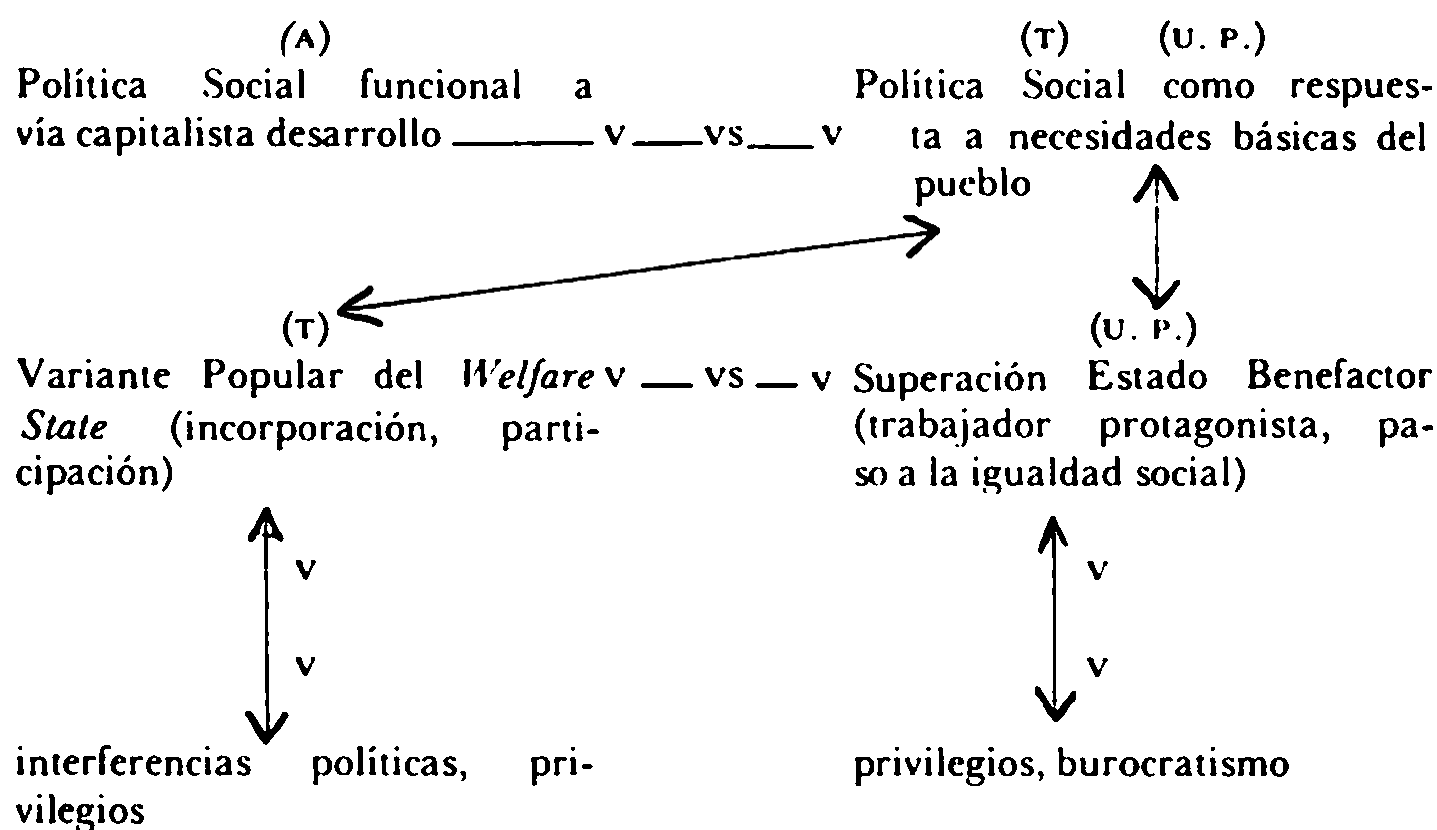
Respuestas institucionales a las necesidades sociales del pueblo; los trabajadores protagonistas de la política social ← vs. → Privilegios, ineficiencia, burocratismo

3. *Paradigma de comparación.* La política social de Alessandri no presenta ninguna singularidad si no es la de su fiel correspondencia ideológica y significativa con el capitalismo tradicional. Es una reacción contra la política social impulsada por los partidos populares. Los límites de esta concepción tradicional, neutralizando el uso que se hace de los términos, son muy bien establecidos por Jorge Alessandri: »Es un hecho incontrovertible que muchas de las llamadas conquistas de orden social retardan el desarrollo económico, porque restan recursos al ahorro, fuente indispensable para lograrlo«.

La posición de Alessandri ante los sindicatos es congruente con su enfrentamiento contra la radicalización anticapitalista del sistema político chileno. Contra la acción sindical y política de la Central Unica de Trabajadores, Alessandri invoca un sindicalismo despolitizado. La D. C. no va tan lejos.

Atribuye a los sindicatos un papel más relevante, indispensable en su programa de participación e integración popular. Pero el Programa D. C. no puede desconocer un fenómeno neutralizador para su política sindical: que la gran mayoría de la fuerza sindical organizada escapa a la influencia de la D. C. De ahí que en el Programa de Tomic se oponga una actuación »independiente« de la organización sindical a »interferencias políticas«.

Paradigma de comparación de la política social de los programas de Alessandri, Demócrata Cristiano (T) y Unidad Popular (U. P.)



El Programa de la D. C. opone de nuevo, en el campo de la política social, el intervencionismo estatal a las exigencias de los grandes capitalistas financieros. En este punto debemos repetir lo dicho en relación con la política económica, además de que el esquema D. C. de una sociedad participante se ve prácticamente neutralizado por el siguiente factor: la participación en algunas instituciones sectoriales, sin alterar la estructura de poder preexistente en ellas, no puede significar un proceso global y sustancial de participación popular. Por todo esto, la categoría ideológico-significativa más apropiada para definir la política social del Programa

D. C. es la de que nos encontramos ante una modalidad del *Welfare State*, un Estado Benefactor con significantes *populares*.

El Programa de la U. P., por su parte, opone una política social protagonizada por los propios trabajadores a los privilegios abusivos, a la ineficiencia y el burocratismo estatal existentes, siendo los contrastes la orientación socialista del Gobierno, por un lado, y la satisfacción de las necesidades sociales más urgentes, por el otro. Se trata, desde el ángulo del significado de superar precisamente el Estado benefactor.

Contemplado en forma esquemática, el paradigma de comparación entre la política social de los tres programas electorales es como se indica en página anterior.

G. CULTURA Y EDUCACION

Términos y Usos

Los *términos* en Alessandri se refieren a los agentes e instituciones de difusión de la cultura y de la educación. Los *agentes personales* de difusión parecen desempeñar el papel predominante: se trata de los padres —a los que es dirigida una invocación especial—, de la mujer y de la juventud. Del lado de los medios institucionales, los medios de comunicación y la Universidad son asociados directamente.

Estos agentes personales son objeto de una evaluación positiva y a su misión se atribuyen contenidos diferenciados. Para los padres: tarea de inculcación de los grandes principios; para la mujer: acción social; para la juventud la tarea es más pasiva: es más destinataria que agente de una educación moralista.

Por el contrario, los medios extrafamiliares de difusión son considerados de acuerdo con una óptica negativa: representan fuerzas de desintegración moral. Esta oposición —explicitada al nivel de los *usos*— está dada en el paradigma siguiente:

Socialización familiar (padres - juventud). Acción social de la mujer ← vs. → Instrumento de desintegración moral: medios de comunicación, universidad

En el programa de la D. C., el tema de la cultura y de la educación es planteado en términos de *relaciones* de estas actividades con el Estado. Distinguimos dos tipos de relaciones:

1. Los valores culturales son estimulados y preservados por el Estado, pero no creados por éste:

Estado: preservación y estimulación de valores culturales ← vs. → Estado: creaciones de valores

La oposición que se podría encontrar contenida implícitamente en este paradigma sería la siguiente: cultura espontánea versus cultural dirigida.

2. La educación debe ser funcional: debe responder a las exigencias del desarrollo económico social. Al nivel de *usos*, el autor define los valores culturales: responden al modelo doctrinal de la D. C. —libertad, justicia, patrimonio moral, idiosincrasia nacional y latinoamericana—; por otra parte, es precisado el carácter supletorio de la acción del Estado: los organismos culturales son estimulados por el Estado pero asumidos por las comunidades socioculturales. El carácter nacional y comunitario de la cultura se opone a las deformaciones actuales de ésta:

Nueva cultura: expresión de valores nacionales y de la comunidad ← vs. → Deformación capitalista, valores burgueses e inspiración foránea

En lo que se refiere a la educación, medidas concretas precisan su aspecto funcional, teniendo en cuenta dos exigencias del desarrollo: integración racional y democratización.

En el programa de la U. P., el acento inicial es puesto en el aspecto *creador* de la cultura: se trata de crear una nueva cultura cuya realización pasa por diferentes medidas de planificación, extensión y democratización (la cultura incluye también la educación).

Normas y esquemas. En el programa de Alessandri la reintegración cultural responde a las normas de la sociedad tradicional y autoritaria que reposan en: la célula familiar, caracterizada por el paternalismo, la diferenciación de roles según sexo, sumisión de la juventud. Este modelo familiar proyecta sus dos caras sobre el conjunto de la sociedad: el aspecto autoritario encuentra su prolongación en la *disciplina* inculcada por el servicio militar, el aspecto paternalista en la concepción de la *acción social* (o asistencia social). Los medios de comunicación y la Universidad pueden ser recuperados en la medida que se subordinan a las normas cívicas (la nueva conciencia nacional). Tenemos, pues:

Socialización familiar y educación cívica	vs.	Juventud rebelde y contestación, medios de comunicación políticamente motivados u orientados
---	-----	--

Al nivel del esquema, encontramos la siguiente oposición:

Socialización cívico-familiar y valores tradicionales = base de integración	vs.	Instrumentos de politización e ideologización
---	-----	---

El significado ideológico que se desprende de este esquema es el siguiente: *el tradicionalismo cultural es medio de control y de integración al sistema de statu quo.*

La Democracia Cristiana considera la cultura y la educación en relación con los portadores de ésta (el Estado y la comunidad), y las funciones que deben realizar en la sociedad. Las dos normas que presenta sitúan la cultura y la educación en una posición de antinomia con la dependencia y el capitalismo:

Cultura y educación

En relación con portadores	Comunidad - Estado capaz de autosostenerse culturalmente	vs.	Colonización espiritual en dependencia
En relación con funciones	desarrollo (incluye: democratización e integración	vs.	deformación capitalista, consumo y comercio cultural

El modelo cultural que presenta la D. C. es esencialmente *valorativo* y la organización de la educación responde a un esquema *funcional*: la educación está al servicio de una sociedad democrática y orientada hacia el desarrollo; cultura y educación se integran a un modelo de sociedad.

Para la Unidad Popular, la institución cultural es definida en función del movimiento que la crea y de los valores que esta creación suscita, encontrándose ambos aspectos estrechamente ligados. El carácter genético puede expresarse como sigue:

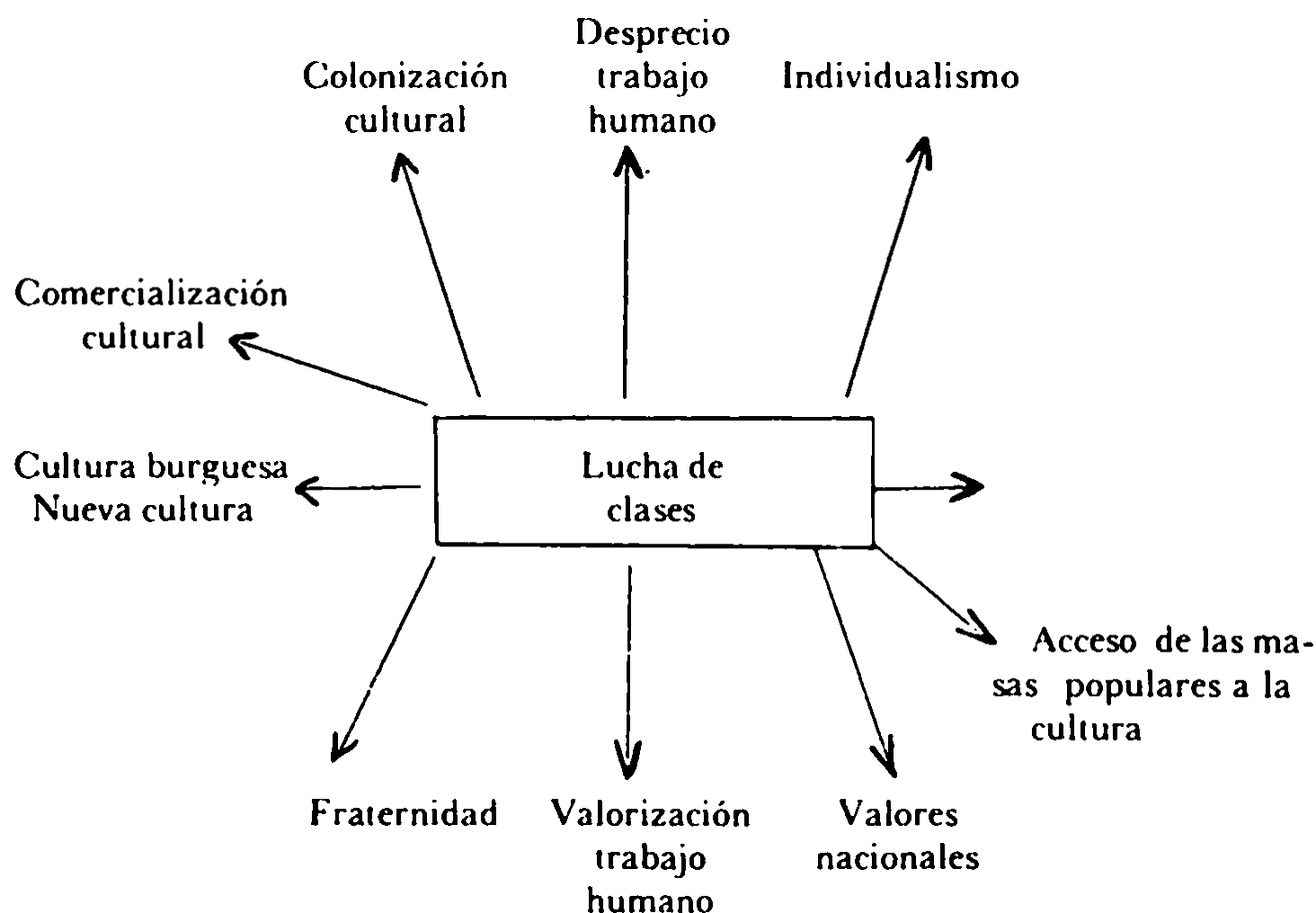
La cultura surge de la
lucha

vs.

La cultura se crea por de-
creto

Es un producto de la lucha de clases y no un instrumento del Estado. Esta lucha suscita nuevos valores que son el resultado de la superación de una serie de contradicciones. Vamos a presentarlas en la forma de una red de oposiciones, siendo definido el eje semántico por el tema de la lucha de clases.

Cultura y Educación (U.P.).



El esquema, para los autores del programa de la U.P., no es una noción estática sino que corresponde a la visión diacrónica de la etapa de transición hacia el socialismo: la creación cultural y la educación están ligadas a las condiciones de realización del socialismo y del desarrollo, como estaban también ligadas a la sociedad capitalista.

Nexo entre:

creación cultural, conciencia de clase, aptitudes al desarrollo en la vía hacia el socialismo

vs.

Nexo entre:

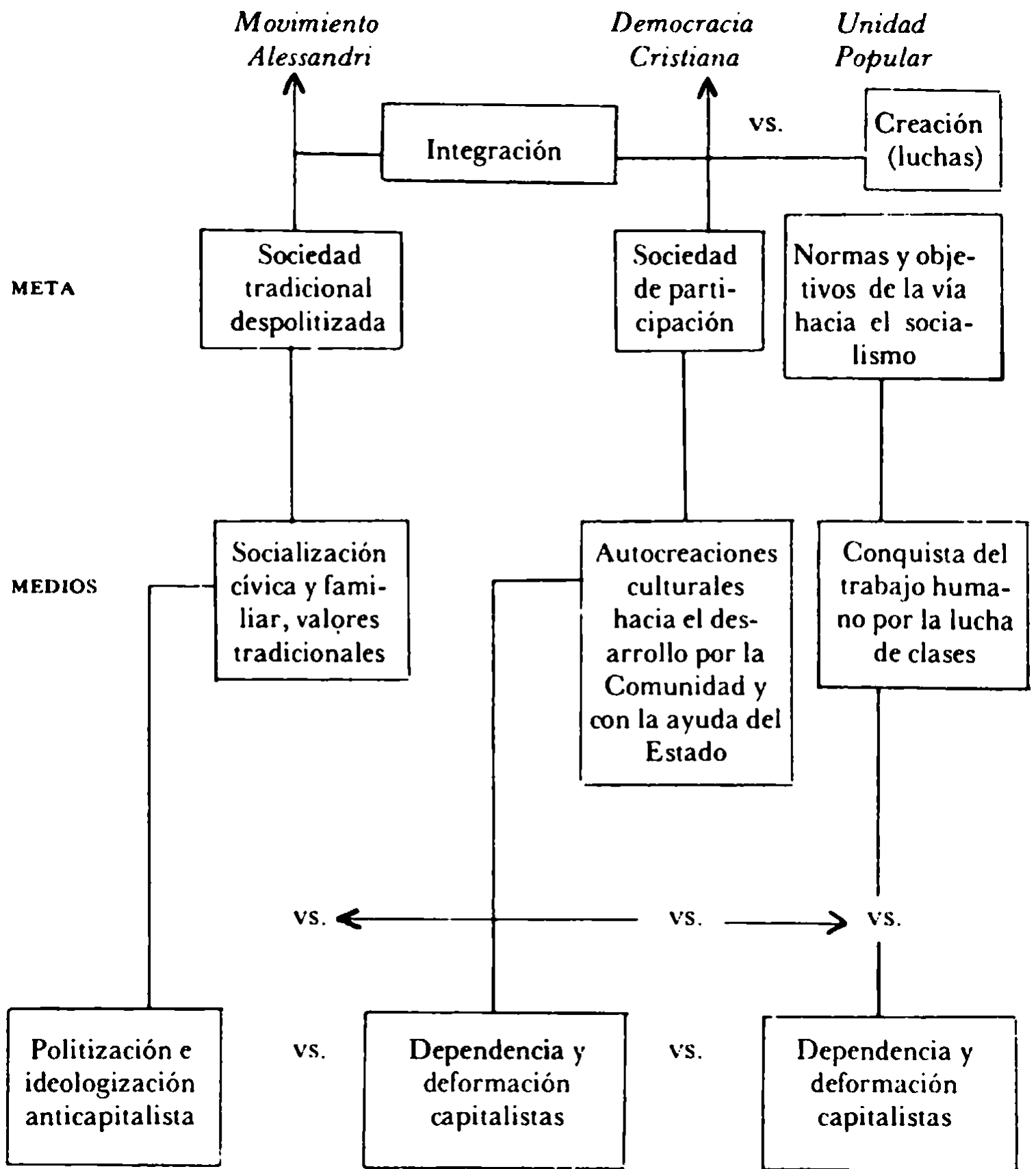
cultura y dependencia económica del capitalismo

Como la cultura surge de la lucha y su fundamento reposa en la dinámica de las relaciones de producción, es normal que el *trabajo humano* y su significado constituyan el eje valorativo de la cultura. El significado ideológico surge aquí de los mismos términos empleados en el programa: crear una nueva cultura es considerar el trabajo como el fundamento de una sociedad independiente y crítica.

Observamos una primera oposición a partir de la dicotomía integración-creación, para la que los programas de Tomic y Alessandri se presentan en una situación de homología. Sin embargo, para Alessandri el término integración es la sociedad tradicional despolitizada (o desprovista de tensiones sociales), para Tomic el término es una sociedad nueva de participación o incorporación (igualmente desprovista de tensiones sociales). La óptica de la U.P. es bien distinta: la cultura es vista como la expresión de una lucha, de una conquista; no es un medio de integración sino la expresión de una superación progresiva de las contradicciones.

El contraste —o relación de homología— observado entre Tomic y Alessandri, está parcialmente neutralizado por el hecho de la similitud de las antinormas entre la D.C. y la U.P. (rechazo de una cultura de dependencia y capitalista), que esta vez opone la Democracia Cristiana a la visión de Alessandri.

Paradigma de comparación. La comparación de los programas nos lleva al paradigma siguiente:



H. RELACIONES INTERNACIONALES

Términos y usos

Los términos utilizados por Alessandri para situar su posición internacional son los convencionales en un dirigente

político tradicional. Están en la línea de la continuación de la política exterior de Chile en los años anteriores. El Programa de la D.C. traspone, igualmente, a la política internacional los principales valores que orientan su plataforma política: denuncia de la dependencia neocapitalista, interacción entre desarrollo económico nacional y política exterior autónoma, estímulo de la integración latinoamericana.

Alessandri asocia las limitaciones chilenas para adoptar una postura internacional de mayor envergadura que la actual, con la subordinación de su política exterior al mantenimiento de mercados seguros, no sólo desde el punto de vista económico sino también político. La D.C., por su parte, contrapone los intereses latinoamericanos al mantenimiento de una política internacional de bloques, en la que América Latina se encuentra sometida al área de influencia norteamericana. De ahí el uso antimperialista que la D.C. propone de las distintas manifestaciones de la política exterior chilena.

El Programa de la Unidad Popular vincula su política latinoamericana al principio general orientador de solidaridad efectiva y militante con los pueblos que luchan contra el imperialismo. A diferencia de la D.C., la perspectiva internacional en que se sitúa la Unidad Popular desborda el campo estrictamente continental para vincularla, en general, a los países que están comprometidos en la construcción del socialismo. En el contorno latinoamericano, la denuncia del papel antipopular de la OEA y de los pactos que ligan Chile a Estados Unidos, son especialmente subrayados.

Norma. Para Alessandri, las limitaciones objetivas de Chile le imposibilitan adoptar actitudes propias, personalizadas, en relación con los problemas latinoamericanos o mundiales más trascendentes. Por otro lado, la necesidad de conseguir mercados seguros le sitúan ante la conveniencia de impulsar la integración americana.

La D.C. ve también en la integración latinoamericana la mejor vía para impulsar el desarrollo económico y social, pero añadiéndoles la dimensión complementaria de inspirar ésta y las otras manifestaciones de la política exterior en la liberación de la dependencia política, económica y tec-

nológica actuales. Estos principios normativos son contrapuestos a los mecanismos y estructuras institucionales injustos o ajenos a los intereses específicos de Chile y de la región latinoamericana.

En el programa de la U.P., la oposición normativa está también constituida por la dependencia económica y política en que se encuentra Chile. Mas la definición positiva de la norma tiene para la U. P. una expresión anticolonialista más acentuada que en el Programa de Tomic, que se traduce en el reconocimiento del derecho de rebelión de los pueblos hoy sometidos a una forma u otra de colonialismo, solidarizándose con ellos, y en promover un fuerte sentido latinoamericano continental y antimperialista.

Esquema. La política exterior propuesta por Alessandri se opone a una posición internacional de solidaridad antimperialista. Queda, por el contrario, diluida dentro de la ubicación internacional del bloque interamericano y, económicamente, Chile permanece integrado en el área económica capitalista.

Para la D.C., Latinoamérica debe desarrollar una conciencia de bloque, con personalidad internacional propia. Sin embargo, a pesar de la terminología antimperialista y anticapitalista, el Programa D. C. no va más allá de un esquema *neutralista* para Chile y Latinoamérica en la exposición internacional de sus posiciones.

Para la U.P., por el contrario, si el esquema de la integración latinoamericana es defendido, lo es sobre la base de economías liberadas de las formas imperialistas de dependencia y explotación. Y la posición de neutralidad se ve reemplazada por la manifestación explícita de solidaridad internacional en favor de la autodeterminación de los pueblos.

Paradigma de comparación. Dentro de su esquema de integración al área capitalista, en oposición a una política exterior inspirada en razones de solidaridad política con los países que combaten contra el imperialismo, la política exterior propiciada por Alessandri tiene un significado ideológico pragmático. Se manifiesta, por ejemplo, en la inter-

conexión que establece entre la actividad diplomática y la ampliación del mercado exterior.

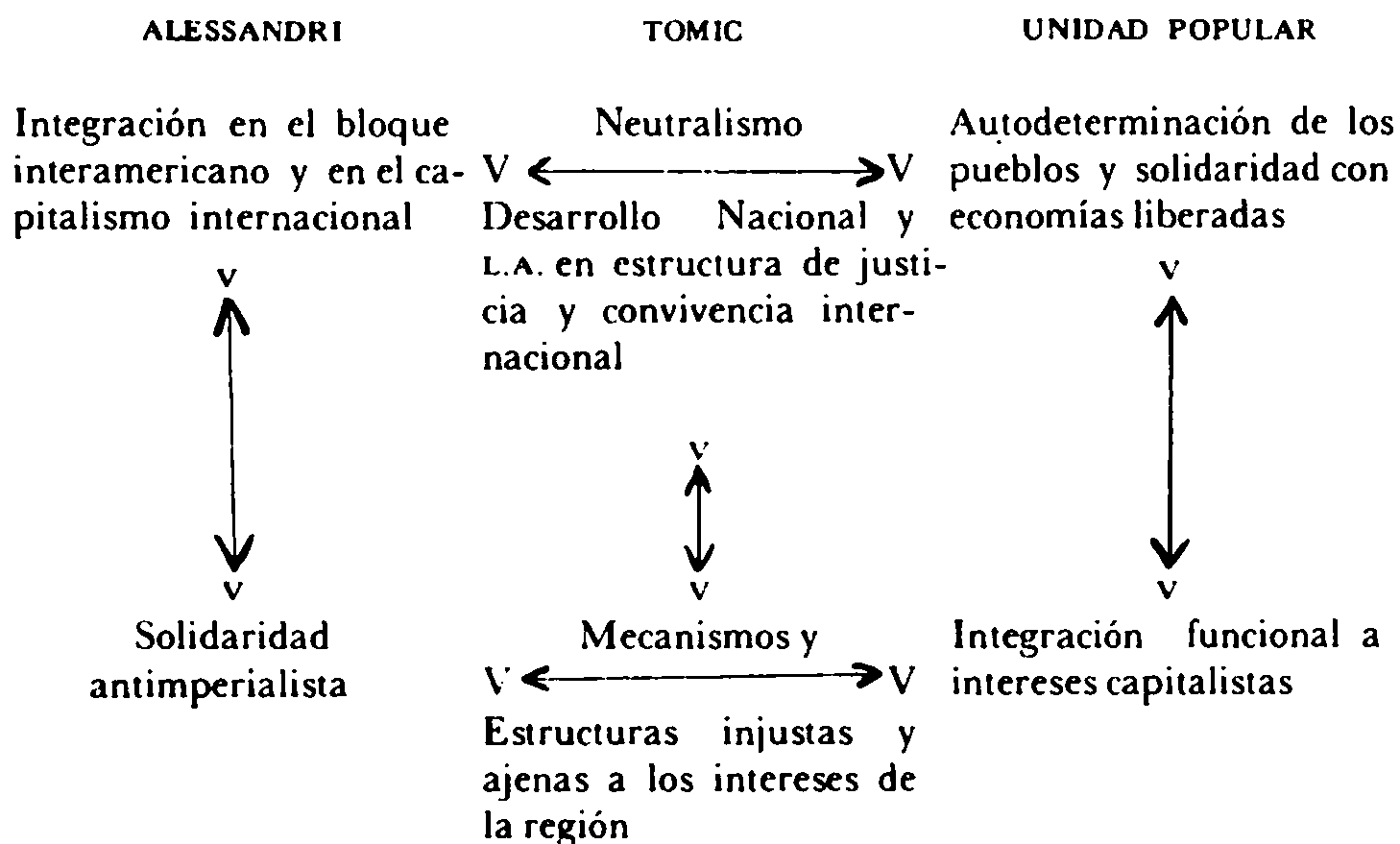
La D.C. manifiesta un significado ideológico de transposición al campo internacional de uno de sus fundamentos doctrinales, la justicia social. Bajo esta inspiración sitúa el postulado de la convivencia mundial y latinoamericana. Sólo en la medida en que renuncie a la carga revolucionaria contenida en los términos que utiliza —antimperialismo, anticapitalismo—, no se enfrenta con la seria neutralización que supone rechazar el proceso revolucionario latinoamericano, no solidarizar con las guerras antimperialistas y desconocer la trascendencia de los pactos hemisféricos en contra de los intereses latinoamericanos que la D.C. afirma propugnar. Lo que entra en contradicción parcial, también, con la postura de *tercera posición* que informa ideológicamente el programa internacional de Tomic.

Al igual que en la política interior, en política exterior la ideología D. C. de la justicia social está asimismo neutralizada, al no contemplar las relaciones internacionales de poder que impiden la justicia social internacional y la independencia respecto a los bloques.

El significado y la ideología de la política exterior de la U. P. son los del antimperialismo. Pero, a diferencia de lo que ocurre con la D. C., el antimperialismo en este caso implica la solidaridad con los países oprimidos y con los países socialistas, lo que supera la *tercera posición*; solidaridad que se ve cualificada al rechazar la política internacional de cancillerías y reemplazarla por la política internacional de pueblos.

Una neutralización parcial a estos elementos ideológicos está contenida en el programa internacional de la U.P.: se mantendrán relaciones con todos los países del mundo, independientemente de su posición ideológica y política. Lo que introduce una dimensión pragmática en el contexto de significado que estamos contemplando. Visto en forma esquemática, el paradigma de comparación entre los tres programas podría ser el siguiente:

*Relaciones internacionales. Paradigma comparativo
de los programas de Alessandri, D. C. y
Unidad Popular*



CONCLUSIÓN

La visión de conjunto de los distintos paradigmas de comparación de los ocho temas estudiados en cada programa, nos conduce a la siguiente constatación: la relación entre los programas del Movimiento Alessandrista y de la Unidad Popular es esencialmente de *oposición*. Efectivamente, estos dos programas se encuentran en polos opuestos en los diecisiete ejes semánticos retenidos, o sea presentan connotaciones que se excluyen en una relación paradigmática. De este modo, un modelo conservador se opone claramente a un modelo de transición al socialismo. Esta constatación no resulta nada sorprendente y el interés del estudio reside, principalmente, en la definición ideológica del programa de la Democracia Cristiana, cuyos significados se sitúan —respecto de los dos otros programas— ya sea en una relación de *contrastos*, ya sea en una relación de *oposiciones*. Conviene, pues, ver de modo preciso cuál es la naturaleza de estas relaciones.

Primeramente, establezcamos el principal espacio común de contrastes entre la D.C. y la U.P., que corresponde al esquema siguiente:

Contrastes D.C. - U.P.

Antimodelo de sociedad:	Minorías en el poder, dependencia: oligarquías internas y externas.
Modelo de sociedad:	— Ampliación del sector público: nacionalizaciones y participación popular en las decisiones (economía). — Política social popular. — Cultura y educación nacionales y populares (versus dependencia y dependencia y formaciones capitalistas). — Principio de autodeterminación nacional (política internacional).
Proceso:	— Cambios estructurales (niveles: económico, social, jurídico-político). — Movilización social para el desarrollo y participación popular. — Extensión de los Poderes del Estado y descentralización.
Significado ideológico del espacio común D.C. - U.P.:	Democracia nacional populista.

Este significado ideológico global define sólo un espacio común a los dos programas y no agota, evidentemente, toda la significación que cada uno de ellos puede presentar. Otros elementos de cada uno de los mensajes pueden concurrir a *reforzar* este significado o a *neutralizarlo*, es decir a englobarlo en un significado más amplio que le sustrae su pertinencia propia.

La extensión y la pertinencia del espacio ideológico común entre la D. C. y la U. P. nos serán revelados por el juego de *oposiciones* que separa a los dos programas, por los contrastes observables entre la D. C. y el Movimiento Alessandrino o, también, por el carácter no paradigmático (o neutral) que presentan algunas proposiciones del programa de la Democracia Cristiana.

El cuadro siguiente resume las proposiciones de los pro-

gramas de la D. C. y U. P., no incluidas en el cuadro anterior, clasificándolas por los vocablos »comunitarismo D. C.« y »camino hacia el socialismo U. P.«, que diferencian bien los respectivos campos ideológicos.

Los diversos elementos del discurso señalados en la columna »Comunitarismo D. C.« no representan, en el nivel del significado, un conjunto cualitativamente distinto de lo que hemos denominado »Democracia Nacional Populista«. En efecto, la mística de la solidaridad, la coexistencia de las relaciones de producción como principio normativo, la alianza del Estado y de los sectores productivos, la concepción carismática del partido, el proyecto de un Ejecutivo fuerte con consultas populares, la integración sindical y cultural, constituyen diferentes aspectos que refuerzan el modelo comúnmente definido por el título que le hemos dado. La homología con el principio de integración, avanzado por el programa conservador, y la ambigüedad de las proposiciones concernientes a las Fuerzas Armadas y a la política internacional —definida en términos de tercera vía—, no nos separan de la orientación general de ese modelo.

Al contrario, resulta claro que en el programa de la Unidad Popular los elementos agrupados en el cuadro »Contrastes D. C. - U. P.« no adquieren de ninguna manera un carácter definitivo. Las expresiones que connotaban la idea de una »Democracia Nacional Populista«, más bien que constituir un principio de equilibrio normativo no representan sino una etapa previa hacia otra cosa; se dejan absorber en un proyecto más vasto, precisado por los términos señalados en la columna »Camino hacia el socialismo U. P.«. En efecto, los enunciados referentes a las contradicciones del sistema capitalista, a la lucha de clases, al carácter transitorio de la coexistencia de las relaciones de producción, a la amplitud de las nacionalizaciones, etc., desplazan considerablemente el centro de gravitación del programa. Este *desplazamiento de sentido* opone a los rasgos constitutivos del desarrollismo populista de la D. C. otros rasgos que configuran un modelo original de llegada al socialismo.

El análisis comparativo de los tres programas de los candidatos a la Presidencia nos ha mostrado claramente la sig-

	<i>Movimiento Alessandrista</i>	<i>Comunitarismo D. C.</i>	<i>Camino hacia el socialismo U. P.</i>
Antimodelo de sociedad	Falta de integración. Intermediarios disfuncionales (politizados).	Crisis institucional. Tensiones sociales, desajustes. Ausencia de una mística de solidaridad.	Contradicciones del sistema capitalista.
Proceso	Integración a un orden (moral).	Mística de solidaridad (incorporación y participación en el proceso de cambio); unión interclases (norma: Bien Común). VERSUS	Lucha de clases, examen de las condiciones de las fuerzas de cambio.
Modelo de Sociedad		Coexistencia de las distintas relaciones de producción: <i>principio normativo</i> . VERSUS	Coexistencia de las distintas relaciones de producción: <i>etapa de transición</i> hacia el socialismo.
		Alianza del Estado y de los sectores productivos en un "desarrollo" nacional y popular. Nacionalizaciones limitadas. VERSUS	Amplio programa de nacionalización de los sectores claves (socialización).

	<p>Primacía del sector privado, elitismo conservador, democracia orgánica.</p> <p style="text-align: center;">VERSUS</p>	<p>Modelo doctrinario de la »Nueva Sociedad« (principio del Bien Común, vocación de la Democrata Cristiana). Equilibrio »bipolar« del Estado.</p> <p style="text-align: center;">VERSUS</p>	<p>Modelo de transición (reconocimiento de las contradicciones secundarias).</p>
	<p>Integración sindical (despolitización).</p>	<p>Sindicatos independientes de interferencias políticas.</p>	
	<p>Integración cultural (sociedad tradicional despolitizada).</p>	<p>Integración cultural (sociedad de participación).</p> <p style="text-align: center;">VERSUS</p>	<p>Cultura, expresión de la lucha de clases.</p>
		<p>FF. AA.: nexo con los temas de seguridad, desarrollo y principios del orden internacional.</p>	
		<p>Extensión del modelo doctrinal de la »Nueva Sociedad« a las relaciones internacionales: principios de justicia y convivencia.</p>	

nificación de cada una de las candidaturas en el nivel ideológico. Es manifiesta la profunda oposición entre los programas de Allende y Alessandri. Hemos podido percibir, además, que los postulados políticos de la Democracia Cristiana se sitúan en el interior de las coordenadas sociales, económicas y culturales sobre las que reposa el sistema capitalista. La Democracia Cristiana utiliza varios significantes que, a primera vista, enuncian críticas e incluso condenas de ciertas manifestaciones del régimen capitalista. Pero los significados, que aparecen en el término de la organización sintagmática y sistemática del discurso, nos demuestran la ausencia de un desprendimiento real del sistema capitalista, mientras que por otro lado las constantes neutrales fijan los límites de sus proposiciones terminológicas. El programa de la Unidad Popular, por su parte, explicita tanto en el nivel de los significantes como en el de los significados una línea de interpretación o de acción que se sitúa ella misma en un proceso de transición hacia el socialismo, proyecto de transición que se presenta no en términos de una ruptura drástica con el sistema capitalista sino que responde a la intención de sobrepasar o sustituir progresivamente su infraestructura.

Tenida cuenta de la coyuntura circunstancial por la que atravesó Chile en 1970, la verificación más significativa se refiere, sin duda alguna, a la posición particular del programa de la Democracia Cristiana. Al comparar la de ésta con la de la Unidad Popular, las *oposiciones* pudieron aparecer ante la opinión pública como *secundarias*, lo que permitió a la propaganda política centrarse en los *contrastes*. El examen retrospectivo del desenlace coyuntural del proceso electoral nos revela que este hecho resultó neurálgico. En efecto, al aparecer en primer plano los contrastes y no las oposiciones entre los dos programas, fue posible evitar en un momento decisivo el antagonismo entre los dos proyectos. Después de las elecciones, hizo posible el entendimiento a nivel político y legitimó el apoyo de la Democracia Cristiana a la candidatura de Salvador Allende cuando el voto del Congreso, el 24 de octubre de 1970, eligió a este último Presidente de la República.

Además, el énfasis puesto a los contrastes entre los progra-

mas de la D. C. y U. P. pudo justificar el mantenimiento de la candidatura de Alessandri frente a la de Tomic. Los sectores más tradicionales de la sociedad chilena reaccionaron ante la Democracia Cristiana en función de las palabras y no de los esquemas del programa, en función de los significantes y no de los significados, produciendo artificialmente una situación de "oposición" entre los postulados de los programas de Tomic y Alessandri. Hubo necesidad del resultado del 4 de septiembre para que la derecha chilena saliera de su error. A la denuncia violenta del "criptocomunista" Tomic siguió, el 9 de septiembre, la declaración pública de Jorge Alessandri pidiendo el apoyo de la D. C. para forzar a una nueva elección en la que las fuerzas de la Derecha y el Centro unirían sus fuerzas al candidato democristiano. El Movimiento Alessandrista no logró romper, sin embargo, esta relación ideológica de *oposición* entre la Democracia Cristiana y Alessandri ni la relación de *contraste* entre la Democracia Cristiana y la Unidad Popular, tan ampliamente difundidas.

Un análisis de los programas no puede, por supuesto, explicar la razón de esta singular confrontación en el nivel ideológico. Hay que buscar la explicación en otra dirección, analizando el proceso sociopolítico y económico de Chile en las últimas décadas. Y particularmente en los seis años de la administración Frei. En el presente trabajo, nos hemos querido limitar a contemplar el reflejo del proceso social en sus manifestaciones ideológicas concretas, explicitadas en forma coherente en los tres programas electorales.

Mas esta confrontación a nivel ideológico está traduciendo el estado circunstancial en que se encuentran las relaciones sociales que la originan. En septiembre-octubre de 1970 los "contrastes" predominaron sobre las "oposiciones" D. C. - U. P., en el momento de las decisiones políticas. No nos cabe ninguna duda que a medida que avance el proceso de realización del contenido del Programa de Salvador Allende, las "oposiciones" se desplazarán al rango que les es propio, es decir al primer plano. Y, simultáneamente, las "oposiciones" secundarias entre la D. C. y las fuerzas que sostuvieron a Alessandri serán progresivamente reemplazadas por los "contrastes" que, en términos concretos, constituyen la

principal diferencia entre ambas corrientes políticas. Con lo cual, la »oposición« se planteará en términos bipolares: por un lado, las fuerzas agrupadas bajo el Gobierno Allende, por el otro el resto —con la D. C. como núcleo aglutinante.

¿Cuánto tardará en producirse esta polarización? La respuesta la tiene el Gobierno de la Unidad Popular: depende del ritmo y modalidades de aplicación del contenido de su Programa. Lo que lo distanciará progresivamente de la D. C. y, simultánea y automáticamente, aproximará las fuerzas de la Derecha tradicional hacia el centro de gravedad ortodoxamente capitalista de la Democracia Cristiana.

Santiago, 4 de noviembre de 1970.